EL LIBRO DEL VAMPIRO

Víctor I. Torres Segura

Lo mismo de todos los días

Ioseph era un niño como cualquier otro. Tenía el pelo negro como una noche sin luna, no era muy alto pero el tiempo quizá le daría unos centímetros más. Era lunes en la mañana cuando Ioseph sintió que algo cambiaría pero no quiso ilusionarse ante esa ligera sospecha. Todo parecía normal. «Lo mismo de todos los días», creyó Ioseph: el ruido de los vecinos, los autos que pasan fuera de su casa y los pájaros en los árboles cantando. Su madre, una mujer de carácter severo pero amable, todos los días preparaba el desayuno para Ioseph.

La vida de ambos fue en el pasado no muy grata por el abandono de su padre, quien de un día para otro desapareció. Vivieron algún tiempo en casa de su abuelo; sin embargo, decidieron dejar esa casa y conseguir algo propio. Antes de que ellos se mudaran, el abuelo sufrió una terrible caída y pocos días después falleció. Con todo y el abandono del padre de Ioseph y la desafortunada muerte del abuelo, Hanna, la madre del niño, decidió seguir adelante sin temor alguno. Durante su juventud, Hanna fue una lectora incansable, lo que la llevo a estudiar literatura en la universidad del Estado. La pregunta aquí era ¿cómo una madre soltera podría sostener un hogar y criar a un hijo al mismo tiempo?

Al principio no fue fácil. Hanna, todos los días, despertaba temprano, se alistaba y llevaba consigo al pequeño Ioseph a la guardería que quedaba cerca de su trabajo. Con un poco de suerte, ella consiguió trabajo como profesora de una escuela. Redacción, Ortografía y Gramática eran las lecciones que “la cruel Hanna” (como los alumnos la llamaban) impartía en un salón pequeño que no tenía muchos pupitres, pese a lo cual, ella lograba que los alumnos estuvieran cómodos, aunque esto no quería decir que fuera menos estricta.

El tiempo pasó rápido. Sin darse cuenta, Ioseph y su madre tenían un lindo lugar para vivir y no existían factores o personas que hicieran infeliz su estancia. La casa donde vivían tenía una fachada color blanco y un techo a dos aguas color rojo. En el interior había una pequeña sala de estar, un comedor, un baño para las visitas; en la planta de arriba estaban las dos recámaras, otro baño, un pequeño estudio y un desván, que contenía algo singular.

Diariamente, al caer la noche, la madre de Ioseph subía por las escaleras que conducían al desván de la casa. Este desván ocultaba en su interior algo que en pocos hogares se podía hallar. Lo primero que encontrabas al entrar era un escritorio de caoba de tamaño mediano con una silla un tanto cómoda y, enseguida, se ubicaba un sillón para tres personas en el que Hanna, después de un día pesado, solía tomar una siesta. Después, todo lo que podías ver dentro de esas largas paredes eran libros.

Libros en otros idiomas, libros clásicos, libros de los cuales nunca nadie escuchó... y todos o la mayoría eran de Hanna y Ioseph. El amor de ambos por los libros se explicaba en que el padre de Hanna, el difunto Marco, lo inculcó a Hanna durante su adolescencia, mientras que a su nieto, durante el poco tiempo que convivió con él. Los libros de aquella biblioteca privada estaban en perfecto orden y ninguno tenía tachaduras o polvo en la cubierta. Se podría vivir diez años ahí dentro y quizá los títulos no se acabarían.

El desayuno estaba listo. Juntos disfrutaron de los alimentos y cada quien siguió con su vida en un día de plena normalidad. Momentos después, antes de salir de la casa, Ioseph le gritó a su

madre que un grupo de heavy-metal tocaría varias fechas en la ciudad y le preguntó si le prestaría algo de dinero para su entrada, a lo que la madre respondió:

—Quizá ya es tiempo de que consigas un trabajo para aquellos caprichos que te gustan.

Con una cara de aburrimiento pleno, Ioseph salió y atravesó el jardín de su casa. Hanna lo miraba desde la puerta y esbozó una ligera sonrisa. Como era ya costumbre, Ioseph pasaría por casa de su mejor amigo, Martin, un chico de la misma edad de Ioseph pero con una extraña obsesión por los vampiros: su conocimiento del tema era tal, que algunas veces podría pensarse que él mismo era uno de ellos.

—¡Vámonos ya! La mosca de biología nos va a regañar otra vez —exclamó con una voz que pocas veces Martín escuchaba en Ioseph.
—No es tan tarde, me retrasé porque mientras comía cereal estaba leyendo *Crónicas del Apocalipsis de los Vampiros*.

Juntos caminaron. Martin sacó de uno de los bolsillos del pantalón un pedazo de goma de mascar que dividió en dos y le dio una parte a su amigo. Ioseph tomó el chicle y siguieron adelante. El pronóstico del clima había predicho una lluvia ligera, pero así nevara, Ioseph y Martín ya estaban dentro de la escuela. La escuela no quedaba muy lejos de la casa de Ioseph pero, curiosamente, no había muchas personas que la hubieran visitado; podríamos decir, incluso, que el único chico de la escuela que había acudido a la casa de Ioseph era Martín.

Decidieron apretar el paso por uno de los pasillos de la escuela. Lockers, salones y un bote de basura era todo lo que adornaba ese largo pasillo. Al fin llegaron al salón de clases y tomaron sus asientos. Por alguna extraña razón, todo el grupo ya estaba, sin excepción alguna. Martin miró su reloj —que tenía la cara de Bela Lugosi en el fondo y tres pequeños vampiros en sendas manecillas— y dijo hacia sus adentros: «Creo que ya es algo tarde». Ioseph también parecía extrañado y se preguntó: «¿Y ahora qué pasa con la profesora? »

El bullicio de los alumnos se podía escuchar hasta la mitad del pasillo. De pronto, por la puerta de salón, entró el director de la escuela. El Sr. Richards era un tipo alto completamente calvo y con un carácter horrendo. Cualquiera que se metiera en problemas dentro de la escuela se las veía con él o, en el mejor de los casos, con el prefecto Rollins, quien encontraba el castigo idóneo para cualquier indisciplinado estudiante. Los alumnos de la clase de Ioseph se quedaron atónitos ante la entrada del director. Su voz grave inundó el salón con un frío saludo:

—Buenos días, jóvenes.

Los estudiantes, aún perplejos ante el saludo del director, no expresaron nada. Momentos después la tensión bajó y la clase fue impartida por el Sr. Figgis, uno de esos hombres de voz sosa que con su hablar a cualquiera provoca ganas de dormir. El día transcurrió normal y la hora del almuerzo llegó, así que Ioseph y su fiel amigo tomaron sus cosas y fueron a buscar algo de azúcar y quizá algo más sólido para sus casi vacíos estómagos.

El comedor de la escuela, que también era usado como salón de bailes y otros eventos especiales, albergaba cerca de cuarenta mesas, en cada una de las cuales, hasta doce personas podían

sentarse; ese día, como muchos de ese otoño, Ioseph y compañía se sentaron al fondo del gran comedor. La comida cocinada por la señora Allen nunca fue mala, cualquiera diría que le gustaba alimentar a la gente. No era la clásica gorda que te atiende de mal humor sirviendo comida horrenda y grasosa. El menú del día fue pescado frito, puré de papas con salsa de manzana, pero también hubo otras cosas como hamburguesas, rebanadas de pizza, papas fritas, verduras de lata y la especialidad: pasta en salsa de jitomate y carne molida.

A Martin casi no le gustaba la comida del comedor. Ioseph nunca le había preguntado por qué, quizá sólo era que le gustaba comer lo que su padre, antes de ir al trabajo, le cocinaba. Martin, al igual que Ioseph, era hijo único. La madre de Martin murió cuando el pequeño tenía 4 años. Borrosos y confusos eran los recuerdos que Martin tenía sobre su madre. Su padre era un hombre alto y de buena corpulencia; siempre hizo ejercicio, pero por alguna extraña razón, pese a ser bien parecido, nunca buscó una compañera sentimental sin que hubieran faltado oportunidades para conseguirla. Sin embargo, él nunca aprovechó la ocasión. Su nombre era Matt.

Todos los días, el padre de Martin cocinaba el desayuno y la comida desde muy temprano. Alrededor de las doce, salía de casa a sus actividades. Trabajaba en distintos lugares que utilizaban calentadores industriales (la mayoría de sus clientes eran hoteleros). La comida en la escuela no era cara. Se podría decir que Martin hacía trabajar al doble a su padre porque el dinero que le otorgaba lo gastaba en libros de terror, entradas al cine y cómics. Por lo demás, comía lo poco que cocinaba su papá.

Ioseph siempre se sentaba del lado derecho, mientras que su amigo se sentaba a su lado izquierdo. De repente, ambos sintieron como si las cosas fueran a cambiar de forma radical. Sintieron como si fuera a hacer calor en pleno otoño, lo que era raro dado que el lugar donde vivían era ya muy frío para ser otoño. En una ocasión, justamente hace un año, estuvieron a -13° C, fue un año muy frío. Los demás chicos de la escuela parecían no haber sido invadidos por esa extraña vibra. La hora de almuerzo terminó y no hablaron sino hasta la conclusión de las clases.

La última clase era la de la maestra Claiborne, una señora de buen humor y diariamente entregada a su pasión: dar clases. Por lo acontecido en el comedor, Ioseph y Martin entraron a clase como si hubieran visto un fantasma. Anne Shermann, una niña delgada de cabello castaño claro, salió por un momento a atender una llamada en su teléfono móvil. Generalmente, la señora Claiborne nuca se había molestado por que sus estudiantes se distrajeran con sus teléfonos celulares, pero siempre hay una primera vez y la víctima fue Anne.

La mirada pesada y llena de odio como si fuera un demonio a punto de ser exorcizado se infundió en el rostro de la profesora, que vociferó:
—No nos haga perder el tiempo Anne, ¡no nos interesa el cómo besuqueará al lerdo de su pusilánime noviecito!
Y remató con algo digno de hacer llorar a una chica sensible como Anne:
—¡Y si es su madre dígale que se puede ir al carajo!

Todo el mundo estaba increíblemente atónito: la profesora más comprensiva y cariñosa había estallado con alguien que en su vida había ido a parar a la dirección por una conducta inapropiada. La mano de la maestra Claiborne temblaba, tal vez por el esfuerzo que hizo al

demoler un gis del tamaño de la palma de su mano. Al regresar a la aparente normalidad, sacudió sus manos y una nube de polvo se formó a la altura de su vientre.

La chicharra sonó y todos terminaron un día más de escuela. Ahora, de camino a casa, los dos amigos se encontraban conmocionados al doble. La casa de Ioseph quedaba un poco más lejos que la de Martin, como ya dijimos. Ioseph se detuvo enfrente de Martin y extendió su mano para despedirse como era costumbre. Al estrecharse la mano no se dijeron nada y cada quien siguió con su camino. A unas cuantas cuadras de llegar a su casa, Ioseph encontró en el suelo un extraño papel que contenía unas letras difíciles de leer para alguien que está poco familiarizado con las litografías antiguas.

«Se solicita empleado para biblioteca», decía la hoja llena de polvo. Decidió caminar a la dirección correspondiente. Tardó cerca de treinta minutos, los mismos que, en otras ocasiones, pasaba lanzando piedras a un maniquí que indicaba «No pasar» en una construcción en obra negra. Martin y Ioseph se preguntaban qué hacía un muñeco que prohibía el paso a las personas si la obra estaba clausurada, ¿por qué lo olvidaron? Ambos lo apodaban "Duncan", porque alguna vez encontraron un trompo en una venta de garaje y pasaban horas jugando con él, no sabían de dónde lo habían sacado los vendedores pero esa era la marca, así el maniquí daba vueltas como ese juguete.

Caminando rápido por la acera, llegó al lugar con la boca seca. El sitio no era familiar para él; pensó, por la fachada, que era como una vieja fabrica de cajas o algo parecido. No era un lugar del vecindario adonde acudiera o conociera a alguien. Tocó como todo niño bien educado; no sucedió nada y pensó que quizá ya era tarde, por lo cual giró, pero repentinamente sintió que algo lo jalaba, no precisamente alguien que poseyera fuerza ni unos brazos largos. Ioseph pensó que era la presión del aire al abrir la puerta lo que había tirado de él, sin embargo ahí estaba ella.

Su nombre era Tracy. No tenía una pinta horrenda o un cuerpo feo. A él solían molestarle las chicas que se sienten bonitas sin que en realidad lo sean, pero éste no era el caso. Tenía el cabello negro y largo como una cascada en una noche con una sola estrella, que era un pasador en forma de araña.

—Hola —dijo Ioseph al verla frente a él.
Ella respondió "hola", pero su rostro no esbozo sonrisa alguna ni hizo algún guiño. Lo siguiente fluyó como si la misma corriente que haló de Ioseph al comienzo lo hiciera ahora pasar a una pequeña oficina.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo ella con una voz apacible.

La respuesta, la sabemos. Las preguntas que siguieron fueron sobre la edad, el domicilio y el lugar de estudios. Más que una entrevista de trabajo, parecía una breve charla similar a la de una mujer induciendo a un hombre a una cita. Tracy terminó el diálogo diciendo:
—Qué bien, nos gustará tenerte con nosotros, y en vista de que vives cerca te veo mañana a esta hora para comenzar a trabajar.

Ioseph pensó: «¿Cuánto me van a pagar y a qué hora saldré? No quisiera perderme ningún capítulo de *Nocturna...*». Tracy sonrió como diciendo: «Mañana platicamos». Ioseph sintió que

no debía tan pronto hablar de esas cuestiones sino hasta que vieran su desempeño y por ello le devolvió la sonrisa.

Caminó de regreso a casa. Frente a la puerta de su casa encontró a su perro "Billy", el cual no era de raza como los demás perros del vecindario, pero lo que lo hacía especial era su gran tamaño y su carácter agradable. En una ocasión, Ioseph corría porque una San Bernardo lo perseguía; era el terror de todos los niños que vivían o pasaban cerca de ahí; su nombre era "Pelusa". Al ver Billy que su amo tenía problemas, saltó la cerca y le hizo frente a la San Bernardo. Con sólo un ladrido y enseñar sus blancos colmillos, bastó para que la perra regresara de donde vino.

Hanna se encontraba en su cuarto viendo una película con una vieja videocasetera; regularmente madre e hijo, a la hora del regreso de sus actividades, platicaban cómo les había ido en el día. Ya en la noche, la rutina era arreglar sus cosas para el día siguiente y dormir. Esta noche, extrañamente, ambos se levantaron y se preguntaron qué pasaba en el vecindario; ambos sentían que algo pasaba pero no quisieron tomarlo mayormente en cuenta. Hanna, por ejemplo, notó que todo era silencio, lo cual nunca sucedía porque siempre había algún ruido.

Gente nueva

La cita para la entrevista con Tracy estaba lista. Ioseph escogió una playera azul para ir ese día, pero decidió cambiarla por una camisa porque consideró que así tendría mejor oportunidad para lograr el empleo. Usó los zapatos negros que su madre le había comprado para el funeral de su tío Alberto. Nunca fueron familiares cercanos porque él vivió en un pueblo de Chihuahua, México. Lo poco que recordaba de su tío era un camaleón tallado en madera que le había regalado; Ioseph lo usaba para subir una figurita de plástico del tamaño de su dedo pulgar. Sin embargo, aquella figurita desapareció cuando Billy la devoró accidentalmente. Ioseph pensó muchas veces: «¿Y ahora quién podrá viajar en el camaleón de madera?»

Antes de despedirse, Martin preguntó a Ioseph si podían verse al día siguiente para jugar videojuegos. Su amigo contestó que todo dependía del resultado del trabajo en la biblioteca. Martin estuvo de acuerdo; se dieron la mano y Martin logró que su mejor amigo sintiera esa extraña energía que él le transmitía a Ioseph con sus bromas o sus sinsentidos.

Ioseph, como siempre, estuvo puntual en su cita y saludó a Tracy con un "Buenas tardes" en tono alto, pero sin ser pretencioso y mucho menos informal. No se sintió incómodo por la seriedad de Tracy, pese a que lo molestaban las personas serias; todo parecía normal; le explicó qué era lo que tenía que hacer en el mostrador. Había muchas cosas: una vieja cortadora de papel, una máquina de escribir, una computadora, un estante gigante (2 metros de altura) lleno de carpetas, pero lo que más le llamó la atención fue una libreta de registro de usuarios. Era un libro grueso con cerca de mil páginas. Parecía que el libro había sido reempastado porque las hojas cambiaban de tonalidades por cada año; así, logró ver que había personas que visitaron el lugar incluso antes de que él naciera.

Nunca se preguntó si su padre estaba ahí en ese libro. Después Tracy lo llevó a donde estaban los libros. La cara del muchacho se encendió como si un meteorito se estrellara en la superficie de Marte y surgieran nuevas estrellas. Eran muchos, él conocía menos de la mitad, lo que significó

que tendría problemas para encontrar alguno. Después, vio al final del acervo una puerta y preguntó:

—¿Qué hay en ese cuarto?
—La oficina del jefe —respondió Tracy.:
—¿Y cómo se llama?
—François Torrance.
—¿Y cómo es?
—Alto, delgado, con ojos color miel.
—¿Qué le gusta?
—Los libros.
—¿A qué hora llega?
—No tiene un horario fijo.
—¿Qué le gusta escuchar?
—Wagner.
—¿Y de comer? —Tracy lo miró como si le estuviera preguntando algo nada grato.

De la seriedad pasó a un rubor casi morado dado que su tez no era blanca ni negra, era morena. Ella respondió "No sé", tras haber emitido una risilla nerviosa que parecía el sonido de un ratón. Terminaron el recorrido cuando Ioseph escuchó una voz desconocida. La voz era como si perteneciera a un chico de su edad. Rápido y con mucha elegancia, Tracy exclamó:
—¿Hay alguien más aquí?
—José —dijo la voz, pero Tracy no hizo caso.
Ioseph escuchó lo que la voz dijo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sin embargo, en vez de buscar el origen de esa voz, prefirió alcanzar a Tracy que estaba metros delante de él.

Regresaron a la oficina de Tracy, quien le dijo:
—Tu horario va a ser de 6 a 9 y ganarás 25 dólares por hora, y 50 cuando vengas en fin de semana. Por cada hora que vengas en fines de semana... ¿Prefieres efectivo o te gustaría que te depositáramos en una cuenta bancaria?

Ioseph nunca supo bien cómo usar una tarjeta bancaria, así que decidió que su pago se efectuara en billetes verdes. Todo era claro, pero antes de salir preguntó a Tracy:
—¿Quién es José? —mas no hubo respuesta alguna y él no quiso insistir; salió intrigado pero quería investigar quién era. El día siguiente comenzó con un desayuno pesado, café, huevos con jamón, cereal de chocolate y una toronja. Su madre estaba sorprendida por todo lo que comió y él mismo también, así que le comentó que iría a jugar videojuegos a la casa de Martin después del trabajo.

La escuela era un terreno casi vacío porque se acercaba la temporada vacacional. A Ioseph no le gustaba salir, prefería quedarse a ver películas en el solitario cine Tláloc. Sólo Martin y él iban en esa temporada, pues exhibían películas de todo el mundo comenzando por Alemania, cine de serie B traído desde Bélgica, dramas de Dinamarca, comedias españolas, erotismo francés, pero las que a ambos les gustaban más eran las inglesas de terror, porque no se parecían a las del país donde nacieron.

Ioseph tomó su última clase y decidió caminar rápido para no llegar tarde a su trabajo, mientras Martin se dirigió a su casa a preparar las cosas para jugar aquellos videojuegos de sangre y violencia, impropios para su edad —lo cual tenía claro— y por lo mismo inadecuados al parecer de sus padres. La relación entre Hanna y Matt nunca fue mala; podría decirse incluso que eran los mejores amigos, pues cuando se conocieron ambos reían sin parar; alguna vez los dos pensaron tener una relación sentimental pero prefirieron mantener simplemente su amistad.

La camisa y los zapatos limpios daban la impresión que Ioseph asistiría a un evento social como una boda, mejor quizá, a un funeral. Los funerales que sucedían en el lugar donde vivían eran escasos y cuando había uno iba poca gente. Era muy discreta la forma en que los preparaban. El último fue el de la señora Valerie, una mujer joven que llegó de California con sus tres gatos. Martin y Ioseph divagaban sobre cómo había muerto ella: comenzaban con el factor animal, es decir, sus gatos le infectaron un extraño parásito que ocasionó su muerte; después, con lo sobrenatural: al enterarse de la muerte de su marido en Medio Oriente, imaginaban que éste había regresado para darle el último beso y así seguir juntos en el Más allá.

Ioseph llegó puntual al lugar de trabajo, lo cual sorprendió a Tracy porque no pensó que el muchacho fuera así. Se saludaron y comenzaron a trabajar. Pasaron dos horas antes de que llegara el primer 'cliente', como él los llamaba, pero Tracy se aferraba en decirle que eran 'usuarios'. Ioseph tenía razón porque *compraban* y no *usaban* los libros, pero no le prestó atención a esos detalles. Esta vez se trataba de una señora que él nunca había visto, alta delgada, quien le pidió un libro de 1920. Ioseph salió disparado como una flecha y la señora no creyó que lo encontraría; pocos minutos después, volvió con el libro entre los brazos, pero la señora sonrió creyendo que no era el texto que buscaba. Para su sorpresa ahí estaba y le preguntó cómo rayos lo había hecho.

—Fue fácil, es un número fácil de encontrar.

Ella lo vio muy seguro, abrió la portada y, efectivamente, era el libro; tras lo anterior, el chico le pidió que se registrara en la libreta, se la facilitó y ella sacó una pluma de color negro con tinta roja; anotó su nombre con una letra elegante, algo grande; la mujer salió y nunca más la volvió a ver. Su nombre era Lita. Tracy salió de su oficina y preguntó por la señora, a lo que él le explicó lo acontecido. Como siempre, la cara de Tracy mantuvo su rigidez. Ioseph percibió que con uno de sus ojos almendrados lo miraba fijamente y con el otro avistaba hacia la salida. Terminó el día contento pero con mucho ímpetu de conocer al señor Torrence. No quiso preguntarle a Tracy cuándo lo vería, porque se le hacía tarde, pero Ioseph quedó en ir el fin de semana.

Al llegar a la casa de Martin, Ioseph fue recibido con una pizza enorme que Matt compró para ambos. La velada siguió con varias horas de videojuegos de guerra y peleas a muerte. Alrededor de las cuatro de la madrugada Ioseph despertó y le contó a Martin sobre lo sucedido en su primer día de trabajo. Martin lucía cansado pero al escuchar lo de la extraña voz, se sintió emocionado. Con cierta ligereza, Martin comenzó a divagar diciendo que tal vez el lugar estaba embrujado o quizá un niño había muerto ahí. Así que al día siguiente planearon ir al lugar: uno a trabajar y el otro con el pretexto de buscar un libro.

Ioseph regresó a casa justo a tiempo para el desayuno de fin de semana. Vio a su madre y la saludó con una voz estruendosa, lo que significaba que él estaba feliz. Después corrió al baño y

se metió a la ducha. Mientras se bañaba, hacía voces guturales similares a las de monstruos. Salió del baño con el pelo empapado; entró a su cuarto, en el que, entre otras cosas, tenía cerca de mil películas en distintos formatos. A fin de mes casi siempre adquiría cinco o seis títulos; le gustaba coleccionar películas de todo el mundo, sin importar de dónde fuera. Aunque le gustaba leer otros idiomas, prefería que las películas que conseguía contuvieran el audio en el idioma original. Dio un vistazo rápido a su colección y ya vestido salió como un rayo.

El plan era bastante sencillo: Ioseph trabajaría de forma normal mientras Martin, por su parte, entraría a la librería como un chico atolondrado (cosa que no le costaría trabajo) buscando algo para una tarea. Pero más allá de ser atendido en el mostrador por Ioseph, los dos amigos entrarían al acervo donde la voz fantasmal se hizo presente.

—Trata de ser discreto y sobre todo serio, a alguien como Tracy no le gustan mucho las bromas —fue lo último que le dijo Ioseph a Martin antes de verse para ejecutar su plan. Ambos debatieron si el plan debería tener nombre; luego pensaron que era una misión para recaudar información, pero cuando el tiempo se terminó dejaron la discusión y sólo quedó en plan.

Ioseph llegó puntual a su trabajo como siempre. Vio a Tracy en su oficina revisando unos papeles y la saludó; la cara inexpresiva respondió el saludo sin más. Él pasó y se posó detrás del mostrador; después prendió la computadora, esperando encontrar algún registro sobre las personas que habían trabajado ahí. Pasó cerca de media hora y su búsqueda fracasó; no existía siquiera un documento en que se encontrara la dirección de la librería o biblioteca (Martin y Ioseph no habían descifrado aún qué era ese lugar). Mientras pensaba qué hacer, un ruido vino del interior de la oficina de Tracy, tal vez un objeto que se había caído. Pasó por su mente entonces la computadora de Tracy: era ahí el mejor lugar en el cual indagar; el problema era, sin duda, cómo hacerlo.

Tracy pocas veces salía de su oficina, regularmente para ir al banco o buscar algún libro en el acervo, pero durante esos raros momentos en que ella estaba fuera de su lugar, sería muy difícil para Ioseph buscar en la computadora, y tarde o temprano sería descubierto. Doce en punto marcó el reloj colgado en la pared de frente al mostrador, a escasos metros de la puerta de la oficina de Tracy. No les quedaba mucho tiempo a los dos chicos, cuando de pronto Tracy salió de su oficina y le dijo a Ioseph que iría en búsqueda de un libro. A lo que le respondió que si ella gustaba, él podría ir, sólo necesitaba el nombre para buscarlo.

Tracy lo miró pensativa y no le pareció mala idea. Le dio lo que requería para buscar el libro y regresó a su oficina. Ioseph se puso en marcha y justo cuando estaba en el umbral del acervo, entró Martin. Éste camino unos metros, encontró el mostrador y esperó unos segundos a que Ioseph apareciera, lo cual no aconteció, pues su amigo ahora estaba a pocos de metros en un gran acervo.

—¿Te puedo ayudar en algo?
—Sí, lo que pasa es que tengo tarea de una de esas clases que aburren todo el tiempo y me dejaron buscar unas cosas que tengo aquí anotadas. Déme un segundo.

En definitiva ese no era Martin: su forma de hablar era muy nasal, como si le hubieran metido algo en la nariz. Si Ioseph lo hubiera visto en ese momento, se habría molestado como nunca

porque no estaba siguiendo el plan. Martin pensó que ser serio significaba ser alguien más. Tracy lo miró mientras él buscaba en los bolsillos de su pantalón.

—¡Ah, la encontré! —exclamó mientras soltaba una pequeña risa nerviosa. Era una lista con palabras en latín que Ioseph escribió la noche anterior. Martin extendió su mano y le dio la lista a Tracy.

—Escucha, esto no es una biblioteca pública, si quieres puedes ir a la de tu escuela y ahora, si no es molestia, puedes marcharte, estamos muy ocupados por aquí —expuso Tracy con una voz rígida que más que una aclaración parecía un regaño; ni siquiera se tomó la molestia de tomar la nota de papel.

Martin estaba enojado por el comportamiento de Tracy pero no pudo hacer nada, así que fingió encogerse de hombros. Estaba a punto de salir cuando Ioseph, un poco agitado, apareció. Martin pensó que esta vez le daría a esa tal Tracy su merecido. Tracy se dirigió hacia él y tomó el libro que tenía en las manos.

—Ahora sé tan amable de explicarle a este individuo que esto no es una biblioteca pública —dijo Tracy viendo a Martin; Ioseph lo miró pensando «Aquí vamos amigo».

—¿En que puedo ayudarte? —preguntó Ioseph a su amigo fingiendo no haber visto nunca a tal muchacho.

—Pues en la escuela me dejaron que buscara esto.

Ioseph tomó la hoja, reconoció la caligrafía perfectamente inteligible de Martin, pero lo que le sorprendió fue su voz. Nunca pensó que su amigo pudiera hablar así; por un momento quiso reírse hasta morir pero no podía; después pensó que esa voz lo echaría todo a perder.

—Veamos... aquí tenemos unos cuantos diccionarios de latín que te pueden ayudar —dijo en tono serio—, pero no sé si te los podemos prestar para que les des un vistazo... —agregó, mientras Tracy los miraba con cara de fastidio.

—Está bien. Si eso ayuda a que te vayas más rápido de aquí, adelante —dijo Tracy, que lo único que quería era que Martin se largara del lugar y que todo siguiera igual.

—¿Por qué no me acompaña por el libro? Así sirve que puede ver el acervo, después de todo este lugar necesita algo de vida —sugirió Ioseph.

Tracy lo pensó por unos momentos y aunque no estaba de acuerdo a que alguien ajeno mirara el acervo dijo que sí.

—Tienen media hora —expuso Tracy mientras señalaba el reloj de la pared—; y si necesita consultar algo, que lo haga en el mostrador.

—Como tú digas —respondió Ioseph, y ambos se dirigieron de forma apresurada hacia el acervo.

Tracy regresó a su oficina pensando en qué pasaría si el señor Torrence se presentara inesperadamente. Decidió no pensar en ello y sólo espero a que el tiempo pasara rápido.

En al acervo Ioseph y Martin caminaban rápido, pues tenían poco tiempo. Definitivamente el acervo era enorme, no habían llegado a la mitad cuando ambos sentían que habían recorrido un largo trecho. En aquel lugar reinaba el silencio, libros y libros alrededor; por un momento Martin pensó que el lugar adquiriría una extraña forma de laberinto y no saldrían jamás. Ioseph pensaba en cómo encontrar esa voz y sobre todo cómo dar con el nombre José. Habían pasado quince minutos y no habían encontrado nada; siguieron caminando cuando de pronto se toparon con un estante que no tenía muchos libros. En cierta forma, los demás libreros parecían señalar hacia ese lugar o algo en sus mentes provocaba que así pareciera.

En todo el acervo había libros de todos los tamaños, pero en aquel estante había uno que, en particular, llamó la atención de Ioseph, mientras Martin miraba un librero repleto de enciclopedias que estaba unos metros adelante. Ioseph no pudo resistirse a ver aquel obscuro libro. Al acercar su mano, algo extraño sintió; no lo prestó mucha atención pero en cuanto sostuvo el libro, sus ojos se cerraron repentinamente. Martin seguía viendo enciclopedias. Generalmente Martin leía los libros de la escuela pero sin mucho interés; sólo prestaba atención a lo que los miles de colores de las páginas de sus cómics favoritos le contaban.

El tiempo se agotaba. Faltando cinco minutos, Tracy se disponía a ir por ellos cuando el teléfono de su oficina sonó con discreción; no le quedó más remedio que responder. Martin recordó que ya habían estado ahí mucho tiempo, así que fue adonde estaba Ioseph y le recordó que ya tenían que volver. Ioseph, al principio, no le hizo caso, tenía los ojos cerrados y el libro en los brazos. Fue como si el tiempo se detuviera para Ioseph, mientras todo el mundo se encontraba expectante a que reaccionara. A Martin no le quedó más que sacudirlo para hacerlo volver en sí, el cuerpo de Ioseph se agitó, abrió los ojos y el nombre de Tracy salió por su boca.

—¡Maldición, espera! —dijo Ioseph mientras dejaba aquel libro en su lugar y ambos salían presurosos.
—¿Qué? —preguntó Martin.
—El diccionario, necesitamos un diccionario de latín para que Tracy no crea que sólo perdimos el tiempo.
—Cierto, bueno, tú eres el experto en esto, ¿no?
—¡Ya sé! Del otro lado hay algunos ¡vamos!

Ambos corrieron y lo encontraron. Ahora sólo tenían que salir de ahí. La salida no estaba lejos de donde recogieron el diccionario; llegaron justo a tiempo y mientras ambos fingían tener una plática sobre los libros del acervo, Tracy salió de su oficina y los miró como si estuviera a punto de llevarlos a juicio. Lo que pasó después no fue nada fuera de lo común: Martin expresó su gratitud a los dos y salió; se quedó, sin embargo, pensando en qué había pasado en aquel lugar con su amigo. El día transcurrió como cualquier otro para Tracy y Ioseph, pero esté siguió intrigado por aquel libro.

El escondite

El fin de semana llegó cuando los primeros vientos fríos agitaban las hojas de los árboles, el vecindario parecía tranquilo y la quietud reinaba en las calles. Hanna esperaba a Ioseph en la puerta para ir de compras al supermercado. Madre e hijo subieron al auto. Hanna conducía un Volkswagen Sedan que, con el paso de los años, cambiaría por otro modelo pero de la misma marca; era el auto perfecto para aquellos dos, tenía todo el espacio para subir las compras o quizá para subir incluso a otras personas, lo cual nunca había ocurrido.

Hanna era una conductora precavida, amable con los peatones; a menudo solía cederles el paso y siempre estaba pendiente de los señalamientos. Manejaba a la velocidad indicada por los letreros del gran bulevar, en el centro de la ciudad. Años atrás, Ioseph siempre gustó ir de compras junto con su madre porque, al terminar, compraban un helado y lo comían en una plaza que se encontraba a escasos metros del centro. Lo que podría parecer un día de compras cualquiera, ese día no lo fue porque al fin Ioseph había juntado el dinero suficiente para comprar una figura de acción de su héroe en turno: 'El Hombre-Camaleón'. Con el paso de los años esa figura formaría parte de los muchos juguetes que Ioseph guardaba con cariño en un armario muy bien ordenado.

La madre de Ioseph sabía que él estaba impaciente, así que prefirió hacer sola la mayor parte de las compras, mientras él iba por el juguete tan anhelado. Ioseph salía en busca de su juguete mientras Hanna colocaba todas las cosas que necesitaban en el hogar. Cada paso que el niño daba era más rápido que el anterior hasta que terminó por correr dentro de la tienda departamental. Hanna vio cómo corría y primero le pareció un poco incorrecto pero después no le importó y lo miró con una sonrisa.

En menos de un minuto Ioseph ya se encontraba en la sección de juguetes y buscaba la figura 'El Hombre-Camaleón'. Otro niño, a unos metros de donde él estaba, se encontraba mirando los juguetes hasta que de pronto se topó con Ioseph. Era un niño de pelo largo que bien podría cubrirle todo su rostro; cuando Ioseph lo vio pensó que bien podía ser un niño que descendía de los nativos norteamericanos que salían en las películas de vaqueros. Sin embargo, al escucharlo hablar, esa idea se borró de su mente.

—¡Hola! ¿Has visto alguna figura de 'El Hombre-Camaleón' por aquí? —dijo el niño de pelo largo mientras Ioseph reflexionaba en lo que le había preguntado.
—¿Tú también buscas esa figura? —respondió Ioseph moviendo otras figuras de la serie del mismo personaje. Ioseph ya tenía muchas de ellas, pero la que buscaba ese día era un tanto especial porque contenía un cómic en el que se descifraban los orígenes del misterioso personaje.
—¡Sí! Es genial, ya tengo estos muñecos de aquí pero quiero la figura que acaban de sacar —respondió el niño de pelo largo.
—Yo también la quiero pero desde antes que llegaras, la he estado buscando sin éxito.

Ambos niños se miraron como si hubieran recibido una mala noticia.
—Bueno, quizá tengamos que preguntarle al encargado del área, a ver si todavía tienen alguna; por cierto, mi nombre es Martin, ¿tú cómo te llamas?

Esas palabras, pese a que sonaron a las de un niño de mayor edad, para Ioseph fueron bastante normales porque él también hablaba así.
—Mi nombre es Ioseph —le respondió con una sonrisa y juntos caminaron en busca del encargado.

Mientras lo buscaban, un hombre alto se acerco a ellos.

-¡Eh! Campeón ¿quién es tu amiguito? —dijo aquel hombre alto de complexión un tanto atlética, mientras revolvía el pelo largo de Martin.
—Su nombre es Ioseph ¿puede ir a cenar con nosotros esta noche? —dijo Martin mirando a su padre; no habían pasado ni quince minutos juntos y parecía que ambos niños se conocían desde hace una vida.

—Me temo que será en otra ocasión —dijo Hanna mientras se acercaba con un carrito de supermercado con las cosas que necesitaban para fin de mes.
—¡Pero mamá! Íbamos a jugar con las figuras de 'El Hombre-Camaleón' —respondió Ioseph un tanto desencantado, mientras el padre de Martin reía en una forma divertida pero muy discreta.
—¡Hola! Mi nombre es Matt, mucho gusto.
—Encantada —respondió Hanna y no le importó no decir su nombre porque presentía que Matt lo conocería pronto. Fue meses después cuando de nuevo se encontraron, en una junta escolar, y Matt la saludó diciendo su nombre; se sentaron uno al lado del otro y ese fue el año en que por vez primera Ioseph y Martin fueron compañeros de aula.

En aquel lugar donde vivían no era muy común conocer a gente nueva; por lo general, todos se conocían, pero lo que le gustaba a Hanna es que tenía poco contacto entre los habitantes. Esto no se debía a que ella fuera poco sociable, por el contrario, pero a ella le agradaba que las cosas fueran así. Ese fue el día en que Ioseph conoció a su mejor amigo sin importarle el no haber conseguido la figura de acción, pero quizá eso era lo que necesitaba el niño para ser feliz: un mejor amigo.

Los meses y los años pasaron en la vida de ambos niños y con ello su amistad creció a tal grado que eran inseparables. Las cosas eran tranquilas en aquella ciudad, una ciudad quieta donde parecía que no pasaba nada, rodeada de bosques y caminos solitarios. Eso era lo que podía encontrar cualquier turista en Madigan. Madigan no era una ciudad grande pero sí un sitio adecuado para vivir; colindaba con otras ciudades que producían alimentos y todo lo necesario para vivir.

Sus primeros pobladores llegaron en el año de 1896, aunque pocas cosas quedan de esa época como el viejo ayuntamiento y la plaza cercana al centro. Con el paso de los años, más pobladores fueron llegando y la ciudad comenzó a crecer. A algunos les podría parecer que la vida era gris en Madigan porque sus pobladores eran discretos y no pasaban cosas fuera de lo común. El entorno en que se fundó la ciudad no se modificó del todo y afortunadamente nunca llegó algún empresario con la intención de comprar la mitad de la ciudad para poner una fábrica, por más que las condiciones fueran propicias.

De esta forma Madigan vio crecer a estos dos niños que, en un día soleado, decidieron buscar un escondite. Eran las once la mañana cuando Ioseph esperaba a Martin fuera de su casa. Matt lo había invitado a pasar pero él amablemente se negó, porque conociendo a Martin, se entretendrían más y Ioseph no quería perder más tiempo. Al fin su amigo apareció y los dos caminaron hacia la acera que estaba enfrente de la casa de Martin.

En días pasados, habían venido planeando éste día con mucho entusiasmo, porque era el día en que ambos formarían su propia guarida secreta. Caminaron varias cuadras pero ambos no sabían en realidad adónde iban; no hablaron por un rato y mientras caminaban cada uno parecía desentendido de lo que pasaba. Sin embargo, calles adelante de la casa de Martin, un camión pasó a gran velocidad y sorprendió a los dos como si les hubieran aventado agua fría.

—¡Oh! Eso estuvo cerca, ¿no lo crees? —le dijo Martin a Ioseph, que estaba de su lado izquierdo.
—Sí, ya lo creo —respondió Ioseph mientras soltaba una risa que se perdió con el ruido que dejó a su paso el camión.
—¡Ya sé! ¿Por qué no vamos en la dirección de la que vino el camión? Y así vemos si hay algo por ahí —indicó Martin.
Martin seguía viendo en la dirección hacia la que se dirigía el camión, mientras Ioseph le comentaba sobre hacia donde ir.
-¿Qué? ¡Ah! Sí vamos por ahí —respondió finalmente Martin y juntos caminaron hacia donde el sol se oculta. Todavía faltaba mucho para el atardecer, pero quizá a su regreso el sol ya solo les miraría la espalda.

Cuando decidieron caminar por donde vino el camión, se encontraron justo en la esquina de la calle Hire. Ninguno de los dos sabía por qué en el vecindario donde vivían, las calles, en vez de nombres, tenían números; y algunas, en lugar de nombres en inglés, tenían nombres en francés. Sin darle importancia a los nombres de las calles, ambos siguieron su camino y se adentraron en una parte de la ciudad poco concurrida; este lugar estaba lleno de casas de gente acaudalada. Curiosamente, Martin y Ioseph solo habían pasado por ahí unas cuantas veces.

Los inmuebles eran de grandes extensiones y los tejados, tan altos, que parecía que las casas albergaban más de tres plantas en sus cimientos; grandes jardines de verde pasto y viejos árboles creando sombras descomunales que hundían a aquel vecindario en sombras permanentes. El camino, pese al paisaje, comenzó a hartar a los dos amigos, porque no veían ningún lugar en que pudieran fundar su 'guarida privada', como ellos al principio la llamaban.

—Será mejor que regresemos, por aquí no hay nada —se notaba una ligera carga de pesimismo en la voz de Martin.
—Sí, quizá de regreso se nos ocurra algo mejor —respondió Ioseph mientras miraba un viejo caserón que tenía el aspecto de haber estado deshabitado por mucho tiempo. El chico posó su mirada en una ventana que tenía unas cortinas un poco rasgadas pero que no permitían ver hacia el interior de la casa. Repentinamente, una figura humana apareció detrás de aquella cortina. La figura inmóvil parecía mirar a los dos niños mientras caminaban, pero Ioseph sintió que esa sombra —más que figura humana— sólo lo miraba a él.

—¡Eh! ¿Te pasa algo, Ioseph? —fueron las palabras que dijo Martin mientras miraba a su amigo ahí parado.
—No, no, sigamos, es sólo que parecía que había alguien en esa ventana.
—Yo no vi nada, oye, ¿una guarida no tiene que estar lejos de nuestra casa o sí?
—Yo diría que sí porque así nadie nos molestaría.
—¡Oh! ¡Vamos! En este muerto vecindario, ¿quién podría molestar?
—Bueno, en eso tienes razón —respondió Ioseph mientras miraba su reloj.

Ioseph se detuvo y Martin quedó unos pasos delante de él. Cuando Martin volteó a ver a Ioseph, éste se encontraba sentado en la acera a escasos metros de una coladera. Martin tomó asiento de su lado derecho y ambos permanecieron en silencio por un rato.
—Nunca pensé que esto tuviera tan pocas opciones —dijo Ioseph mientras veía pasar a los autos.
—Mira cuántos árboles... de seguro el jardinero de estas casas ha de ganar un buen dinero.
—En vez de que me ayudes a pensar en alguna idea para la guarida, sólo estás pensando en los árboles, ¿en qué nos pueden ayudar los árboles?
Al decir esto último, la expresión de Ioseph cambió totalmente: ahora tenía una gran idea y cuando esto pasaba Martin sabía que funcionaría. Martin vio el rostro de su amigo y aunque no entendía de qué se trataba, siguió a Ioseph, que ya se encontraba en marcha.

Martin no entendía bien lo que Ioseph tramaba, pero sabía que cuando su amigo se desconectaba del mundo por unos minutos, quería decir que una idea se formaba en su mente. Árboles, árboles y árboles era todo lo que había en la mente de Ioseph mientras caminaban, pero existía uno en específico que le parecía la mejor opción. Llegaron en pocos minutos a la casa de Martin, quien miró extrañado a Ioseph y un tanto confundido; pensó que ese don que tenía Ioseph para elaborar grandes ideas se había perdido cuando llegaron a casa.

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido? Por si no te has dado cuenta estamos de nuevo en casa.
—Dime algo Martin: en el patio trasero de tu casa ¿todavía hay un gran roble, cierto?
—Sí, todavía está.

Después de responder a la pregunta de su amigo, Martin comprendió la idea de Ioseph.

Se introdujeron en la casa y notaron que el padre de Martin no estaba, seguramente todavía estaría trabajando. La casa de Martin era espaciosa y se percibía un ambiente confortable. Cada vez que Ioseph entraba, se sentía bien y le gustaba mucho estar ahí. Pasaron por la estancia y el comedor hasta llegar al patio de atrás. Ahí, Matt solía cultivar algunos vegetales; había algunas otras plantas que nadie se molestaba en cuidar porque el clima en Madigan era favorable la mayoría del año.

Y ahí estaba ese gran roble con grandes ramas que tenían un grosor impresionante. Era tan alto que incluso rebasaba por unos centímetros la casa donde vivían Martin y su padre. Los dos estaban frente al roble teniendo la misma idea: construir su guarida. Aunque poco después apareció un inconveniente: sí, construirían su guarida en ese enorme roble, pero no sería un lugar secreto y cuando terminaran quedaría como una casita del árbol.

—Pero… esto va a ser como una casita del árbol, ¿no crees? —dijo Martin mientras miraba a su amigo.
—Bueno, pero después de todo será nuestra guarida
—Yo creía que una guarida debería estar en un lugar secreto.
—Sí, tienes razón, pero ya no será una guarida, creo que es mejor que sea un escondite —finalizó Ioseph y ambos estuvieron de acuerdo.

En los días que siguieron, Ioseph y Martin, después de la escuela, iban a la casa del segundo a construir su escondite. Reunieron todo el dinero que tenían y consiguieron una buena oferta en

una madererería cercana al centro. Tomaron la herramienta del padre de Martin, cosa que no le molestó al señor pero pensó que quizá tendría que llevar en cualquier momento a uno de los dos niños al hospital por algún accidente, lo cual, sin embargo, nunca sucedió. Al principio no tenían ni idea de cómo construir algo arriba del árbol, así que después de varios debates, decidieron quitar todas las hojas y las ramas pequeñas que no les servían. Cabe decir que Ioseph había traído una escalera de dos metros de alto que su madre utilizaba para poner los adornos navideños afuera de su casa.

Al principio, lo que hicieron resultó ser una tarea sencilla. Sin embargo, al poco tiempo, descubrieron que no todo iba a ser fácil. Martin tomó la escalera y subió por un costado del árbol; desde abajo, Ioseph le pasó unas tijeras para que podara todas las ramas que les estorbaban. Las tijeras eran enormes y a Martin le pasó por la cabeza la idea que con esas tijeras le podría cotar la cabeza a alguien, pero se puso a cortar las ramas del roble. Así estuvieron un rato. Después de que Martin avanzó un poco, fue el turno de Ioseph para podar aquellas ramas. Este comienzo, les llevó todo el día. Para cuando terminaron, el sol ya se había ocultado y ambos pensaban seriamente en abandonar la tarea, aunque no desistieron.

Al día siguiente llegaron a su lugar de trabajo y no sabían cómo centrar el piso de la casa del árbol. Después de haber quitado todas las ramas innecesarias, colgaron una soga con una polea que encontraron en la cochera de la casa, para así subir con facilidad las herramientas y todo lo que necesitaban. De un extremo de la cuerda amarraron unas tablas y las subieron al árbol. Sin duda, la polea facilitó el trabajo en gran medida. Era difícil permanecer de pie en el gran roble, que, visto desde arriba, parecía una mano abierta.

Ioseph estaba arriba del árbol mirando cómo subían las tablas al tiempo que se preguntaba de qué forma las colocaría para armar el piso de la casa del árbol. Aquellas fuertes ramas se encontraban separadas una de otra, así que Ioseph decidió poner una de las tablas largas de tal manera que uniera las ramas transversalmente. Tenía un martillo grande en su mano derecha y se disponía a clavar la tabla, pero le hacían falta los clavos. Llamó a Martin, quien estaba cortando una tabla con un serrucho; en un instante, Ioseph ya tenían los clavos y comenzó a clavar la tabla.

Transcurrió el día y cuando menos se dieron cuenta, la casita del árbol ya tenía piso. Ambos subieron y después de todo un día de trabajo estaban agotados; se quedaron sentados viendo hacia la parte trasera de la casa de Martin, un terreno baldío que nadie sabía a quién pertenecía. Ambos pensaron que si conseguían otra escalera que conectara el lote baldío con la casita del árbol, podría servir como una buena salida de emergencia. El sol cayó con el transcurso del día y sus últimos rayos de luz se posaron sobre el rostro de aquellos dos niños recostados en el piso de su casita del árbol.

La casita del árbol o “el escondite”, como lo llamaban los dos amigos, tabla por tabla iba tomando forma. Cualquiera pensaría que algo construido por niños de su edad no aguantaría los vientos fuertes de otoño y mucho menos una tormenta de verano. Con el pasar de los días, en que las tareas no necesitaban mucho tiempo y todo lo demás fue resultando sencillo, el escondite finalmente quedó terminado. Habían pasado meses desde Martin y Ioseph se embarcaron en tener un lugar propio en el cual sentirse cómodos, contar historias hasta la madrugada y planear sus aventuras.

El patio trasero de la casa de Martin era más amplio que el frente de la casa y ahí era donde se encontraba el viejo roble de gruesas ramas que atacaban el cielo con atrevimiento. Una tarde, Matt fue a ver a su hijo y a Ioseph que desde medio día se encontraban en el escondite; caminó a través de la casa, llegó hasta el patio trasero, miró hacia arriba y vio la casa del árbol como si fuera parte del mismo roble. Se podía notar que la casa del árbol era algo construido recientemente, pero a su vez, parecía como si a la casa hubiera salido de las entrañas del roble.

Su visita fue breve. Matt sólo quería decirles que iba a salir y regresaría más tarde. En el interior del escondite, se podía gozar de un amplio espacio donde había un sillón que les vendió una anciana en pocos dólares; el problema, desde luego, fue subirlo hasta el escondite, ya que no cabía en la puerta de la entrada, así que entró por uno de los lados de la casa del árbol. Hicieron más grande una ventana que, al final, quedó como gran hueco por donde se podía ver todo el vecindario. A ambos les gustó cómo quedó tal ventanal, así no les molestó en dejarlo así.

También había una mesa en que fácilmente se podían sentar cuatro personas, pero como Martin y Ioseph no tenían otros amigos, aquella mesa era bastante confortable para los dos. No les molestaba no tener otros amigos. Solían convivir con otros chicos en la escuela cuando tenían práctica de football, o en la natación, pero no mantenían un lazo tan fuerte como el que había entre ellos. Alguna vez se preguntaron si alguien entraría en un momento dado al escondite, a lo que ambos respondieron con una negativa. La vida no podía ser más agradable y dentro del escondite no se podía estar mejor.

Han pasado casi cinco años desde que Ioseph y Martin comenzaron con la construcción del escondite. En vías de crecer y a unos cuantos años de abandonar los juegos de niños y todo aquello que torna feliz la infancia, los dos amigos estaban de nuevo allí, en ese lugar cálido y seguro.

El libro obscuro

Ioseph caminaba por un breve trecho de casi dos metros y medio en el interior del escondite. Martin bebía de una botella agua mientras veía a su amigo caminar como un león enjaulado al que no hubieran alimentado en un buen rato. Eran pocas las veces en que Ioseph se ponía así; nunca fue ansioso y mucho menos nervioso, siempre conservaba la calma incluso en el peor de los casos, pero ¿qué caso era este?

—¿Qué demonios fue lo que pasó? —exclamó Ioseph en un tono sorprendido, pero aún más sorprendido estaba Martin al escucharlo hablar.
—No lo sé. Quizá tengamos que ir a buscar ese libro. Aunque no me da buena espina, porque cuando estuvimos allí tu rostro cambió, te gritaba y no respondías. Sentía que aquella chica bajaría y nos echaría a los dos.
Ioseph tenía un rostro dubitativo; instantes después, volvió a ser el mismo Ioseph tranquilo de antes.
—De la chica no hay por qué preocuparse, la cuestión es el libro —concluyó Ioseph.

Martin sabía qué era lo que pasaba cuando Ioseph aseveraba algo así: un plan se formulaba en su cabeza y no había marcha atrás. Ambos sabían que esto podía implicarles muchos problemas, pero eso no les preocupaba porque de todos los obstáculos que habían enfrentado, siempre

lograban salir sin repercusión alguna. Los problemas que enfrentarían a partir de ahora no serían iguales a los del pasado, pero algo que ellos no sabían era que esta aventura sería la última como niños y pronto tendrían que escoger un camino que determinara sus vidas.

Ioseph, pensativo, miraba hacia la gran ventana del escondite desde donde podía contemplar parte de la ciudad, mientras Martin lanzaba una pelota de esponja que golpeaba constantemente una de las paredes del escondite. A pocos centímetros del banco de Martin, estaba un póster enorme que llegaba casi hasta el piso del escondite. Se trataba de un cartel de una película mexicana: *El Varón del Terror*. Mientras, la pequeña pelota iba y venía con un ruido seco y constante.

Un libro. "¿Qué podía haber en un libro?" Fue ésta una de las muchas preguntas que Martin le hizo a su amigo aquella noche en que decidieron ir por él. Martin recordaba poco del libro; incluso le pareció un libro no muy común pero que bien se podría encontrar en una librería de alguna universidad. Martin, al igual que todas las personas, tenía un color favorito, y como todo chico fascinado por lo malévolo, lo sombrío y lo estruendoso de los grupos de metal que escuchaba, el color negro era para el perfecto para él. Pocas veces podíamos ver a Martin con una playera que no fuera de color negro; sólo usaba otros colores cuando se vestía para una ocasión formal, o cuando hacía demasiado calor solía usar una playera verde que tenía estampada, en la parte de atrás, una tabla de surf.

El color negro que vio en el libro no era nada común. Incluso, cuando recordaba el matiz, no sabía si tal color pudiese existir; no le dio más vueltas al asunto pero estaba completamente convencido de que ese libro no era como cualquier otro. Estaba desconcertado ante esa negrura nunca antes vista, pero al mismo tiempo quería saber qué era y por qué Ioseph, al tocarlo, quedó poseído, o al menos esa era la única palabra que podía describir lo acontecido. Ioseph no recordaba nítidamente cómo era el libro, pero cuando pensaba en él, todo era obscuridad dentro de su mente. Sus pensamientos se nublaban sin más.

—¿Estás seguro de que no te acuerdas de nada? —pregunto Martin al atrapar la pelota de esponja que había estado lanzando contra la pared.
—No sé, no estoy seguro. Trato de recordar y todo se torna obscuro, como si algo bloqueara mi mente.
—Pero aún recuerdas la voz ¿no?
—Sí, aunque bueno, ya no mucho —respondió Ioseph sin ganas.
—¿Por qué no te concentras y llamas dentro de ti a esa voz?
Pocas veces Martin aportaba algo a los planes o a las situaciones que ambos vivían; Ioseph lo miró y por un momento pensó que era algo ridículo, pero después de un rato le pareció que era una buena idea y no tenían nada que perder.
—Está bien, yo lo llamo pero tú quedas ahí sin hacer ruido, necesito concentración.
Martin sólo asintió y se le quedó viendo.

Ioseph caminó unos pasos mientras su rostro se tornó reflexivo y trató de recordar cómo era el tono de esa voz. No estaba muy seguro por dónde empezar, pero intentó mirar hacia sus adentros buscando sonidos pocos comunes; después se encontró con rostros de gente que sólo había visto una vez en su vida, lo que lo llevó a comenzar de nuevo. En vista de la búsqueda improductiva, se sentó con las piernas cruzadas en el gran tapete de la casita del árbol, que ciertamente armonizaba el lugar.

Martin tenía una expresión de aburrimiento increíble; a tal punto que casi se quedaba dormido. Quizá pudo ir por algo de comer a la cocina, pero él, más que nadie, sabía que no podía dejar solo a su amigo; no quería que éste cayera en ese extraño trance como el de la vez que sostuvo el libro. Permaneció allí viendo cómo Ioseph hacía un esfuerzo por recordar; miró hacia la ventana y descubrió el color de la noche; su amigo tenía los ojos cerrados y las voces dentro de su mente iban y venían como cuando caminas en la calle del centro de una ciudad, en donde todos los sonidos se mezclan y no distingues ninguno.

Dos niños en una casa del árbol y un extraño misterio que no otorga ni el más mínimo indicio para saber de qué se trata. Después de un rato, Ioseph abrió los ojos, se sintió un poco decepcionado porque no pudo encontrar nada, miró el rostro de Martin sabiendo que no había una respuesta que darle a su amigo, pero cuando todo parecía que se quedaría en un enigma eterno sin resolver, Ioseph recordó el nombre de alguien, un nombre que no se le podía olvidar porque en Madigan la mayoría de los nombres eran de origen sajón y la mezcla de otros tantos, pero ese nombre sonaba al idioma español, que pocas veces Ioseph había escuchado en películas de otros países.

—¡José!
—No Ioseph, yo me llamo Martin.
—Ya sé —respondió Ioseph con energía, aunque le dio un poco de risa lo que su amigo había dicho; Martin lo miro con mayor extrañeza.
—Pero ¿por qué 'José'?
—'José' es un nombre y es el nombre que escuché la primera vez que estuve en el acervo.
—Está bien, pero si lo que estás diciendo es que hay alguien ahí dentro, no sé qué deberíamos hacer.
—No sé exactamente si hay alguien ahí dentro, pero tengo la sensación de que ese nombre tiene que ver con el libro.
—¡Una vez más el libro! ¿Por qué no lo tomamos, lo traemos aquí y le echamos un ojo? —dijo Martin con cierto sarcasmo; Ioseph lo miró y sabía que su amigo tenía en el rostro esa famosa expresión de cuando ya no quería saber nada de un asunto.
—Sin darte cuenta acabas de decir lo más inteligente del día —respondió Ioseph sonriendo.
—¿Yo?

Al día siguiente Martin leía una de sus historietas favoritas en la sala frente al televisor apagado, mientras comía un chocolate, cuando por alguna razón sintió la necesidad de ir a su cuarto. Subió las escaleras sin detenerse, entró a la habitación y se fijó en la repisa donde tenía algunos juguetes de la infancia que nunca quiso regalar a los niños pobres. De una esquina de la repisa, color café obscuro, colgaba una cadena de plata que tenía un pequeño crucifijo del mismo mineral; Martin lo observó y recordó cómo ese objeto entró en su vida. Matt y el pequeño Martin llegaron a Madigan después de que su madre falleció; de su anterior hogar, que estaba en un barrio cercano a Madigan, se habían mudado a la casa en donde ahora vivían. Pudieron seguir viviendo en su primer hogar, pero Matt decidió dejar su antigua casa para que Martin no viviera con el pesar de la muerte de Greta. Tal era el nombre de su madre.

Greta conoció a Matt en el último año de universidad. Ella solía caminar alrededor de la biblioteca donde Matt estudiaba. Un día comenzó a llover y Greta no tenía paraguas, así que se

refugió en la biblioteca; cuando iba entrando, Matt salió un poco apresurado y le pegó en el hombro; él volteó para pedirle una disculpa y ambos se miraron sin de decir nada. Mucho tiempo después el hielo se rompió y ambos cayeron en lo profundo del amor. Durante diez años estuvieron juntos hasta que la leucemia se la arrancó de los brazos, dejando al pequeño Martin de cuatro años. Durante días ambos la visitaron en el hospital donde pasó sus últimos momentos. Justo antes de que falleciera, ella le dio aquel crucifijo que Martin dejaba en su repisa; ella se lo otorgó sabiendo que algún día lo protegería; aquella cadena con esa cruz forjada en plata era el único recuerdo de su madre.

Por la mañana Martin vio a Ioseph en la escuela y mientras almorzaron decidieron qué hacer para conseguir el libro. Ioseph no solía llevar cosas al trabajo, y se preguntaba por lo mismo si sería muy notorio si esta vez llevase una mochila para meter ahí el libro. Martin le había sugerido buscar la salida de emergencia para que por ahí le diera el libro y escapar corriendo. Martin, por alguna razón, siempre fue un magnífico corredor. En muchos años nadie había podido ganarle, quizá era algo en su genética.

A Ioseph no le pareció mala idea, pero el lugar donde estaba el acervo se encontraba completamente cerrado, aunque en la oficina de Tracy había una ventana que daba a la calle. Comoquiera, ambos habían acordado que Martin estaría fuera de la librería una hora antes de que cerrara. Los dos pensaron que ese era el mejor lugar para sacar el libro. El único inconveniente era, claro, Tracy. Tracy solía llegar temprano al trabajo. Ioseph sólo sabía que trabajaba ahí; no sabía si tenía familia o amigos, y aunque siempre quiso preguntarle, Tracy era del tipo de personas que nunca hablan de su vida y menos en el trabajo. La rutina de Tracy era llegar a su oficina, prender la computadora, revisar algunas facturas, tomar café y eventualmente ir al banco. Pero Ioseph no sabía con exactitud qué día y a qué hora Tracy podría ir al banco. Lo que iban a hacer era algo peligroso, pero si ambos querían resolver el misterio no tendrían otra alternativa.

Ioseph pensó que lo peor que podía pasar era que perdiera el empleo que tenía y quizá lo llevarían a la estación de policía o algo así; aun sabiendo eso, no le importó correr el riesgo y con su fiel aliado a su lado, descubrirían qué había en ese libro. Llegó en el horario habitual. En todo el tiempo en que él trabajo en ese lugar nunca llegó tarde, incluso en días con nieve o lluvias torrenciales. Tracy estaba en su oficina escribiendo algo en su computadora, Ioseph entró, la saludó. Como cualquier otro día comenzó con su jornada laboral. Encendió la computadora, revisó el registro de clientes y notó que muchos de los clientes que habían acudido a ese lugar eran extranjeros.

Una persona vestida de negro entró en la librería y preguntó por el encargado. Ioseph advirtió un acento extraño en el habla del visitante. El chico notó esto y creyó que aquella persona podía venir del sur de Francia: Ioseph no tenía del todo claro por qué había gente de otros países en esa librería. Tracy salió a recibirlo y por primera vez Ioseph vio en la cara de ella una sonrisa; aquel individuo entró y se sentó en una silla que estaba frente al escritorio de Tracy; después, Tracy cerró la puerta. Ioseph continuó con lo que estaba haciendo pero decidió bajar al acervo por el libro, aunque tenía miedo de que algo le pasara cuando lo tuviera en sus manos. Lo que le había contado Martin en el escondite sobre lo sucedido la vez que tuvo el libro en sus manos no había dejado de impresionarlo pero con todo y eso Ioseph sabía que no tendría otra oportunidad de hacerse con el libro.

No pasaron muchos minutos para cuando Ioseph se dirigía hacia el acervo. Caminó entre los libreros buscando con desesperación el libro, pero no lo encontraba; fue hacia el fondo, cerca de la oficina del señor Torrance, y no encontró nada. Recordó que cuando tomó el libro había un librero lleno de enciclopedias que Martin miraba con mucho interés, así que trató de ubicarlo. Cuando se dio cuenta, estaba corriendo por todo el acervo buscando ese librero repleto de enciclopedias; su desesperación aumentó al no hallarlo y pensó: «Soy bueno en esto de los libros, no debería ser difícil encontrarlo».

Se detuvo y comenzó a respirar en forma normal; se sentía un poco cansando después de haber corrido tanto tiempo sin dar con el libro; se tranquilizó pero no podía dejar de pensar en qué pasaría si Tracy no lo veía en el mostrador, así que siguió caminando por el acervo mientras su aliento regresaba. Al dar la vuelta por uno de los pasillos del acervo, cerró por un momento los ojos y escuchó un pequeño susurro. Dentro de su mente no quiso prestarle mucha atención, pero se detuvo y creyó que algo raro pasaba. No dio ni dos pasos cuando volvió a cerrar los ojos para tratar de saber qué pasaba, lo hizo y la voz fue más fuerte. Quizá cerrar los ojos era quizá la clave para encontrar el libro.

Una voz sin sonido, sin presencia, era lo que llamaba a Ioseph, que comenzó a pensar que en ese pasaban cosas muy raras, al grado de que se asustó un poco. Y ahí estaba, rodeado de miles de libros y una voz que lo llamaba mientras mantenía los ojos cerraros y caminaba con los brazos extendidos para no tropezar con algo. A cada paso que daba, la voz se volvía más fuerte, más intensa. Lo que comenzó como un susurro poco después parecía un grito desgarrador, como si clamara alguien por su vida, lo cual asustó a Ioseph. Aterrado por aquella voz, abrió los ojos y justo a lado de él estaba el librero de las enciclopedias. Ahora sólo tenía que caminar unos pasos y salir de ahí pero, ¿qué pasaría cuando tomara el libro?

Toda su vida Ioseph estuvo rodeado de libros. Nunca sintió desinterés por alguno, así fuera un libro para niños, los cuales le parecían increíbles porque sus ilustraciones siempre le gustaron; toda su vida gozó de los libros pero estaba vez se encontraba frente a uno que le inspiraba miedo, no sabía qué hacer y no quería que aquella voz lo atormentara en sus sueños; tampoco quería perder ese amor por los libros, así que sin más opción acercó su mano hacia el librero; una pequeña sombra se generó sobre la portada del libro debido a las luces que iluminaban el acervo, y a pesar de que presintió que algo infernal y devastador sucedería, lo tomó.

La noche caía sobre Madigan y Martin miraba cómo el espectáculo astral cernía una sombra gigantesca sobre su ciudad; dejó de ver cómo la noche caía y fue a su cuarto para buscar una mochila en donde introduciría el libro. Miró por un momento su repisa y tomó sin pensar el crucifijo de plata. Buscó en su closet una mochila grande para el libro; para cuando salió de su habitación, todavía tenía el crucifijo en su mano, así que lo metió en el bolsillo del pantalón. Como era costumbre, Matt seguía trabajando, la casa estaba vacía y salió sin mayor preocupación, aunque esperaba que su amigo estuviera bien. Sabía que las cosas no serían fáciles.

Con esa idea en su mente caminó hacia la librería. Como era de esperarse en Madigan, no había mucha gente en las calles. Pasó varias cuadras hasta llegar a la librería. Estaba solo, frente al edificio, preguntándose si su amigo estaría bien y si había podido conseguir el libro. Hasta cierto punto él también tenía miedo y lo único que quería era salir de ese lugar; sin embargo, no tenía más opción que seguir con el plan. Acercarse a la puerta sin que Tracy lo viera y encontrar la

forma de que Ioseph le diera el libro. Se acercó a la puerta de la librería mirando para todos lados, buscó a Ioseph pero no estaba ahí, lo que pareció extraño y recordó lo que le pasó a su amigo cuando tomó el libro... siguió esperándolo con angustia. Sin dejarse dominar por ésta, camino al otro lado de la calle y la tortuosa espera continuo.

Dentro de la librería todo seguía igual: Tracy estaba dentro de su oficina con el cliente que había llegado y Ioseph perdido en algún lugar del gigantesco acervo; los minutos pasaban y Martin seguía mirando desde fuera; conforme pasaron los minutos, su desesperación aumentó al no saber nada de Ioseph. El silencio reinaba en el acervo, aunque se vio interrumpido por los pasos de Ioseph hacia la salida; nada extraño experimentaba, se sentía como siempre, tenía el libro en sus manos y mientras caminaba estaba sorprendido de que nada hubiera pasado. Pese a ser una idea extraña, creyó que el mismo libro se estaba portando bien con él.

Regresó al mostrador un poco agitado y miró el reloj en la pared. Era justo la hora en que Martin estaría fuera de la librería; ocultó el libro debajo del mostrador y salió a ver si Martin se encontraba en el exterior; abrió la puerta y su amigo estaba ahí, del otro lado de la acera. Se miraron y la calma volvió a los dos de golpe. Ioseph le hizo señas de que se colocara en el callejón del lado derecho de la librería, porque era adonde daba la ventana de la oficina de Tracy. De pronto escuchó detrás de sí cómo la puerta de la oficina de Tracy se abrió; Ioseph no sabía qué hacer, pero decidió que lo mejor sería regresar a su lugar de trabajo. Martin lo miró sin saber qué era lo que estaba pasando; quiso gritarle algo a Ioseph pero éste ya se hallaba en el interior de la librería.

Aunque Martin no sabía qué era lo que pasaba, corrió hacia el callejón y se paró justo debajo de la ventana y esperó. Ioseph estaba detrás del mostrador con el libro robado sin que Tracy pudiera verlo; el visitante se marchó y no hubo mayor problema. Aunque pudo haber sido fácil entregarle el libro a Martin cuando estuvo en la acera de enfrente, no lo hizo porque sabía que Tracy podía salir en cualquier momento de su oficina, como de hecho sucedió. Ahora el problema era esperar a que Tracy saliera de nuevo de su oficina para así abrir la ventana y entregarle el libro a Martin.

—Ioseph, antes de irnos revisa si en la computadora de la oficina están unos archivos sobre unos libros alemanes que llegaron hace un mes —dijo Tracy sin expresión en el rostro y la voz fría que siempre la caracterizó.
—Libros alemanes... sí, no hay problema —respondió Ioseph un tanto nervioso pensando que en cuanto Tracy se descuidara le pasaría el libro a Martin por la ventana.
—Y otra cosa, ¿puedes cerrar hoy? Me tengo que ir antes, tengo cosas que hacer y ya voy tarde, sólo tienes que cerrar todo y poner el candado en la entrada.
—¡No hay problema! —dijo aliviado el muchacho pensando que no tendrían ningún obstáculo de aquí en adelante.

Tracy se despidió de Ioseph mientras éste se encontraba en la computadora de la oficina fingiendo que buscaba lo que la chica le había pedido; sólo era cuestión de tiempo para que pudieran conocer qué misterio envolvía ese extraño libro. Para cuando Tracy dejo la librería, Ioseph cerró todo y fue por el libro al mostrador. Ahí estaba. Lo tomó una vez más, ya sin temor alguno, caminó a la oficina y abrió la ventana. Martin estaba sentado recargado en la pared del edificio contiguo. Al ver una figura borrosa y escuchar que la ventana se abría, Martin se levantó

de golpe y se preparó para atrapar el libro o bien salir corriendo, pero cuando vio a Ioseph se calmó y avanzó hacia la ventana.

—Ya era hora —le dijo Martin en tono bromista a lo que Ioseph respondió con una sonrisa.
—Terreno libre. Sujeta el libro y que no se te caiga, ya no hay nadie, sólo tengo que cerrar todo, espérame en la entrada —dijo Ioseph, mientras veía cómo Martin depositaba el libro en la mochila.

Apagó las luces de la librería y cerró todo como le había indicado Tracy antes de marcharse. Salió corriendo al esperado encuentro del amigo, que estaba justo enfrente de la entrada del edificio. Caminaron juntos hacia al escondite con ansiedad por descubrir el misterio que envolvía aquel libro. Ahora sólo era cuestión de minutos hasta llegar al escondite para revisar el libro. Sin Tracy a la vista y el señor Torrance quizá muy lejos, nada impediría que los dos chicos vieran el libro. Cuadras camino al escondite los dos amigos divisaron una figura humana que les pareció normal hasta que estuvieron frente a ella.

Ambos miraron la silueta y pensaron que era una persona como cualquier otra, pero cuando lo tuvieron enfrente lo observaron con detenimiento: era un tipo alto, de pelo corto, que llevaba consigo una mochila, al parecer pesada; su piel tenía un tono pálido como la de alguien que hubiera pasado mucho tiempo dentro de un congelador. Martin fue el primero en notar este detalle, aunque no le tomó mucha importancia. Ioseph ni siquiera se percató pero cuando aquel hombre estuvo justo detrás de ellos, el silencio que reinaba en la calle se destrozó.

—Disculpen, ¿saben dónde queda el centro? —preguntó el hombre quitándose de la espalda la pesada mochila que llevaba.

Los amigos voltearon a ver al hombre que acababa de pasar justo a su lado; ambos estaban demasiado extrañados por lo que estaban viviendo, pero era una pregunta sencilla; todo terminaría cuando le respondieran al extraño y siguieran su camino.

—Está cerca, son unas dos cuadras hacia delante y después dos a la derecha, justo ahí esta —le dijo Ioseph como todo joven bien educado. Martin seguía pensando que la situación era un tanto extraña.
—De acuerdo, gracias.
—Por nada —dijo Martin dando la espalda al extraño.
—¿Y qué hay en la mochila?

Para la sorpresa de ambos, aquel individuo vio la mochila que llevaba Martin. Por un momento, pensaron que era alguien que trabajaba para el señor Torrance, pero esto sería imposible, porque hasta donde Ioseph sabía, sólo él y Tracy trabajaban en la librería; por otra parte, no había cámaras de seguridad que pudieran haber registrado que Ioseph había sustraido el libro del acervo; si eso era extraño, lo que pasó después rompía con los límites de lo que podemos llamar *normal*.

—Pues no mucho, cosas de la escuela... ya sabes —le dijo Martin un poco nervioso, pues sabía que el libro les traería problemas pero nunca pensó que llegarían tan rápido. De pronto, una

oleada de frío invadió el cuerpo del muchacho a tal punto de hacer temblar su boca. Ioseph miró a Martin mientras sentía como el gélido frío hacia salir vaho de su boca.
—No parece que lleves muchas cosas de la escuela —respondió el extraño.
—No quiero ser descortés pero tenemos que irnos, así que recuerda: dos cuadras adelante y dos a la derecha, ¡hasta luego! —le dijo Ioseph mientras el frío aumentaba sin medida y no le quedó más opción que abrazarse para tratar de retener un poco el calor.

Pese a que en Madigan nevaba ambos amigos nunca se quejaron de la baja temperatura, pero aquel frío no era propio de la época.

—Se ve que tú tampoco llevas cosas de la escuela o del trabajo en esa mochila —rebatió Martin al extraño mientras sus dientes castañeaban por el frío.
—Te sorprendería saber qué es lo que llevo aquí adentro.
—¿Ah sí? Pues no me interesa.
—Les propongo algo: yo te muestro lo que llevo aquí y ustedes me dejan ver qué hay en la mochila... —dijo el extraño con una voz grave y lenta, sin que se notara que el frío le afectara.
—No, gracias, de verdad tenemos que irnos ya —respondió Ioseph jalando a Martin del brazo insistiendo en marcharse.
—Como quieran, pero presiento que eso que llevan ahí no es normal, así que tengan cuidado.

No dijeron más y tanto el extraño como los dos chicos siguieron su camino; pronto estarían en casa pero no dejaron de preguntarse cómo es que un desconocido de pronto aparece y sabe que el libro que llevan no es normal, aunque quizá lo sorprendente fue aquel aterrador frío que salió de la nada. Sin embargo, más sorprendente aun era que aquel frío parecía no afectarle a aquel extraño. La noche había sido extraña pero al fin estaban a salvo y fuera de peligro. Ambos saludaron a Matt, que veía las noticias en el televisor mientras tomaba una cerveza, y se dirigieron a la casa del árbol.

Cerca del centro de Madigan un hombre que llevaba una mochila se detuvo en una esquina; parecía que estaba hablando solo pero existía una voz que provenía del interior de su mochila. Era imposible que un ser humano entrara en esa mochila e insólito que alguien viajara en el interior de una mochila.

—Deja de molestar —le dijo el extraño a la voz que provenía de la mochila.
—¡Vamos! Que sea sólo un momento. ¿Qué puedes perder? Además no creo que haya nadie que pueda verme —dijo la voz.
—Está bien, ¡pero sólo un momento!

El extraño bajó la mochila y puso una rodilla sobre el pavimento. Acto seguido sacó una cabeza humana y la levantó para que pudiera ver el panorama.

—¡Ah! Esto es aire fresco —dijo la cabeza mutilada de un ser humano mientras gozaba al ver el centro de Madigan.

Todo era relativa tranquilidad en la casa de árbol. Los dos amigos, después de todo lo que habían pasado, descansaron un momento y dejaron que los efectos de la adrenalina mermaran en sus cuerpos. Martin estaba caminando como un roedor dentro de una jaula; seguía inquieto por lo

acontecido con aquel extraño; sabía que las cosas iban bien, pero se quedó con la enorme curiosidad de saber qué llevaba en su mochila aquel tipo; la duda lo carcomía por dentro y también quería saber que fue lo que ocasionó ese extraño frío. Ioseph estaba impaciente por abrir el libro, el cual tenía una pequeña cerradura como si fuera el diario de alguien. Sin duda el libro cada vez presentaba más complicaciones.

Fue un problema sacarlo de la librería y ahora el abrirlo también representaría un problema. Martin seguía caminando como alguien desesperado por salir; Ioseph pensó que realmente estaba ávido de conocer lo que el extraño llevaba dentro de la mochila. Pese a que a Ioseph no le molestaba que su amigo estuviera así, decidió tratar de abrir el libro sin dañarlo. Los primeros intentos fueron inútiles; lo revisó por el lomo, por la portada y nada; todo indicaba que tenían que encontrar la llave de aquella extraña cerradura.

—Ya deja de dar vueltas, me estás volviendo loco —dijo Ioseph alzando un poco la voz. Martin miró a su amigo y se percató que estaba comenzando a desesperarse porque no podía abrir el libro.
—De acuerdo amigo, te ayudaré con eso, no desesperes. ¿Crees que tengamos poco tiempo para revisar este libro?
—No lo sé, pero lo mejor será devolverlo cuanto antes.
—Tendremos que violar la cerradura.
—¿Tienes idea de cómo hacerlo?
—Podemos intentar con un desarmador, pero veo que justo a los lados hay una pequeña separación, quizá con una navaja podamos botar el cerrojo.
—Creo que en estos últimos días has tenido buenas ideas —dijo riendo tranquilamente Ioseph.
—Pero, ¿qué dices? Si el de las buenas ideas soy yo...
—De acuerdo, préstame tu navaja —exclamó riendo otra vez.

Martin tenía una navaja, estilo ejército suizo, que su padre le había regalado en un cumpleaños. Solía utilizarla cuando iban de campamento, pero nunca para agredir a alguien, pese a que nunca faltó la ocasión: en la escuela siempre había alumnos que buscaban pleitos, pero Martin y Ioseph siempre supieron evadirlos de un modo pacífico.
Ioseph seguía inspeccionando el libro mientras Martin buscaba la navaja en una caja llena de juguetes que estaba cerca de la ventana de la casa del árbol; tardó un rato en la búsqueda pero finalmente la encontró.

—¡Aquí esta!
—Dámela
—No, espera, déjame intentar a mí primero.
—Vas a estropear el libro.
—El punto es abrirlo, no voy a dañar el libro, sólo abriré esta cosa.
—Ok, pero si no puedes lo intentaré yo.

Martin trató de abrir la cerradura, primero por la ranura donde se inserta la llave; no consiguió nada pero después intentó por uno de los lados y las hendiduras que estaban a los costados de la cerradura. De momento, la hoja de la navaja encajaba perfectamente en aquellos pequeños canales y el muchacho pensó que el libro revelaría sus secretos en unos instantes, pero pese a la

compatibilidad de la navaja en el costado de la cerradura, ésta nunca cedió; Ioseph miró a Martin pensando que su intento había fracasado y quería intentarlo esta vez él.

—Te lo dije, dame la navaja.
—Espera unos segundos, estoy a punto de lograrlo.
—No, sólo vas a romper tu navaja.
—Está bien —dijo con pesar Martin.

Martin no cerró la navaja y se la pasó correctamente a Ioseph con las demás herramientas filosas y útiles resguardas, pero con la navaja primordial abierta. Ioseph la tomó sin más. Cuando trató de manipularla, la hoja le hizo un pequeño corte en su dedo índice derecho. Al ver esto, Martin creyó que ahora él sí podría abrir la necia cerradura en lo que su amigo se limpiaba la sangre que, por alguna extraña razón, brotaba un tanto desmedida para ser una cortada pequeña. Martin estaba justo delante de él viendo cómo la sangre emanaba del dedo de Ioseph y tratando de conseguir su navaja posó su mano sobre la de Ioseph y la tomó, pero sin darse cuenta la asió por la hoja y aunque Martin solía jugar con la navaja, el filo fue traidor y lo cortó.

Sangre era lo que los dos muchachos veían, algo extraño pasaba. ¿Cómo era posible que un corte de menos de un centímetro provocara que ese líquido vital en el cuerpo del ser humano saliera? Ninguno de los dos lo sabía, pero en medio del arrebato y la confusión, el líquido de color obscuro generó unas gotas que iban cayendo de la mano de Ioseph y se posaron en la hoja de la navaja que tenía un poco de la sangre de Martin; luego éste, sin darse cuenta, bajó la navaja, la cual ahora apuntaba hacia el libro, y aquella gota, conformada por la sangre de los dos amigos, oscilaba justo arriba de la portada del libro como un meteorito esperando por destruir un planeta. Los dos no sabían lo que pasaba y en esa confusión Ioseph quiso recuperar la navaja para cerrarla, pero justo cuando estuvo unos centímetros cerca, la obscura gota de sangre cayó.

Martin, al ver que la mano de Ioseph se acercaba, no hizo otra cosa salvo ver cómo aquella gota caía rompiendo el viento de la pequeña distancia de la punta de la navaja al libro; ambos sabían que una mancha en un libro era difícil de combatir, pero desafortunadamente ese no iba ser el problema: lo que vendría de esa sangre en el libro sería el detonante de todo el misterio. Ioseph, al ver lo que pasaba, quiso detener la gota pero ya era demasiado tarde, pues había caído y no hubo nada que pudieran hacer. Estupefactos y sin palabras, su reacción fue buscar algo para limpiar el libro, pero al observar detenidamente aquella mancha, presenciaron algo sobrenatural.

Aquel libro obscuro que parecía tener una cubierta hecha de algún tipo de piel extraña, tenía ciertas diferencias en comparación con cualquier libro antes visto por Ioseph: las hojas estaban completamente juntas, no daban oportunidad de ver ni siquiera el número de pagina o algunas letras; quizá esto se debía a la cerradura que poseía, la cual, desde cierta perspectiva, parecía una araña incrustada protegiendo el contenido del libro. Los dos muchachos ya habían revisado todo el exterior del libro, pero ese exterior guardaba un secreto que, poco tiempo después de que aquella gota de sangre cayó, fue revelado. La gota que estaba compuesta de la sangre de los dos amigos en pocos segundos había desaparecido sin dejar rastro.

Ellos no creían lo que pasaba pero el libro había absorbido esa gota de sangre en silencio, como si la gota hubiera caído en un vacío adonde nadie nunca se asomaría; cualquiera pensaría que podría haber sido la imaginación de aquellos dos muchachos o un truco para la televisión, pero lo que

pasaba ante sus ojos era cierto. La incertidumbre con un toque tanto de desesperación como de escepticismo brotó en Ioseph, que se había olvidado de la navaja y buscó con qué quitarse de las manos la sangre; encontró un pañuelo desechable y decidió tocar el libro, pero la idea de que los rastros de sangre en sus manos pudieran ser absorbidos lo detuvo.

Martin miró a su amigo sabiendo que lo que ocurría no estaba nada bien. Ambos miraban el libro sin decir nada; el silencio reinaba en la casa del árbol. Incluso podríamos decir que en todo Madigan un sórdido mutis vivía por la noche. Hasta que todo comenzó... Del libro inerte que yacía en una pequeña mesa, apareció un extraño humo de color obscuro que rápidamente inundó la casita del árbol. Los dos amigos ya no sabían ni qué pensar pero en su mente existía la racional esperanza de que aquel libro se había quemado y que tendrían que encontrar otro ejemplar. Humo por todas partes sin control, a lo lejos se podía pensar que un árbol se estaba quemando pero nunca apareció fuego alguno.

Quizá el humo no era un gran problema, podían hacer que nadie lo viera y la vida seguiría igual, pero habría que pensar en alguna solución para encontrar el libro. El padre de Martin aun seguía en el reino de los sueños, al menos hasta que sonara el despertador. El tiempo seguía su curso y la situación no podía empeorar, pensaron al unísono los dos muchachos. Quizá esto no pasaría del regaño de sus padres, pero de aquella obscura humareda una sombra comenzó a formarse y pocos segundos después algo comenzó a materializarse.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo Martin con la peor cara de preocupación en su vida.
—¡No lo sé!

Ante la sorpresa en que estaban inmersos, el humo se iba desvaneciendo como si una gran ventisca borrara todo, pero dejó tras de sí una extraña figura, algo que Martin y Ioseph nunca olvidarán. Al principio esa extraña figura parecía un chico de otra ciudad, no sólo por su aspecto a primera vista, sino por su ropa que, analizada más a fondo, más bien parecía de otro tiempo. Cualquiera pensaría que ese libro era un extraño portal del tiempo para ir a otra dimensión, pero no se trataba de eso y aquel niño dejó de ser un niño cuando de lo profundo de su pecho gritó un nombre:

—¡Horst! —exclamó aquel niño que, en esta ocasión, parecía una extraña criatura al dejar que sus colmillos asomaran por su boca, mientras miraba a dos niños completamente confundidos.
—Espera amigo, aquí no hay nadie con ese nombre —le dijo Ioseph aún con un poco de sangre en sus manos.
—Tranquilo pequeño, todo está bien aun cuando alguien haya salido de un libro en forma de humo... no sé si esté bien —exclamó Martin un poco más tranquilo.
—¡Horst!, ¿dónde esta Horst?
Aquel niño extraño hablaba con un extraño acento, incluso creyeron que no hablaba su idioma.
—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde esta Horst?
—Escucha, no sabemos quién sea ese que tú estás buscando —dijo Ioseph antes de ser arrojado al otro lado de habitación debido a la fuerza descomunal de aquel niño.

Ioseph yacía en el piso en el piso sacudido por el impacto; no se desmayó, pero el que estaba en peligro era Martin: la mano del extraño ser que salió del libro sujetaba su cuello con fuerza quitándole segundo a segundo el oxígeno. Ioseph, sacando fuerza de su interior, consiguió

levantarse y se abalanzó contra el extraño agresor, que no soltaba a Martin. Ioseph consiguió acercarse y lo tomó por el hombro, pero al hacer esto, una extraña oleada de imágenes de su futuro y del futuro de las personas que conocía, se presentó ante él como la caída de un rayo en plena tormenta. Se llevó las manos a la cabeza como si un dolor intenso se le incrustara en el cerebro y no pudo ayudar a su amigo.

Aquel extraño ser los miraba con superioridad, pero Martin pudo propinar una patada en el estómago de su agresor y éste lo soltó. Martin cayó de aproximadamente treinta centímetros y tratando de recuperar el aliento, no podía dejar de pensar en el rostro del extraño niño. Se repetía así mismo: «¿Cómo es posible que tenga colmillos?»

Por increíble que parezca, era verdad. Entonces aparecieron en su mente todos los libros, cómics y películas que le gustaban de vampiros. Estas imágenes le hicieron recordar la debilidad que esos seres tienen: la plata. Recordó el crucifijo de plata que su madre le había dejado; la duda ahora era si incrustárselo a aquel extraño niño o utilizarlo como un proyectil. El tiempo se terminaba y Ioseph estaba en peligro.

«¿Qué hacer? » La pregunta sonaba una y otra vez en la mente de Martin; pensó también en salir de la casa del árbol mientras podía y pedir ayuda, pero no quería dejar a Ioseph. ¿Qué hacer? No existía respuesta alguna. Lo único que podía hacer era mirar cómo aquel extraño agresor lastimaba a Ioseph hasta que se detuviera, lo dejara medio muerto o quizá lo matara. Sin más opciones, a Martin no se le ocurrió otra cosa más que tomar la cadena del crucifijo. Cualquiera pensaría que iba a estrangular a aquel extraño niño porque las manos sujetando la cadena formaban un círculo.

Caminó unos pasos con una mirada fría y calculadora ante el niño que, salido en forma de humo del libro, ahora estaba de espaldas. Sus manos le temblaban un poco pero no tenía otra alternativa que intentarlo y sin pensarlo más Martin le colocó el crucifijo a aquel extraño niño. Al principio no sucedió nada, así que Martin separó al agresor de su amigo con toda la fuerza que tenía y éste se estrelló contra una de las paredes de la casa del árbol. Impresionado por lo que había pasado, el extraño niño miró hacia su pecho y vio la cruz de plata. Su reacción fue parecida a la de un gato cuando le arrojan agua y desesperado comenzó a gritar.

—¿Qué es esto? —gritaba desesperado el extraño niño.
—Es sólo un poco de plata. ¡Vaya! Creo que esos libros sobre vampiros tenían razón. Nunca lo hubiera imaginado —dijo Martin ahora que la situación se estaba apagando como una fogata después de vaciarle un cubo con agua.
—¿Me estas diciendo que ese niño que está ahí es un vampiro? —preguntó Ioseph mientras se recuperaba del ajetreo.
—No tengo otra respuesta a tu pregunta, mira sus colmillos y su repulsión por la plata.
—Esto es imposible, los vampiros no existen.
—Mírame, soy tan real como tú. ¿Quieres otra prueba de que existimos? Quítame esta cosa y te la daré —respondió el niño vampiro sintiendo repulsión por el crucifijo que llevaba puesto.
—Creo que no es una buena idea, ¿sabes? Por ahora te dejaremos con eso que llevas puesto, ¿no lo crees Martin? —le preguntó Ioseph a su gran amigo en un tono relajado.
—Sí, además te queda bastante bien.

—El hecho de que yo porte esto no quiere decir que no beba su sangre —dijo en tono amenazante el niño vampiro.
—Bueno, como no queremos que eso pase lo seguirás llevando.
—¡No, no! Está bien, no les haré nada, solo quítenmelo.

Ambos amigos se sintieron aliviados por el crucifijo de plata. Sin embargo, algo era cierto: si se descuidaban, el niño vampiro no dudaría en hacerles daño; lo único que los protegía por ahora era esa cruz y, sin darse cuenta, desde que el extraño visitante portaba el recuerdo de la madre de Martin, su expresión maligna cambió. Ioseph no sabía qué pasaba, sólo existían una preguntas en su mente y una respuesta: «¿Un vampiro? ¿Cómo era posible? «¡Los vampiros no existen!»

Era lo que se decía a sí mismo, pero los elementos que señaló Martin eran demasiado evidentes y en estos casos lo mejor era creerle a su amigo, especialista en el tema. Un poco convencido por lo que había ante sus ojos, Ioseph recordó que los vampiros, durante toda su historia, han tenido un enemigo más grande incluso que un dios creador: el sol.

—Si lo que dices es verdad, en unos minutos nos daremos cuenta, el sol no tarda en salir —le dijo al niño vampiro con un pequeño aire de amenaza.
—¡Maldición! —exclamó inquieto el vampiro.
—Ioseph, no creo que sea buena idea que el sol lo toque. ¡Vamos! Lo que quiero decir es que si el sol lo toca se podría incendiar la casa del árbol —dijo Martin a Ioseph mientras buscaba una manta detrás de un sofá.
—Me arriesgaría con tal de descubrir que no es un vampiro...
—Ioseph, no tenemos que ir tan lejos.

Mientras Ioseph y Martin discutían, los primeros rayos de sol de la mañana entraron por la ventana y centímetro a centímetro ultimaban al vampiro que aún estaba en el piso de la casita del árbol. Ioseph lo volteó a ver y vio en sus ojos miedo, miedo como el de un chiquillo que está a punto de ser reprendido por un padre severo y algo en él hizo que cambiara de opinión, por lo que ayudó a Martin a construir un refugio dentro de la casa del árbol para su "nuevo invitado", como ellos lo llamaron al principio. Consiguieron tapar la ventana de la casa de el árbol con una manta que usaban para taparse cuando hacía frío; después voltearon uno sillón como si fuera un ataúd, donde apenas cabía su extraño invitado. La casa del árbol estaba obscura pero aún entraba un poco de luz, por lo que arrojaron un tapete de forma que sellara toda entrada de luz.

La mañana comenzó como siempre en Madigan, donde los pájaros cantaban rompiendo el silencio de la noche anterior y los dos amigos estaban ahí pensando en lo sucedido, buscando respuestas a un fenómeno sobrenatural que no encontraba ningún argumento en contra que refutara su existencia o la negara. Confiaron en que aquel niño estaría bien hasta el anochecer cuando regresaran. Mientras seguirían con su vida, afrontando nuevos problemas, aunque finalmente estaban juntos. Ioseph se fue a casa y le contó a su madre que estuvo toda la noche con Martin platicando y jugando videojuegos. Hanna le creyó pero por unos momentos pensó que su hijo le ocultaba algo. Martin, por su parte, lo primero que hizo fue bañarse y mientras se vestía miraba la casa del árbol como si fuera un lugar maléfico, como si ahora estuviera encantada.

Para fortuna de ellos, aquel día era sábado y no tenían escuela. Habían acordado verse en el viejo parque que estaba en las afueras del centro de Madigan, para buscar qué hacer con aquel niño.

Cuando se vieron, ambos lucían como si hubieran hecho algo malo, pero cuando lo pensaron comprendieron que no era algo malo: sólo habían encontrado algo que no pertenecía a este mundo, pero ahora estaba inmerso en su vida y tenían que encontrar una solución. Deambularon por las calles cercanas al centro preguntándose por qué aquel niño había aparecido y cuál era la razón de que estuviera en Madigan. Como siempre, Martin imaginó cosas dignas sacadas de una novela de horror y bromeaba diciendo que estaba ahí para hundir a la ciudad en las tinieblas de un nuevo despertar vampírico.

—¡Diablos! Los vampiros existen —fue la primera frase con seriedad que dijo Martin después de bromear sobre cómo la raza humana se extinguiría debido a los seres chupasangre.
—Parece que sí. ¿Crees realmente que sea alguien malo?
—De eso no tengo ni la menor idea. En la mayoría de las historias que he leído, casi todos los vampiros son malos.
—¿Todos?
—Sí, bueno, hay unos que ayudan a los humanos pero después tienen un final trágico.
—¿Los vampiros o los humanos?
—Ambos.
—Quizá debamos hacerle unas cuantas preguntas a aquel chico si queremos saber por qué está aquí, ¿no crees?
—Sí, tienes razón, ¿crees que tenga hambre?
—Por favor Martin, ¿qué quieres llevarle? ¿Una pizza?
—No sé si le guste la pizza pero no nos caería mal ¿no crees?
—Sí, vayamos por una —finalizó Ioseph y los dos amigos fueron a buscar aquello que por unos momentos los ayudaría a dejar de pensar en el niño vampiro y todos los problemas que tendrían que enfrentar. Llegaron a "Yellow Pizza", un lugar concurrido en su mayoría por adolescentes. Ahí se podía conseguir cerveza a buen precio, golosinas y no sólo pizza, sino también una pequeña variedad de comida italiana para llevar o para disfrutar ahí. El dueño de lugar era un joven que algún tiempo estudió cine, pero tuvo que abandonar la carrera por falta de los recursos financieros que la disciplina demandaba y emprendió un negocio, el cual era bastante fructífero. Su nombre era Alex y en cuanto vio que Ioseph y Martin entraban, se acercó a recibirlos.

—¡Eh, chicos, qué bueno que se den una vuelta por acá!
—Hola Alex, ¿qué tal va el negocio? —respondió Ioseph a su caluroso saludo.
—Alex, deberías tener ayudantes más guapos, quizá así hubiera más chicas por aquí —bromeó Martin.
—Yo soy lo bastante guapo ya, ¿qué van a tomar?

Los tres amigos rieron. Ioseph y Martin finalmente concluyeron que iban a comer la misma pizza de siempre, con una gaseosas de uva y de manzana. Comieron a una velocidad normal, pero sintieron que el tiempo pasó rápido. Cuando se dieron cuenta, la noche inundó Madigan; las calles lucían con su tradicional alumbrado; todo era tranquilo, pero la preocupación de los dos amigos no se podía ocultar para siempre.

—¿Qué les pasa chicos? ¿No les gustó la pizza? —preguntó amablemente mientras tomaba asiento al lado de Ioseph.
—Para nada viejo, tu pizza es la mejor —dijo tranquilamente Martin mientras bebía las últimas gotas de su bebida.

—Me alegra saberlo.
—¿Has notado algo nuevo o algo extraño últimamente Alex? —preguntó Ioseph en tono serio pero amigable.
—Pues no en particular, pero hace unos días uno de mis empleados se cortó y había sangre por todos lados. Después quiso matarnos a todos, pero de ahí en fuera todo normal...
Los tres rieron al unísono.
—Bueno, qué bien que hayas sobrevivido —dijo Martin.
—Sí, no está mal. Pero chicos, las cosas en este lugar seguirán igual hasta el fin de los tiempos. Pocas veces vemos algo fuera de lo común. Les diré algo. Yo invito las bebidas, ¿de acuerdo? —les dijo antes de levantarse y seguir con las riendas de su negocio.
—Gracias Alex —los dos amigos respondieron mientras lo veían marcharse.

Pagaron la cuenta con el buen descuento de su amigo, salieron de lugar, no preocupados, sino pensativos, y recordaron que tenían que atender un asunto importante como si la vida se les fuera en eso. Caminaron, como de costumbre, a casa de Martin. Ninguno de los dos tenía licencia de manejo aún. Pese a ello, no les interesaban los autos. Quizá en un futuro veremos a Ioseph manejando un auto deportivo en una gran ciudad, pero el futuro no era claro para los dos amigos. En un lapso breve llegaron. "Yellow Pizza" no quedaba muy lejos del centro y mucho menos de la casa de Martin. En menos de lo pensando, estaban ya subiendo a la casa del árbol, preguntándose por el niño vampiro.

—¿Cómo estás amigo? ¿Dormiste bien durante el día? —dijo Martin en tono bastante amigable mientras quitaba el tapete y todo lo que pusieron para proteger al extraño niño de los rayos del sol.
—¿Dónde está? —preguntó un poco alterado a Ioseph mientras sostenía el tapete.
— Pero, ¿qué esta pasando ahora? —dijo aún más alterado Martin, cuando inesperadamente apareció otra vez el humo que vieron antes, pero en esta ocasión del humo surgió una voz.
—Así que regresaron, parece que no tienen miedo, ¿eh? —dijo la voz que provenía del humo mientras se materializaba en el niño vampiro.
—¿Por qué habríamos de tenerte miedo? —en un arrebato altanero y poniéndose delante del antiguo agresor exclamó Martin.
—¡Vaya!, parece que para ser un par de críos tienen agallas —dijo riendo el vampiro mientras miraba sus uñas.
—No hemos venido para provocarte o hacerte daño, sólo queremos saber de dónde vienes y qué haces aquí —de forma tranquila expuso Ioseph haciendo a un lado a su amigo de forma amable.

La mirada del niño cambió y el ambiente tenso comenzaba a desaparecer, aunque tardó, pasaron unos instantes antes de que se reanimara la conversación. Todos en la casa del árbol se sentían extraños y los dos chicos humanos comenzaron a ver al niño vampiro no como una amenaza, sino como a alguien que sufría por dentro. Ambos podían percibir que aquel niño, cuando miraba a su alrededor, irradiaba nostalgia, tal vez por no pertenecer a este tiempo o quizá por estar lejos de casa, si es que la tenía.

—Está bien. Después de todo, ustedes me revivieron.
—¿Cómo que te revivimos? —preguntó Martin.
—Al derramar su sangre en el libro, me liberaron.
—¿Quieres decir que alguien te metió ahí?

Las preguntas continuaban mientras Ioseph y Martin parecían ahora una especie de vampiros dispuestos a disfrutar hasta la última gota de la historia.

—Como ustedes habrán notado, yo no soy de este tiempo y mucho menos de este lugar —concluyó aquel niño vampiro.

El niño que vino del libro

Un hombre de una edad madura caminaba hacia su trabajo como todos los días desde que su padre se lo había heredado. El país donde vivían enfrentaba grandes cambios. El gobierno había sido tomado por un dictador y el mundo se acercaba a una nueva guerra entre diversas naciones, pero pese a todo, aquel hombre seguía con su vida y trataba de ganar unas monedas para conseguir lo necesario para su familia. Al despertar por las mañanas, su esposa le preparaba una taza de café y en una pequeña caja metálica metía pan, queso y un poco de jamón. Esos eran sus únicos alimentos hasta que regresaba por la noche a cenar. Tenían dos hijos: una niña de cuatro años y un niño, de diez. Ambos iban a la escuela, a una no muy lejana de casa, mientras la madre se quedaban en el hogar.

El trabajo de aquel hombre no requería mucho esfuerzo físico pero sí mucha dedicación y conocimiento sobre los libros. Mantener solo una imprenta en pie durante mucho tiempo, era una labor titánica, pero para Franco era como navegar en aguas tranquilas. A menudo cuando almorzaba lo que su esposa Lilia le ponía en la pequeña caja metálica, se sentaba fuera de su negocio y miraba pasar a las personas; algunas con prisa, algunos cuantos afortunados podían leer el periódico mientras bebían café. La vida, al menos para él y su familia, era bastante llevadera. Nunca tuvo la necesidad de contratar a un empleado, pues ya que se daba abasto con el negocio, Franco desde pequeño aprendió el oficio y le gustaba soñar con que algún día su hijo José también lo haría.

José era un niño tranquilo, inteligente y amigable, pero cuando lo molestaban, era incontrolable. Parecía que una extraña furia lo invadía y no paraba hasta destruir al enemigo; sin importar lo que pasara, siempre acababa con su adversario. Eran pocos los problemas en que se metía, pero a sus padres les preocupaba su forma de ser. Pensaron que con el tiempo se le pasaría y dejaría de ser violento. En una ocasión, José y su hermana fueron a comprar dulces a una tienda que quedaba a menos de una cuadra de donde vivían. Compraron los caramelos y cuando regresaban a casa, unos chicos que jugaban a la pelota se acercaron a los dos pequeños. José conservó la calma, pero sabía que no iba a terminar bien la situación.

Uno de los chicos arremetió en contra de su hermana Luisa y le quitó los dulces que había comprado, mientras otro de los muchachos sujetaba por el cuello a José. Los dulces cayeron al suelo y otro de los niños los levantó y se les quedó mirando con lástima. El más grande de aquellos abusadores le dio unas palmadas en la mejilla a José. Repentinamente, la expresión de José cambió: había odio en sus ojos y aquel individuo sucumbió de tal forma ante el gesto que retrocedió. José, después de un frenético forcejeo, se liberó y se lanzó sobre el niño que tenía enfrente. Lo golpeó en el rostro hasta hacerlo sangrar. Su ira era incontenible. Al verlo, su hermana rompió su muda expresión con un llanto imparable.

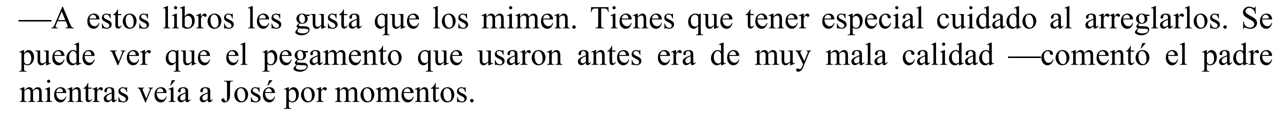
Los otros dos chicos se alejaron, pero al ver que uno de sus amigos era violentamente golpeado, buscaron ayuda de algún adulto y encontraron al señor que vendía periódicos. Aquel señor era amigo de Franco y nunca había visto a José de esa forma. En cierto sentido, pese a ser un adulto, también sintió miedo, pero no era momento de tener temor y sujetó a José con mucha fuerza hasta que éste cedió. No supo qué otra cosa hacer más que llamar al señor que vendía los dulces para que acompañara al muchacho herido a su casa, mientras él llevaría ante su mamá a Luisa y a José, quien aún se resistía un poco a que lo sujetara el señor de los periódicos.

Llegaron a casa y Lilia les abrió la puerta. Miró a sus hijos como si hubieran tenido un accidente, pero Eusebio, el señor de los diarios, le comentó lo sucedido. Lilia estaba desconcertada y llevó a José a su cuarto. Consideró que lo mejor sería dejarlo ahí hasta que regresara su padre. Tomó a la pequeña Luisa, quien seguía sollozando después del ajetreo; la recostó en su cama y la calmó. Regresó al comedor, donde aún permanecía Eusebio y Lilia le ofreció una taza de café. Lilia preparó dos tazas y Eusebio bebió rápidamente la suya, ya que había dejado su negocio. Dio las gracias al salir y se disculpó por no poder quedarse a conversar.

Lilia estaba confundida. No creía que alguien como José reaccionara así. Por el momento no podía hacer nada sino hasta que Franco llegara. El tiempo pasó rápido y su esposo atravesó la puerta de entrada, una hora, como era costumbre, antes de que anocheciera. Lo primero que vio Franco fue a Lilia sentada en la mesa con una expresión de desconcierto y creyó que había estado llorando. Se acercó a ella y la abrazó. Comenzaron a platicar, la calma vino poco después. Lilia estaba más tranquila pero seguía pensando en lo que tendrían que hacer con José. Su marido le propuso que después de la escuela, como castigo, el niño tendría que ir a la vieja imprenta, donde lo ayudaría y regresarían a casa poco antes de que el sol se pusiera. Lilia no tuvo inconveniente, pues de todas formas el niño tenía que aprender el oficio de la familia.

Al amanecer, Lilia, como siempre, despertó a sus hijos para que fueran a la escuela. José siempre quería seguir durmiendo pero finalmente conseguía levantarse. Los dos niños estuvieron listos en poco tiempo. Desayunaron y su madre los acompañó hasta la esquina de la calle en que vivían; de ahí, los veía caminar hasta la escuela y después Lilia regresaba a casa. En esta ocasión, sin embargo, antes de despedir a José, le dijo que al salir de la escuela, fuera a la imprenta a ver a su padre y ella iría por su hermana. El niño creyó que era para recoger algo del negocio y no le pareció raro, así que la mañana transcurrió sin mayor problema.

José se posó como un pájaro enfrente de la ventana de la imprenta de su padre. Le gustaba ver el negocio desde fuera. Entró y saludó a su padre, quien estaba al fondo del local. Su padre lo saludó cordialmente y le pidió por favor que le pasara el pegamento que se encontraba en la mesa, cerca de su lado derecho. Acto seguido, José estiró la mano para entregárselo a su padre, quien lo tomó y comenzó a platicar con su hijo.



—A estos libros les gusta que los mimen. Tienes que tener especial cuidado al arreglarlos. Se puede ver que el pegamento que usaron antes era de muy mala calidad —comentó el padre mientras veía a José por momentos.
—A mí me parece normal.
—Poco a poco irás entrenando tu ojo, ya verás —respondió con una sonrisa su padre.
—Bueno.

—Hijo, tienes que comprender algo: no puedes andar por la vida golpeando a quien se te dé la gana.

El regaño del padre no sonaba con enojo sino con una increíble seriedad, cosa que incomodaba a José.

—Pero yo sólo defendí a mi hermana —discutió José.
—Está bien, no se hable más del asunto. A partir de hoy, después del colegio, me ayudarás aquí, hay muchas cosas que hacer y hay días en los que no me doy abasto.

José no respondió y no tuvo más que aceptar aquella condena.

El sol estaba a punto de ocultarse y José creyó que estaban apunto de cerrar la imprenta. En su primer día como ayudante de su padre, no vivió grandes sobresaltos y el trabajo fue mínimo, pero cuando estaban apunto de cerrar, un individuo entró. Era delgado, pálido como la leche, un poco alto y su rostro no reflejaba expresión alguna. Llevaba un traje negro como si acabara de asistir a un funeral. Su padre fue a atenderlo mientras José barría desperdicios de papel cerca de la imprenta. Aquel hombre habló con su padre. Su voz se perdía en las paredes del local. José trató de poner atención en la conversación pero no escuchó nada. El hombre pálido sacó de dentro de su saco un libro grande y antiguo. El padre de José lo examinó y aquel hombre parecía estar obsesionado con el libro, pues casi no dejaba que el padre de José lo tocara. Sin duda, era un extraño personaje. Después de pocos minutos de charla, el hombre lo volvió a guardar entre sus ropas y salió de la imprenta. José pensó que era un cliente ocasional al que no volvería a ver, pero notó también cierta preocupación en su rostro. No sabía qué pasaba; terminó de barrer y el día finalizó con un padre y un niño saliendo del negocio.

Al día siguiente, José se sentía aburrido en el colegio; no encontraba en qué pensar mientras el profesor de matemáticas explicaba cómo sacar el área de un circulo. José no tenía muchos amigos pero a la hora del recreo disfrutaba jugar con otros niños a la pelota. Era un buen jugador, lo que hacía que los demás niños lo respetaran. José no se metía con nadie y tampoco tenía enemigos. La chicharra sonó anunciando el final del día en la escuela y José tomó sus cosas para ir la imprenta. A la salida estaba su mamá, quien recogería a Luisa. Vio a su madre por un momento y le entregó un paquete de comida para él y su papá; le dio un beso en la mejilla y el niño siguió su camino.

Llegó a la imprenta y saludó a su padre. Casi al instante se puso a trabajar. Tenía que cortar unos volantes que su padre había impreso y le llevaría tiempo. Justo antes de que terminara el último ciento de volantes, entró de nuevo aquel hombre pálido, sin hacer ruido alguno. José lo observó más detenidamente... concluyó que era extranjero, y como en el día anterior, el pálido extranjero fue atendido por su padre. Cuando José terminó su trabajo, fue por una escoba para barrer los desperdicios de papel, y mientras el niño barría, aquel hombre miraba a su alrededor como un animal atrapado en un espacio reducido. José caminó un poco hacia donde se encontraba su padre con aquel hombre y pudo notar que sus ojos eran de un extraño color gris, pero también notó que nada se reflejaba en aquellos ojos, como si el brillo se hubiera extinguido hace mucho tiempo.

Su padre revisó el libro que aquel extraño traía consigo pero algo existía en la mirada de su padre que mostraba cierta inseguridad sobre lo que aquel hombre le pedía. El extraño parecía estar algo

molesto ante la actitud del padre de José. Por años, Franco había tratado con clientes enojones, molestos y quisquillosos, pero el hombre que ahora se encontraba ante él, no era en nada parecido a los anteriores. Su mirada en ciertos momentos parecía irradiar odio y desprecio por algo, su voz parecía estar llena de lo mismo.

—Lo único que quiero es que revise el libro y encuentre una forma de abrirlo.
—Puedo revisarlo, pero ¿por qué recurre a alguien como yo para violar una cerradura? Yo no soy un cerrajero.
—Verá, lo que tiene ante sus ojos es un libro y nadie mejor para este trabajo que una persona que conoce de libros —dijo un poco molesto el extraño.
—No le prometo nada pero lo revisaré.

El extraño se limitó a hacer un gesto de afirmación con la cabeza y salió de la imprenta. El día transcurrió sin más clientes. Antes de salir, José quiso ver el libro pero su padre lo había guardado bajo llave en un mueble parecido a un ropero. Aquel mueble medía más de un metro y medio, el cual le parecía grande a José y no albergaba más que otros libros y algunas tintas que su padre usaba. Antes de llegar a casa, su padre pasó a la tienda para comprar un paquete de cigarros. Franco a menudo fumaba uno o dos cigarrillos los viernes por la noche. Decía que le gustaba fumar porque le recordaba a su padre.
La curiosidad asaltó por la noche a José sin dejarlo dormir por varias horas. Se levantó por un vaso de agua. En medio de la obscuridad buscó el apagador de la luz, pero antes de llegar al interruptor, estaba una ventana que daba a la calle, desde la cual se podía ver parte del barrio en que vivía. La luna enorme iluminaba con su luz hasta donde la vista de José podía llegar. Se quedó unos momentos observando el panorama y creyó que todos dormían menos él, pero se percató de que no todo era paz en el vecindario. Escuchó unos ruidos extraños que provenían de una calle contigua, pero no lograba ver nada; segundos después todo estuvo tranquilo de nuevo. Pensó que se trataba de un gato husmeando la basura. Fue por el vaso de agua y regresó a su cama, la cual lo sumergió al reino de los sueños.

Amaneció como cualquier otro día. José se levantó tarde. Aunque era sábado, tenía que ir a la imprenta. Los sábados solía leer algunas revistas ilustradas que hablaban de ciencia, las cuales compraba en el puesto de periódicos cercano a su casa y lo distraían amenamente. Se vistió y bajó a desayunar. Su padre ya estaba listo pero lo esperó hasta que él concluyó su desayuno. A Franco le gustaba ver a toda su familia disfrutando de los alimentos que la imprenta nunca les había dejado de conseguir. Se sentía afortunado.

Salieron de la casa, esta vez sin paquetes de comida porque en sábado cerraban temprano la imprenta y regresaban a cenar a casa. En el camino, José trató de comprar una de las revistas que le gustaban pero su papá se lo prohibió porque no quería que descuidara el trabajo. Caminaron cuesta abajo y encontraron una multitud de gente en la calle contigua, en la que José había escuchado durante la noche previa algunos ruidos. Se escuchaban los murmullos de la gente por toda la calle. Padre e hijo sólo se dedicaron a seguir su camino sin necesidad de enterarse. Horas después llegó un cliente al negocio, a quien Franco le preguntó amablemente qué necesitaba. Se trataba de encuadernar unas hojas que juntas casi formaban un enciclopedia.

Mientras el padre de José atendía a aquel señor que ordenaba las miles de hojas para la encuadernación, José abrió la ventana por la que le gustaba mirar. Sabía que su padre usaría un

pegamento poderoso cuyo olor le molestaba. De pronto, pudo escuchar lo que había pasado la noche anterior: en un tono casi de excitación, aquel cliente contó que habían encontrado el cadáver de una persona a la que, extrañamente, ¡habían dejado sin una gota de sangre! Esto paralizó a José porque sabía que bien pudo haber visto el asesinato en la noche mientras observaba por la ventana, pero como, desde luego, no había visto nada, se tranquilizó un poco.

El cliente se fue y José no dejaba de ver a su padre, quien había comenzado a realizar el trabajo que el hombre pálido le había encargado. Franco se acercó a sacar el libro que había guardado el día anterior. Para ello, sacó las llaves de su bolsillo y abrió la pequeña cerradura del mueble. Cogió el libro y lo llevó a una de las mesas que había en la imprenta. La curiosidad de José estaba apunto de explotar. No podía aguantar más, quería saber de qué era ese libro. Era obscuro, más obscuro que la misma noche. La portada parecía ser de piel o al menos de un material muy similar. Era grueso y no se podía abrir debido a una extraña cerradura que parecía un insecto.

El padre de José lo observó durante unos minutos para después tratar de abrirlo pero no pudo hacerlo. Se levantó y fue por un pequeño desarmador para relojes que tenía en una vieja caja de herramientas. En el interior de la caja vio una navaja y la tomó pensando que tal vez le podría ayudar. Regresó a su mesa de trabajo e introdujo el desarmador para ver si podía abrir aquella extraña cerradura. José lo miraba atento, pero en ese momento una señora entró a la imprenta.

—Buenas tardes señor Franco.
—¿Qué tal, cómo ha estado? —respondió el padre de José dejando el libro en la mesa.
—Dentro de lo que cabe bien, todo el mundo cree que la guerra nos matará, ¡y el cuerpo del pobre Rafael encontrado por la mañana! Dígame usted adónde vamos a ir a parar —parloteó un poco impresionada la señora.
—No tuve el agrado de conocerlo, pero algo le garantizo: no va a pasar nada, no se preocupe, y dígame, ¿qué la trae por aquí?
—Verá señor Franco, una de mis Biblias favoritas se esta deshojando.
—De acuerdo, no es nada grave, dése una vuelta el lunes por la tarde... se la tendría mañana pero no abrimos.
—Me parece muy bien, aquí estaré, que tenga buen día —dijo la señora con una sonrisa amigable.
—Hasta luego —finalizó Franco.

Dejó la Biblia que le llevó la señora, pensó que tendría tiempo para después comenzar aquel trabajo y acto seguido regresó al libro antiguo. La cerradura en forma de insecto extraño nunca cedió. Posteriormente trató insertando la navaja por un costado, cerca de las hojas que salían como delgadas líneas, pero no encontró forma de abrir aquel libro. En definitiva pensaba mejor llevarlo con un cerrajero. Así, en lo que decidía dejar el local con José a cargo por unos momentos, volteó el libro para ver si la cerradura tenía tornillos o algo parecido, pero no encontró nada. De repente sintió cómo la navaja cortó su dedo. El dolor de la cortada fue como un choque eléctrico.

Franco se llevó el dedo sangrando a la boca como era su costumbre, pues eso hacía generalmente cuando el papel recién trozado le provocaba alguna cortadura. La sangre no dejaba de emanar sin control pero, pese a ello, no pensó que la cortada fuera tan profunda. José acudió a su padre para ver la herida pero antes de ver cómo estaba tomó el libro antiguo y lo quitó para que no se

manchara, pero fue demasiado tarde: una gota cayó en el centro de la contraportada. José, con una velocidad increíble, hizo lo posible por limpiarla con la manga de su suéter, pero para su sorpresa, la gota de sangre de su padre había desaparecido. El dolor en el dedo de Franco también se esfumó ante la sorpresa y José, al tiempo de ver el rostro atónito de su padre, también notó que la extraña cerradura estaba abierta.

Asustado José, dejó el libro en la mesa con la portada hacia arriba. Ambos se miraron sin saber qué pasaba. Franco tomó el libro, iba a abrirlo pero se detuvo ante una misteriosa corriente de aire que entró por la ventana abierta. Pocas veces José se asustaba ante algo y lo abrió. Las hojas del libro estaban hechas de un papel blanco que deslumbraba. Era un papel extremadamente fino y en todo el tiempo que Franco llevaba en el negocio de libros nunca había visto algo así. Eran casi mil páginas sin nada escrito...
—Este papel es muy raro —dijo Franco al tocarlo con su mano ilesa.
—Oye papá, ¿qué quería aquel extraño hombre que le hicieras al libro?
—Quería que abriera esta rara cerradura.
—Pero no te dijo lo que tenías que hacer después, ¿verdad?
—No. Aunque este papel parece estar hecho de roble blanco.
—Bueno, ahora sabemos algo.
—Tengo una idea: pásame ese frasco azul —dijo Franco a José señalando hacia un punto con el dedo pinchado, que ya no sangraba.
—No me digas que vas a escribir algo —debatió José antes de tomar el frasco con tinta.
—Sí, pero no te preocupes: aquella tinta se puede quitar fácilmente con un solvente especial, el dueño no se dará cuenta.
—De acuerdo —dijo José y le entregó el frasco con tinta a su padre.

Franco escribió con un estilógrafo una línea pequeña. Y así lo hizo, pero al poco tiempo la tinta desapareció. Esto desconcertó más a los curiosos que trataban con un libro fuera de lo común. José, después de un rato, dejó a su padre para seguir con sus tareas, pero para proseguir con lo que su padre le había encargado, trató de acomodar las hojas sueltas de la Biblia que la señora les había dejado. Puso una hoja de aquella Biblia sobre la mesa de trabajo de su papá, que seguía probando tintas sobre el extraño libro, pero la presencia de aquella hoja hizo que el libro se moviera de manera radical. Cosas extrañas se presentaban frente a un padre y su pequeño.

Al presenciar esto, Franco golpeó uno de los frascos de tinta que estaba probando, de forma que se derramó y cayó al suelo, dejando una mancha obscura. Debido a la serie de movimientos que realizó, el papá de José tocó con su dedo pinchado y aún maculado de sangre, el papel de roble blanco y de inmediato aparecieron unos extraños símbolos que se tornaron color negro momentos después de aparecer. Nadie en ese lugar sabía lo que pasaba, todo era tan extraño. Cómo se abrió la cerradura, la repulsión del libro ante las Sagradas Escrituras y finalmente el hecho de que en el libro se podía escribir con sangre.

En definitiva, el único que sabía la verdad sobre ese extraño libro era aquel hombre pálido que, como una sombra, se posó a la entrada de la imprenta, justo en el momento en el que el sol caía en esa por demás extraña tarde.

—¡Vaya! Así que han descubierto cómo abrir mi misterioso libro —dijo en un tono petulante y altanero aquel extraño al caminar hacia Franco, quien lucía atemorizado.

—Escuche, llévese su libro, nosotros no queremos tener problemas —respondió Franco poniéndose delante de José para protegerlo, sin darse cuenta que en el suelo seguían algunas gotas de sangre.
—No se preocupe señor Franco, ya me voy, sólo vengo por lo mío. Y dígame, ¿cuánto le debo? —exclamó mientras se aproximaba peligrosamente.
—No es nada, sólo váyase.
—No. Sería muy mal educado si no le pagara por sus servicios —insistió el extraño al mismo tiempo que acercó su mano con afiladas uñas, parecidas a largas navajas, al bolsillo del pantalón.

Franco se quedó paralizado. Aquel extraño no sacó nada, lo único que hizo fue tomar cierta distancia para cortarle el cuello al padre de José: fue como una rápida estocada, aquellas largas uñas cortaron la garganta de Franco quien acto seguido cayó al suelo dejando a su alrededor un enorme charco de sangre. José, sin poder hacer nada, se tiró de rodillas para ver a su padre, lo tomó por el cuello pero vio cómo poco a poco su mirada se perdió hacia el camino de la noche. Mientras brotaban lágrimas de sus ojos, José se puso de pie y tomó la navaja que su padre estaba usando y se abalanzó hacia el extraño hombre pálido, sin medir las consecuencias.

El extraño, al ver a José con toda la disposición de herirlo, lo tomó por el cuello y lo proyectó al otro lado de la imprenta. Mientras veía al chiquillo llorando, el extraño reía mostrando bajo sus labios unos colmillos afilados, y no dejaba de disfrutar ante el sufrimiento de un niño y la muerte de su padre. José volvió a mirar al asesino de su padre cerca de la ventana sin poder hacer nada. El viento helado de la noche tocó su cara y sus ojos se cerraron. Perdió el conocimiento y cayó en la obscuridad.

El hombre pálido, sin nadie que pudiera estorbarle, tomó el estilógrafo del padre de José y se agachó para tomar la sangre que estaba en el piso, para después escribir en el libro extraños símbolos, al tiempo que recitaba palabras en un desconocido leguaje. Pocos minutos pasaron cuando José volvió en sí y vio a aquel extraño ser haciendo un macabro ritual. Adolorido por el golpe, se levantó y vio que tenía a la mano la navaja de su padre, pero sabía que no podía luchar contra alguien tan fuerte, así que buscó una forma de salir de ahí. El ser extraño parecía estar en trance mientras escribía y recitaba anormales oraciones. José lo miró y creyó que era el momento oportuno para escapar y salió por la ventana como un gato asustado.

Corrió unos cuantos metros y no pudo más. Sentía que toda su fuerza se escapaba de su cuerpo, pero tenía que llegar a casa. Su madre y su hermana eran su preocupación. Miró hacia todas direcciones buscando ayuda pero no vio a nadie, la calle estaba desierta. Siguió caminando, no podía más, el golpe que había recibido le restaba fuerza; a cada paso el dolor le causaba estragos que parecían consumirle la vida en cada segundo, pero sentía que si paraba, aquel monstruo terminaría por quitarle a toda su familia. Sacó fuerzas entre la fragilidad y llegó a su hogar. El silencio inundaba todo el lugar, quería gritar pero su debilidad y su seca garganta no se lo permitieron, y no encontró otra opción más que subir a buscar a su madre.

Corrió cuanto pudo hacia el cuarto de sus padres. Quería ver a su madre más que otra cosa. Llegó a pensar que sería lo último que vería. Al entrar a la habitación, encontró una ventana abierta con una cortina desgarrada y al fondo una figura extraña en la total obscuridad. Se acercó lentamente para ver qué era lo que estaba en la plena obscuridad. Para su desgracia, era su madre con alguien más. La mujer que José tuvo por madre había dejado este mundo pocos segundos después de que

él llegó, debido a la mordida en el cuello del también asesino de su padre. Su madre estiró una mano en un débil ademán clamando ayuda, pero José no pudo mirar y salió de la habitación lo más rápido, ahora en busca de su pequeña hermana.

La pequeña estaba en su cama dormida. José la despertó sin hacer ruido. La pequeña no sabía qué pasaba y su hermano no podía hacer mucho debido a su condición. Después de un rato de estar con ella, decidió llevarla fuera de la casa y buscar ayuda; sin embargo, el extraño ser malvado que cortó la garganta de su padre y que bebió hasta la última gota de la sangre de su madre, estaba en el umbral de la puerta esperando por terminar con los dos pequeños. José no sabía qué hacer. Le susurró a su hermana que corriera mientras detenía a aquel hombre. La niña vio en los ojos de su hermano miedo y lo obedeció sin discutir. José reunió valor y coraje para arremeter contra la monstruosidad que se encontraba delante de él, pero cuando trató de embestirlo ya no estaba aquel extraño personaje. José lo buscó con ímpetu pero para ese momento el personaje ya sostenía por el cuello a su hermanita sin dejarla respirar.

—Mira qué frágiles son los humanos —dijo el monstruo rompiendo el cuello de la pequeña con una mano.

José gritó y sus lágrimas corrieron por sus ojos. El extraño dejó caer el cuerpo de la niña sin vida, mientras José una vez más se abalanzaba en contra de aquel asesino y éste lo sujeto del cuello sin dejarlo respirar.

—Creo que nunca aprendes.

Los ojos de José se llenaron de furia y mientras el asesino lo abofeteaba, buscó en sus bolsillos la navaja que había traído del taller de su padre. Sin pensarlo, la enterró en el cuello de aquel pálido individuo. Éste lo soltó y José cayó al suelo con la mano llena de sangre.

—Pequeña sabandija, ¿cómo te atreves? —dijo con una voz llena de odio el extraño asesino.

El culpable de la muerte de sus padres estaba herido y ahora se llevaba la mano al cuello en donde estaba la herida que José le hizo. Pasaron unos segundos para que aquel ser extraño volviera al ataque, y una vez más, pero ahora con más fuerza que antes, sujeto al pequeño José por el cuello y lo mordió.

Al hundir sus afilados colmillos en aquella zona, José sintió como si un extraño calor lo inundara quemándole todo el cuerpo; se sentía extrañó y pensó que era el fin. Moriría por un ser de otro mundo, pero el mayor pesar que sintió y lo más triste que su corta vida le había dejado era el no haber podido hacer nada para salvar a su familia. Ante este último pensamiento, su cuerpo recuperó la fuerza y con la última gota de su energía volvió a enterrar la navaja en el cuello de su agresor, dejándolo, esta vez, fuera de combate.

José de desplomó después de su último ataque pero alcanzó a ver que aquel extraño ser escapaba por la ventana del cuarto de Luisa perdiéndose en la obscura noche. José no sabía lo que sucedía, pero algo pasaba en su cuerpo: sintió una increíble sed y momentos después, a través de la ventana por la que había huido el asesino, sintió los primeros rayos de sol en su rostro, los cuales no le fueron agradables, pues sintió que le comenzaron a quemar la piel y se tuvo que esconder

debajo de la cama. La sed le carcomía las entrañas. Se sentía morir, y cuando pensó que no había más y comenzaba a ver un extraño sendero con una luz al final, vio la sangre de su atacante en el piso y la comenzó a lamer. No era un sabor desagradable y sintió que algo cambiaría en él: la sangre le supo como una extraña bebida revitalizadora y supo que ya no era el mismo. Ahora se había convertido, sin saberlo, en un ser peligroso para la raza humana, aunque por el momento lo único que buscaba era venganza.

Cuando el sol se ocultó, salió de debajo de la cama y por unos momentos pensó en dar a sus seres queridos una decente sepultura, pero no tenía dinero y creyó que la gente lo despreciaría. Eso fue lo que más le dolió. Fue al baño para lavarse la cara. Abrió la llave y se roció el rostro con agua, y su sorpresa fue que no pude verse en el espejo. Sin duda, ya no era el mismo. Miró a su alrededor y se sintió ajeno a aquel lugar. Tomó unas cuantas cosas, todo lo que pudo cargar, y salió de la casa. Ése fue el peor momento de su nueva vida: sin decir adiós a nadie al salir de su casa, sin nadie a quién amar y con el pesar de ver morir a sus seres queridos, José buscaría al responsable, así fuera por todo el mundo, con tal de verlo morir en sus manos. Eso fue lo último que pensó al cerrar la puerta de su casa.

Detrás de él dejó su infancia y a su familia. La noche lo acogería como a su hijo y su historia ahora tomaría un nuevo camino. Cuando creyó que iba a morir, la sangre lo salvó. Ahora sabía que eso era todo lo que quería. Pronto comprendió que la oportunidad de vengar a su familia se había presentado de una forma que él no comprendía del todo. Preguntas como «¿Por qué a mí?», «¿Por qué el sol me hace daño? », «¿Por qué la sangre me devolvió la vida?» y «¿Qué es lo que soy?», se revolvían en el camino en busca de aquella criatura que lo creyó muerto.

No sabía por dónde empezar, pero en una noche sin luna escuchó a unos borrachos platicar sobre una serie de crímenes sin resolver en las afueras de la ciudad. Comentaron que los cuerpos de las víctimas fueron encontrados sin sangre y uno de ellos mencionó que se trataba de un *Vampiro*. José vio a aquellos humanos y los mató para saciar su sed. Fue un instinto animal el que lo obligó a quitarles la vida a ese par de alcohólicos. Pero gracias a ellos, sabía dónde se encontraba aquel “Vampiro”, como ellos lo llamaban. Un *Vampiro*. Eso era en lo que José se había convertido, pero no le importaba. Lo único que quería era matar a un ser de su misma raza: a aquel Vampiro que le quitó todo lo que amaba en este mundo.

José nunca había perseguido a alguien con fines maléficos. En este caso, la venganza lo movía pero tenía algo muy en cuenta: no iba a ser nada fácil. En sus primeros días con condición de vampiro, no entendía muchas cosas, como por qué necesitaba sangre, pero se dio perfectamente cuenta de que si no conseguía ese líquido se debilitaba y comenzaba a sentir que la muerte estaba cerca cada día que no consumía aquel vital fluido. Otra de las cosas que pensó es que no podía perseguir a su enemigo en el día debido al sol, pero también reparó que aquel despiadado ser descasaba de día y se movía en la noche.

Las primeras noches se escondía en azoteas y se alimentaba de aves así como de pequeños animales rastreros. Pese a todo, sentía cierto respeto por la gente. Cuando mató a los dos borrachos, lo hizo por la necesidad de sobrevivir a esa pesadilla.

La cadena de asesinatos se extendía a las afueras de su país. El camino parecía seguir hacia el Norte. José se movía cada noche por las calles abandonadas. Guiaba su ruta por los cadáveres que

iba encontrando. Nunca había salido de la ciudad donde nació, mas la sed de venganza lo obligó a hacerlo. Una noche, antes de cruzar al país vecino, sintió que el sol pronto saldría y calcinaría su cuerpo. Tenía que encontrar pronto un lugar para ocultarse. Sabía que era la frontera. En varios metros a la redonda sólo había árboles que le podían dar sombra por un tiempo pero no iba a ser suficiente.

Corrió hacia lo profundo del bosque y no encontró una sola casa o un tejado donde pasar el día. Sentía que moriría quemado pero de pronto, al seguir corriendo, encontró las rejas de un viejo cementerio. Sabía que si pasaba el día dentro de un ataúd podría sobrevivir de su mortal enemigo: el sol. La vida de un joven vampiro no era fácil sin aliados. José encontró una tumba que parecía a simple vista sólo un montón de tierra. Sin pensarlo, se puso a excavar con las manos. Faltaban pocos minutos para que el sol saliera. Sus manos le sangraban porque la tierra era muy dura. Sin una pala, llegar hasta la caja fúnebre sería imposible. Desistió y pensó en morir sin conseguir su objetivo, pero a la distancia vio un mausoleo que parecía una estructura recién construida. Corrió hacia la elegante tumba que estaba protegida por una pequeña reja. José sacó la navaja que aún llevaba en el bolsillo desde el último encuentro con aquel vampiro, aunque no sabía bien cómo abrir la cerradura de la reja.

De pronto, corrió por su sangre una extraña sensación, como un choque eléctrico de alto voltaje. A su mente vinieron imágenes de cómo un hombre abría puertas de casas para robar cosas. José reconoció su rostro de inmediato: era de uno de los borrachos que había matado antes. Tomó la navaja y, sin saberlo, sus manos inconscientes se encargaron de abrir la reja. Lo demás fue aún más sencillo, pues la puerta del mausoleo no necesitaba llave, así que José entró rápido para protegerse del sol. Se sintió aliviado y vio que en aquel lugar yacían los restos de un hombre no muy viejo, en cuyas venas aún había sangre. José, hambriento y herido por el duro suelo del cementerio, aprovechó bebiendo la amarga sangre de aquel cadáver; sació su sed y descansó un rato mientras fuera el día transcurría lentamente. Sus heridas sanaron gracias al consumo de sangre. Esto era algo que el niño había descubierto hace poco: la sangre lo hacía fuerte y lo recuperaba de sus heridas, sin necesidad de medicina. Quizá esta habilidad le sería útil para la batalla contra el aún desconocido vampiro.

Tirado, tratando de asimilar el sabor de la sangre de un muerto, José reflexionó acerca de beber la sangre de los humanos y pensó que no sólo adquiría vitalidad sino también obtenía sus habilidades. Por un momento, se sintió aterrado porque no quería seguir matando gente, pero el hecho de tomar habilidades a través de la sangre podía serle útil. Durmió un poco antes de que el sol cayera. Despertó en el obscuro mausoleo y vio que en la lápida aparecía el nombre del muerto, lo cual no le importó, pero notó que el fallecido había sido alguien famoso por todos los halagos que estaban escritos en su lápida mortuoria. «¿Qué habilidades podía tener esta persona?», pensó, pero no tuvo respuesta. Echó un vistazo para ver si el sol se había ocultado pero aún seguía en lo alto de los cielos. La luz entró y José se alejó pero la tumba se iluminó un poco y vio que en las paredes había fotos del muerto en sus mejores años. Aquel hombre, sin duda, era alguien importante para la sociedad de su tiempo.

Parecía haberse codeado con gente importante. Hubo una foto que a José le llamó la atención: el hombre, fuera de una especie de carpa de circo, con un edecán y un letrero enorme que invitaba al público a ver “El increíble hombre de humo”. A José, más que parecerle alguien famoso, le pareció un charlatán porque pensaba que era imposible que alguien pudiera convertirse en humo,

pero si aquel famoso hombre de humo tenía en realidad esa habilidad ahora José tendría ese poder. José rió para sus adentros y creyó que era una ridiculez; el sol finalmente cayó y pudo continuar su camino.

Salió del panteón y no vio alma alguna, lo que consideró a su favor porque quería pasar inadvertido. El bosque crecía a cada paso que daba; no sabía hacia dónde dirigirse, no había ningún rastro de cadáveres. Quizá se debía a que el vampiro al que perseguía tomó alguna forma de trasportarse más rápida y ahora estaba en la ciudad de ese país. José tenía que buscar humanos para escuchar lo que decían sobre crímenes inexplicables. Lo haría cuando pudiera salir del bosque, pues llevaba varias horas dentro de él sin saber adónde ir. Subió a un árbol para ver hacia dónde estaba la población más cercana pero no encontró más humo que emanaba de una casa que no se encontraba muy lejos.

José quiso bajar del árbol y una rama se rompió. Iba a caer de una altura considerable pero una extraña agilidad se apoderó de su cuerpo y cayó como si nada. Estaba sorprendido, nunca había sido ágil. Esbozó una sonrisa. Quizá el beber sangre de animales le daba esas habilidades pero desechó la idea. No quería beber la sangre de un león o de un elefante para hacerse más fuerte. Tal vez todo se debía a que el hecho mismo de ser vampiro le proporcionaba es cualidad. La casa en medio del bosque que vio desde lo alto del árbol, parecía ser una casa humilde. Tenía una pequeña huerta de vegetales y un pequeño pozo. José se acercó con cautela y miró desde una ventana para ver si había algún peligro. Todo se veía tranquilo pero al escuchar a lo lejos que una puerta se abría, puso en alerta todos sus sentidos para protegerse. No quería volver a matar; pensó que lo mejor sería escapar si estuviera en peligro. Fue al otro lado de la casa para ver quién salía; caminó unos pasos y con uno de ellos quebró una rama.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz rasposa y grave.
José no respondió y buscó con desesperación un lugar para ocultarse, pero la voz insistió.
—Sé que estás ahí, ¡sal! —gritó la voz.
Desde su transformación, era el primer contacto de José con un humano. No sabía qué hacer.
—No te haré daño.

José, por alguna extraña razón, confió en la voz desconocida y salió a su encuentro. Era un hombre robusto de edad avanzada, tenía un bastón con empuñadura de plata en la mano derecha y usaba un parche en su ojo izquierdo. Aquel viejo no podía caminar muy rápido. José, al principió, creyó que estaba armado pero no representaba alguna amenaza para él.

—Hola, eres sólo un niño, ¿qué haces por aquí? —dijo el viejo.
—Busco a alguien —se limitó a decir José.
—Por aquí no ha pasado nadie en días —con un gesto amable el viejo le comentó.
—Gracias. Será mejor que me vaya —respondió de forma cortante José.
—Tal vez tu camino sea largo pero puedes quedarte un rato. Después de todo, la ciudad más cercana está aún lejos; aquí puedes descansar un rato —sugirió el viejo, ante la mirada fría y pensativa de José.

El pequeño vampiro sabía que no podía quedarse mucho tiempo porque perdería el rastro de aquel "asesino", como solía llamar José; sin embargo, vio que aquel viejo se sentía solo. Tal vez podía preguntarle al viejo cómo llegar a la ciudad y continuar con su búsqueda. José aceptó de

forma tranquila la invitación del desconocido anfitrión. El viejo tomó su bastón y entró lentamente a su casa y José lo siguió. El ambiente se sentía cálido. Era una casa pequeña pero muy ordenada. José se quedó en el umbral de la puerta pero el viejo se acercó y lo empujó un poco para que se animara a entrar.

—Vamos, no seas tímido, siéntate.
—Gracias.
—¿Quieres un té o un café? —le preguntó el viejo.
—No, gracias, la verdad es que no tengo mucho tiempo —dijo José mientras el viejo se acercaba para escucharlo.
—Eso parece. No eres alguien normal, puedo sentirlo.
—¿Cómo lo sabe? —pregunto José.
—He visto muchas cosas en mi solitaria vida, incluso he estado cerca de morir por algo que nunca nadie entendería.
—No sé lo que piense, no le haré daño, sólo pasé porque sentí que algo lo afligía.
—Descuida, sé protegerme bien —dijo el viejo mientras le mostraba su bastón a José.
—¿Cómo algo así lo puede proteger de alguien como yo?
—La respuesta es simple: la plata los puede matar.
—¿Matar a quién? —preguntó José con miedo.
—A ustedes, los vampiros.

¿Cómo sabía aquel viejo que José era vampiro? Un silencio sobrenatural inundó la pequeña casa. José pensó que el estar ahí era una mala idea. Quizá el viejo quería matarlo en la comodidad de su hogar pero por alguna extraña razón la voz del anciano le daba una tranquilidad que hace mucho no sentía. José no sabía qué hacer y no sabía que los humanos supieran sobre los vampiros; pensaba que para la gente esos entes chupasangre sólo eran parte de los mitos y leyendas de ciertos pueblos. Ahora todo parecía una historia de las que solía leer, pero mientras más se adentraba en ella José no terminaba de creerla.

—Te contaré algo que me pasó hace ya mucho tiempo. Descuida, no tardaré.
—Está bien —dijo en forma tranquila José.
—Cuando era joven, en lo profundo de este bosque, vi a una criatura que parecía alimentarse de un hombre. Era delgado y con la piel sumamente blanca; en eso se parecía a ti. Traté de socorrer a aquel hombre pero era demasiado tarde; aquella cosa me atacó sin misericordia; yo estaba desarmado, no pude hacerle mucho. Sin embargo, apareció otra extraña criatura y me salvó: era un hombre con forma de lobo. Al verlos pelear, se podría decir que era enemigos a muerte, casi desde el inicio de los tiempos. Aquella batalla de fuerzas sobrehumanas no tuvo ganador, pero el que bebía sangre escapó y la extraña bestia en lugar de irse me miró con ojos de fuego llenos de cólera. Aún, cuando cierro los ojos por la noche, los veo. Se acercó para olfatearme, yo no podía hacer nada: el miedo me paralizó.

Después de unos momentos, un extraño efecto ocurrió en la bestia: se transformó en un hombre, pequeño y débil. Cuando lo vi de esa forma, pensé que todo estaba normal. Aquel hombre me dijo que el ser que me había atacado era un vampiro, el cual busca sangre para sobrevivir. Conversé con él un rato; me dijo que buscaba a ese vampiro porque había provocado la muerte de muchas personas en el pasado, incluyendo la de su familia. Cuando comenzó a cazar al vampiro, era un humano, pero en una ocasión en que entró a una cueva donde creía que se ocultaba el

vampiro, encontró a un monstruo que no podía describir, el cual lo mordió mientras él corría por su vida. Quiso regresar a su vacío hogar después del altercado con esa criatura, pero una extraña fiebre lo invadió causándole fuertes dolores.

Cayó al suelo casi sin vida y lleno de tristeza por no poder vengar a su gente, a su familia. El último recuerdo de esa noche fue que la luna apareció en el cielo como un gran ojo que lo vigilaba y su cuerpo comenzó a cambiar. Se sintió ágil, veloz y con una fuerza descomunal. Sin duda, al estar al borde de la muerte, se le había otorgado otra oportunidad, la cual, sin embargo, sólo podía aprovechar en las noches de luna llena. La caza de este hombre que se transformaba en lobo llegó hasta este bosque donde al fin pudo vencer a su enemigo.

—¿Y cómo lo venció?
—La derrota del vampiro fue una extraña coincidencia. Cuando aquel humano lo seguía para matarlo, lo único que tenía era una navaja con una afilada hoja de plata. En aquel encuentro final el vampiro no tenía adónde escapar de su sicario, pero una mala jugada sorprendió a la bestia porque la luna se ocultó por unos minutos. El vampiro arremetió en contra de él para terminar con la vida del frágil humano, pero éste, milagrosamente a tiempo, sacó su navaja de plata para clavarla en el corazón del vampiro, quien, no obstante, alcanzó a rasgar un ojo del humano con sus afiladas uñas.
—La navaja mató al vampiro. Y eso quiere decir ¿qué no hay nada que pueda matar a aquella bestia? —dijo José incrédulo.
—Sí, son incluso más vulnerables que los vampiros. Una bala de plata puede ser mortal. En una ocasión escuché que un viejo mató a una bestia de esas con un bastón con un mango de plata, sólo eso basto.

—Escuche, pero si no murió esa extraña bestia al ataque final del vampiro, ¿qué pasó con él?
—Vivió una vida tranquila en el bosque esperando la muerte —dijo el viejo sin mayor preocupación.
—Entonces me está diciendo que todos esos mitos de hombres lobo, el ajo y la plata, ¿son verdad?
—En efecto… ¿cuál es tu nombre, perdón? No, nos hemos presentado.
—José, mi nombre es José.
—Mucho gusto joven vampiro, el mío es Kurt.

José comenzaba a sentir que aquel viejo era alguien misterioso. «¿Cómo sabe que soy un vampiro?», se preguntó José. En definitiva, lo que pasaba ahí era algo increíble. El viejo se levantó hacia donde estaba la cocina y trajo consigo dos pequeñas tazas con té y el olor de aquel brebaje de hierbas inundó la pequeña casa. José acercó a su boca la pequeña taza y percibió de golpe el dulce olor de las hierbas. Dudo en darle un sorbo al líquido. Fingió quemarse y no tomó nada.

—Insisto, será mejor que me vaya —dijo José lleno de miedo mientras se levantaba y dejaba la taza de té en la mesa.
—Tu camino es largo. Descansa un poco pequeño, matar a un vampiro no te será fácil.
—Entonces usted es el hombre lobo de la historia...
—Así es, pero llámame 'Kurt', deja tus modales por un momento —habló con indiferencia el viejo.

—Pero usted dijo que los vampiros y los hombres lobo eran enemigos mortales.
—Sí lo son. Si hay una raza que quiere dominar al mundo y hundirlo en el infierno, es la de esos zánganos chupasangre. Los "hombres lobo", como tú los llamas, vinieron al mundo sólo a cazar animales, al menos eso siento. Eso hace que pasen desapercibidos. Pero el vampiro es como un demonio que no cede hasta que todo muere a su alrededor.

José volvió a sentirse tranquilo. Se sentó y tomó la taza de té. Su corazón ya no sentía la soledad que lo ahogó al salir de su casa. Quizá encontró un amigo a quien contarle cómo terminaría su cacería. Kurt le dijo que pronto amanecería, así que le mostró un cuarto que era usado como bodega. Le expuso al niño que ahí podría dormir. A José le pareció una buena idea. En aquel cuarto, era impenetrable la luz del sol. El viejo le llevó unas cobijas y lo dejó solo antes de irse a dormir. José recordó su última noche en casa: todo era un obscuro gris lleno de tristeza. Sin más, cerró sus ojos y durmió.

El día comenzó radiante de luz pero en ese bosque la neblina era tan densa que podía confundir a cualquiera. Un cazador, en lo profundo del bosque, buscaba una presa; no podía ver nada y como justo en ese momento, cuando la vista falla, ocurren las desgracias, el cazador no podía olvidar lo que su padre le dijo alguna vez: *las armas las carga el diablo y los tontos las disparan*. Escuchaba las pisadas de un animal. Apuntó y se preparó para disparar. El sonido que provocaba provocaban las patas del animal eran como un crujir que se aproximaba. Sería una presa fácil para un cazador con un solo ojo. El viejo Kurt disparó al animal que cayó al impacto de la bala. El anciano lo recogió. La caza de ese día le daría para comer carne durante varios días.

Llego a casa y todo parecía normal. Fue a la bodega a ver si el chiquillo seguía ahí. No abrió la puerta porque temía que la luz entrara y podía quemar al niño. Sólo acercó su oído a la puerta para saber si estaba ahí. No escuchó nada al principio, pero unas palabras salieron de la boca de José. Parecía que el pequeño no descansaba ni en sueños. Kurt pudo escuchar una negación, nombres de personas que el niño emitía con una voz tal de sufrimiento, que el anciano supuso que se trataba de su familia. Ahora todo era más claro: aquel niño quería venganza y por eso buscaba a alguien en medio de aquel bosque.

Kurt pensó en ayudarle pero lo único que se le ocurrió fue prepararle un envase compacto lleno de sangre. En el camino de José podría tener dificultades, imaginaba Kurt. La sangre le ayudaría. La vertió en un envase que parecía un ánfora para guardar licor. El animal muerto proporcionó su sangre para que el niño pudiera seguir, pero Kurt sentía que algo faltaba para que José siguiera adelante. Todavía había tiempo: el sol estaba a mitad de cielo. Pensó en darle algo de plata, pero si el niño no presentaba cierta resistencia a aquel metal podría pasarla muy mal.

Recordó su vieja navaja de plata. La atesoraba como si fuera más importante que su vida. Después de matar a aquel vampiro, nunca más la usó, incluso cuando pudo venderla para conseguir unos centavos para comer, prefirió sufrir hambre. Buscó algo más que darle a José antes de que partiera y pensó de nuevo en comida, pero eso ya estaba preparado. Sabía que el niño tenía que viajar ligero. Sin embargo, mientras más avanzara al norte, el clima se volvería gélido, así que pensó en darle un abrigo de piel de lobo. La prenda lo mantendría caliente y no le costaría trabajo moverse en caso de encontrar a su presa. Las pieles de lobo eran valiosas pero Kurt se la regalaría porque cuando veía los ojos de José, recordó lo que él sufrió al perder todo lo que amaba.

Kurt sacó de un cajón cercano a su cama una vieja pipa y de un paquete de hojas envueltas un poco de tabaco para fumar. Encendió la pipa y salió de la pequeña casa para mirar hacia el bosque, como siempre le gustó. El sol al fin cayó y toda la obscuridad reinó en el bosque. José despertó con ganas de seguir durmiendo pero no podía porque llevaba ya mucho tiempo de retraso. Kurt lo saludo y le ofreció una vez más el té de hierbas de la noche anterior. José lo bebió con rapidez y le dio las gracias por todo.

—Te tienes ir, ¿eh? —le dijo Kurt con el buen humor que siempre lo caracterizó.
—Sí, creo que el camino es largo —respondió José con una sonrisa.
—Te preparé unas cosas para que sigas con tu camino.
—Gracias pero no creo necesitar nada.
—En el camino no sabes lo que te puede esperar. Toma: es sangre para dos días y este abrigo te protegerá del frío —insistió Kurt al darle las cosas.
—Está bien, gracias, no tenías que molestarte.
—No es nada, pero antes de que partas te diré cómo llegar a la ciudad.
—Bien.
Salieron de la casa y Kurt le señalaba hacia dónde debía ir.

—Debes seguir por aquellos árboles hasta que encuentres un pequeño riachuelo; después, trata de seguirlo hasta que puedas ver unas montañas. De ahí en adelante lo demás es sencillo: cruza el río y la ciudad estará a pocos minutos. Tienes que ser rápido para que en la ciudad puedas encontrar un buen escondite antes de que el sol salga.

Se puso el abrigo de piel de lobo y ambos caminaron unos pasos sin decir nada. José estaba tranquilo pero no sabía cómo agradecer lo que Kurt había hecho. Sintió que no lo volvería a ver, así que se detuvo y le dio un abrazo. Quizá ese fue el gesto más humano que tuvo desde que se había convertido en un vampiro. Kurt lo aceptó con un poco de tristeza pero después se sintió bien. No quedaba más por hacer. Sólo decir adiós.

—Recuerda: la plata y el sol son tus enemigos, incluso más que aquel vampiro. Pero la plata te puede servir para combatir ese instinto demoníaco del vampiro. Conforme pase el tiempo, podrás ir resistiendo su efecto.
—Lo haré.
—Y cuando estés frente al vampiro que buscas, la batalla será dura, tendrás que ser fuerte.
—Así será, viejo lobo.

Ambos sonrieron y José partió hacia las entrañas del bosque sin ver hacia atrás. Su destino aún era incierto pero no tenía más que seguir. La noche era fría pero él estaba preparado: el abrigo hacía un buen trabajo. Siguió caminando a una velocidad considerable, sentía que la noche se iba como la arena dentro de un reloj. Encontró el río que Kurt le había dicho, ahora tenía que caminar hacia donde nacía el agua y encontrar las montañas; ahí todo sería sencillo. Era extraño que no hubiera ruido en el bosque pero no le importó. Lo único que quería era llegar lo más rápido posible a la ciudad. La noche cedía a cada segundo. José se sentía desesperado, aunque ya estaba cerca de su objetivo. Llegó con la respiración agitada. Frente a sus ojos estaba la parte por donde debía cruzar aquella masa de agua, pero cuando intentó entrar al río no lo pudo hacer.

El tiempo se agotaba, no podía descifrar lo que ocurría en ese riachuelo, era como si una fuerza invisible no lo dejara avanzar. No sabía qué hacer. La impotencia se apoderó de él, pues el sol no tendría piedad al quemarlo. En todo su recorrido no pudo ver un puente para cruzar al otro lado, nada podía ayudarlo; trató una vez más de entrar al agua para cruzar pero algo se lo impedía. Podía tocar el agua pero no incorporarse a ella. Estaba a punto de amanecer cuando escuchó que alguien se acercaba. Corrió a ocultarse detrás de un árbol y vio a una niña con un hombre que arrastraba una pequeña balsa. José vio en ellos la oportunidad pero, ¿qué hacían esas personas hacían allí y por qué a esa hora? Sin pensarlo más, José fue a su encuentro y les habló.

—Hola, no puedo quedarme aquí, necesito cruzar, puedo ayudarlos con la balsa y así cruzar —su voz sonó un tanto desesperada pero existía bondad en ella.
—¿Quién eres? ¿Eres una de esas extrañas criaturas que matan gente? —gruñó el hombre y puso detrás de sí a la niña.
—No, yo sólo quiero cruzar y si no lo hago moriré —dijo José con desesperación.
—Podemos ayudarte pero necesitamos mucha fuerza.
—No le hables Amelia —dijo el hombre con voz cordial.
—Les ayudaré, sólo necesito cruzar.
—De acuerdo. Cuando yo te diga, empuja con todas tus fuerzas. Amelia, ¡sube a la balsa!

La balsa era pequeña pero los tres cabían cómodamente. José espero la señal del padre de Amelia mientras veía cómo la niña subía abordo. El padre de Amelia era un hombre alto de complexión delgada; su rostro estaba adornado por una gran barba y ojos de color claro. José escuchó la señal y comenzó a empujar, pero la balsa no se movía; no lo quedó más que usar algo de su fuerza vampírica y esperar a que no se dieran cuenta, porque si eso pasaba el padre podría atacarlo y José no quería matar a ningún humano otra vez.

El padre se quedó admirado por la fuerza que el niño había aportado. Dentro de la balsa nadie hizo ruido alguno y en pocos minutos estuvieron del otro lado. José se sentía un poco desesperado; los otros pasajeros de la balsa lo miraron con asombro; él no se dio cuenta de esto pero para cuando estuvo del otro lado se limitó a agradecerles y a salir corriendo.

—Gracias, de verdad muchas gracias.
—No te preocupes, se ve que tienes prisa. La ciudad está a pocos minutos si sigues por esa vereda —le dijo el padre de Amelia.
—¡Buena suerte! —dijo Amelia con una sonrisa.
—Gracias —reiteró José mientras corría al camino que le habían señalado, mientras Amelia y su padre arreglaban sus cosas para regresar a casa.
—¿Adónde va con tanta prisa? —preguntó Amelia a su padre.
—Sólo se salva de uno de sus enemigos.
—¿Enemigos?
—El sol, Amelia. Ese niño era un vampiro —dijo su padre.

Amelia y su padre marcharon rumbo a su casa. La niña no quería que su padre la viera pensando en lo que acababa de ocurrir; sentía temor por aquel niño, no quería verlo sufrir porque desde que lo vio por primera vez, notó en sus ojos que algo grave le sucedía, algo diferente de una aflicción humana.

Así, el padre y la niña llegaron cuando la vida en la ciudad comenzaba. Ligera neblina inundaba las calles, el olor pan que emanaba de una chimenea cercana a la casa de Amelia, generó hambre en el pequeño estómago de la niña. Entraron al hogar y la madre de Amelia les tenía preparado un suculento desayuno. Así, se sentaron a la mesa.

—Se ve que tienen hambre. ¿Y cómo hicieron para encontrar tantos hongos? —preguntó la madre de Amelia.
—Lo normal, sabes que sólo a esa hora se pueden ver, ¿no es cierto, hija?
—Sí papá —dijo Amelia un poco extrañada, pues pensó que su padre le contaría a su madre sobre aquel niño.
—Perfecto, me alegra saberlo —exclamó la madre mientras les sonreía y comentó que tenía que salir a tender la ropa que había lavado.

Amelia y su padre terminaron el desayuno solos. Él lavó los platos y se sentó en la confortable sala de la casa. Ahora tan sólo necesitaba sus cigarrillos y el periódico para tener un extraño pero agradable día. Amelia terminó de secar los platos, subió a su cuarto, se cambió de ropa, fue al baño y se lavó los dientes. Se dispuso a dormir un poco pero el rostro de José no salía de sus pensamientos. Amelia comenzó a leer desde pequeña y continuaba con tal hábito, así que tomó uno de sus libros favoritos de poemas. Leyó un rato viejos versos que le hacían soñar despierta; encontró otro libro que trataba de aventuras en una isla con piratas y sirenas que cantaban en las noches de luna. Así transcurrió el día con cotidianidad.

Entrada la medianoche, Amelia daba vueltas en su suave cama soñando cosas grises y tristes, lo cual no la sorprendió pues ya había pasado antes por este tipo de ensueños. En esta ocasión, sin embargo, la extraña atmósfera en su subconsciente cantaba su nombre en la obscuridad de la noche. Recostó una vez más su cabeza en la almohada pero despertó, no pudo más y cedió al llamado; no sabía qué era y de pronto escuchó un ruido proveniente del techo de su casa. Sus ojos se abrieron como dos puertas al ser empujadas con fuerza, se puso sus sandalias y buscó no hacer ruido para que sus padres no despertaran mientras ella salía de la habitación. Los ruidos cesaron y vio la oportunidad de llegar al techo.

Caminó rápido. Tenía que cruzar un pequeño pasillo para llegar a la escalera vertical que ascendía al techo; sus movimientos fueron rápidos como los de un gato en la obscuridad, pero de lo profundo de los sueños, el padre despertó con ganas de ir al baño, el cual se encontraba en el sentido opuesto por el que Amelia había pasado. Sólo era cuestión de tiempo para que se encontraran; la niña ya estaba trepando la escalera para cuando su padre entró al pequeño cuarto que albergaba una gran tina debajo de una regadera; se miró al espejo y apenas pudo verse.

El tejado parecía normal, Amelia no veía nada y el ruido extraño había desaparecido por completo. Siguió esperando aquel ruido pero no encontró nada. Tenía la ligera corazonada de que se trataba de aquel niño igual de extraño que ese sonido. Cerca de la parte del techo que daba a la calle, encontró unas viejas laminas de un material parecido al asbesto y se acercó para ver si había algo. Lo primero que pensó fue que se trataba de un animal atrapado. Se imaginó que si se tratara de un gato lo adoptaría, aunque le implicara ciertas responsabilidades. Cuando estuvo cerca levantó la lámina más cercana, que era pesada, y al instante escuchó que algo por debajo se arrastró. El ruido la tomó por sorpresa. Su curiosidad crecía. Entretanto, el padre de Amelia regresaba a su alcoba pero sus oídos lo alertaron cuando escuchó algo en el techo.

Al momento pensó que no era nada, pero debía desconfiar de todo, de suerte que fue lo más rápido que pudo a buscar una linterna; la tomó de una vieja caja de zapatos que tenía en su cuarto. La madre de Amelia despertó de un placentero y hermoso sueño pero alcanzó a preguntar a su esposo qué sucedía.

—Hay algo en el techo —respondió alarmado.

La mamá de Amelia de inmediato se levantó y salió corriendo a buscar a su hija. Entró a la habitación donde un dulce olor a flores de manzanilla armonizaba los aposentos de la niña, pero de ella, no había rastro. Corrió a buscar a su esposo mientras ataba la cinta de su bata color carmesí. En su corto camino no pudo ver nada y esperaba que tanto su marido como su hija estuvieran arriba de la casa a salvo. Subió por la escalera hacia el techo con dificultad porque sus pies estaban desnudos y peldaño a peldaño sentía el frío metal. La linterna que tenía el padre de Amelia había fallado. No podía ver nada y no podía saber qué provocaba el extraño ruido. La niña ahora se encontraba frente al ser sobrenatural que había visto un poco antes del amanecer. José vio a Amelia tranquila y con una expresión de sincera amistad, lo que hizo sentir seguro y tranquilo al niño.

—¡Hola¡ Pensé que no te volvería a ver —dijo Amelia sentándose a su lado y en voz baja.
—Disculpa por haberte despertado, no fue mi intención, será mejor que regreses, tus padres están cerca —dijo José, quien nunca perdía los modales y menos con una señorita.
—¿Cómo sabes?
—No lo sé, sólo lo siento.
—Creo que eres alguien diferente.
—Sí. Mi vida ha cambiado mucho —exclamó José con pesar.
—¡Oh!, suena complicado. ¿Y de dónde vienes, adónde vas, qué haces aquí?
—Es una larga historia pero ya te la contaré —sonrió el niño mientras algo parecido a una alarma sonaba en su mente, quizá emitida por su instinto vampírico.
—Bueno, estaré aquí esperándote.

De lo profundo de la noche salió la voz de un hombre en tono alto buscando a alguien. Era, desde luego, el padre de Amelia. La niña se asustó un poco por lo que su padre podría hacerle a José, pero el niño a su lado permaneció tranquilo. Su padre siguió avanzado hasta que vio el color brillante de la pijama de su hija. La niña salió a su encuentro, el padre se mostró aliviado pero tres segundos después, para ser exactos, José se llenó de valor y se paró junto a la niña.
—¿Qué haces tú aquí? —como un rugido las palabras emanaron de la boca del padre de Amelia.
—Tenía que buscar un refugio del sol, no sabía que este era su hogar, discúlpeme por favor. La calma parecía irradiar de José. El padre de Amelia lo miró pensativo pero alerta a lo que pudiera venir.
—Papá, no ha hecho nada —exclamó Amelia preocupada.
—No intervengas Amelia —la poca calma que tenía el padre de la niña desapareció.
—No me parece correcto que le grite de esa forma pero me iré para no causarles problemas.
—¡No! Espera, dime tu nombre… por favor —clamó Amelia.
—José.

Y como si el viento se llevará el humo de un cigarrillo José despareció. «Yo soy Amelia...» quiso gritar la niña pero su voz se quedó apenas en un murmullo.

—Volvamos hija, ya todo está bien.

En un lugar obscuro, la nada, el vacío. Todo era negro. Los ojos de José no percibían nada. Se dejó llevar por unos segundos pero trató de recordar lo último que escuchó. Era un nombre, el nombre de alguien que conoció. No estaba yendo al Más Allá; no estaba seguro pero no sentía que su vida terminara y empezó a creer que esta era una etapa nueva de su vida. El nombre de alguien se dijo una vez más. Para cuando se dio cuenta José estaba a unas cuadras del tejado donde se encontraba, no sabía cómo había ocurrido.

Era un extraño fenómeno pero no le importó. Quizá era parte de crecer pero también recordó vagamente lo que encontró en la vieja tumba antes de conocer a Kurt. Quizá aquel famoso hombre de humo realmente existió. José esbozó una pequeña sonrisa pero la seriedad lo invadió cuando evocó lo que le sucedió antes de aparecer en donde ahora estaba parado. Lo negro, el vacío. Tal vez sí se trataba del vacío pero no creía que hubiera sonido alguno en el vacío y al fin recordó el nombre.

—"Amelia" —su voz llenó la calle por la que caminaba.

El camino quizá era largo pero ahora sabía que alguien pensaba en él y eso le recordaba que un día fue humano. «Déjate de sentimentalismos y continúa», se dijo en una extraña expresión de alegría y entusiasmo. «¿Qué camino tomo?», se preguntó cuando llegó a determinado punto de la ciudad. No había escuchado nada que le indicara sobre el vampiro al cual cazaba. Las cosas desde luego no estaban resultando fáciles. ¿Cómo seguir a alguien cuyo comportamiento desconoces?, ¿qué lugares frecuenta?, ¿quién lo conoce?, ¿dónde está? Solamente preguntas sonaban en la mente de José cuando se hallo de pronto en el centro de la ciudad.

En principio, era como otra plaza cualquiera, con una fuente en el centro, si bien la ciudad tenía cierta afinidad por las artes y otras disciplinas que enriquecen una urbe. José notó desde que llegó, por otra parte, el acento de las personas. Era distinto. Incluso creyó que era un idioma diferente, aunque esto no le importaba tanto como encontrar información que lo llevara a su presa. Siguió caminando sigiloso como un gato antes de atrapar a un ratón. Sus oídos captaron un gran escándalo que salía de un local donde la música vibraba hasta el cielo y las voces de humanos se entendían poco debido al alcohol.

José sabía que ahí podía encontrar una pista para seguir su camino. Avanzó discretamente pero se detuvo antes de subir la acera que llevaba a la entrada de aquel lugar. Se vio a sí mismo y aún tenía el abrigo de piel de lobo que Kurt le dio, así que le pareció mejor dejarlo en un lugar seguro junto con las otras cosas que llevaba. Regresó a la gran fuente y depositó sus pertenencias de forma que nadie las viera, después regresaría por ellas. Regresó a la entrada del ruidoso lugar y se dio cuenta de que era una taberna. Quizá algunos borrachos aflojarían la lengua por una copa de vino.

Al entrar notó que nadie lo observaba; caminó por donde muchas personas se aglomeraban para pedir bebidas en una barra atendida por un hombre calvo de cara poco amigable y gran barba. No

vio nada fuera de lo normal. Creyó que el ser discreto funcionaba bastante bien, pero después de todo, «¿a quién le importa un chiquillo que seguramente está buscando a su padre ebrio?», reflexionó pocos segundos después. Aunque José no sabía dónde estaba su padre, le gustaba pensar que estaba con su madre y su hermana, así que si ellos estaban bien él también lo estaría. Avanzar a través de la gente sin ser notado era el objetivo. Después se percató que en la parte de atrás de la taberna había menos personas, quienes se encontraban sentada en mesas y aun más ebrias que las de la barra. Se dirigió hacia allá.

Vio a la gente que estaba en diferentes mesas en un primer avistamiento; luego notó que en una sólo había dos tipos que no parecían estar borrachos y hablaban como si no quisieran ser escuchados, pero el ruido no les permitía, en ocasiones, escuchar lo que se decían entre sí. José hizo como si no los viera pero sintió que ellos sabían algo. Caminó entre varias mesas y a los pocos pasos una señora gorda lo retuvo del brazo; la señora empezó a hablarle y el niño no pudo evitar el fétido olor a alcohol que emanaba de su boca. José, inmóvil, no tuvo más que escucharla.

—¡Escúchame bien pequeño monstruo! No te daré ni un centavo sin trabajar. ¡Largo! —dijo la alcohólica mujer empujando a José.

—Sí, lo que usted diga —respondió José mirando a su alredor y notó que algo faltaba: los dos hombres que le interesaron ya no estaban. Supuso que habían salido, pero si así hubiera sido, habrían salido por la entrada y los habría visto. «El lugar debe de tener otra salida», se dijo mientras buscaba. Al voltear al lado derecho de donde se encontraba la gorda mujer, se dio cuenta de que había un largo pasillo; caminó lo más rápido que pudo pero tratando de no llamar la atención. Aquel pasillo tenía pequeños cuadros en sus paredes y descubrió que conducían a los sanitarios, de los cuales emanaba un penetrante olor a orina. La nariz de José no soportaría mucho, pues sus sentidos se habían agudizado desde su transformación.

No podía respirar. Siguió buscando a aquellos tipos hasta que vio una pequeña puerta. Sin más, salió, con cuidado. Vio un pequeño gallinero pero seguía sin encontrar a los hombres que buscaba. Regresó al interior de la taberna para ver si estaban en la mesa donde los vio la primera vez. Recorrió el estrecho pasillo y llegó a la pequeña zona de mesas pero no estaban ahí. «¿Dónde están?», no dejaba de pensar. Sintió una mirada detrás de sí. Volteó y pudo ver a la mujer obesa, quien lo miraba incesantemente. José no quiso tener otro altercado así que regreso a la parte de atrás.

Pasos antes de estar cerca del gallinero, su nariz sintió un leve olor a tabaco y escuchó unas voces que querían ser discretas. José se detuvo un instante y pensó que esta vez si tenía que ser invisible, así que en un movimiento inimaginable se introdujo al gallinero por un hueco que había en la malla; aquellos hombres voltearon pero no pudieron ver a José y pensaron que era alguna animal moviéndose en la obscuridad.

—Es una gallina —dijo uno de los hombres mientras sacaba humo de cigarrillo por la boca.
—Las gallinas no me preocupan, me preocupa el negocio con aquel alemán —respondió preocupado el segundo extraño.
—¿Y cómo estás tan seguro de que es alemán?

—¿Qué no lo has visto? Frío, huraño y calculador... sólo ellos son así —al escuchar esto, la sangre de José parecía que hervía; sus sentidos una vez más se agudizaron; lo atacó una repentina excitación, pero respiró y se contuvo.
—Escucha, sólo tenemos que darle ese libro y si no nos encuentran con la evidencia nadie sabrá que lo robamos. La cuestión es que nos pague y mataremos dos pájaros de un tiro.

Sin duda ese era el vampiro que José buscaba.

—¿Dónde lo veremos?
—En la fuente de la plaza, mañana, a las tres de la madrugada.
—¿Qué se cree? ¿Vernos a esa hora? Ese tipo está loco, ni creas que iré.
—Pues si quieres tu parte tendrás que hacerlo.
—¡Demonios! No tengo otro opción —resignado respondió el tipo.

José pensó que su búsqueda había terminado, aunque no descartaba que con ese vampiro cualquier cosa pudiera pasar.

Aún faltaba tiempo, así que tenía todo el día para descansar. Salió de la taberna con adrenalina de sobra. La gente ya no le importaba y de cualquier forma la gente ni siquiera lo notó. Llegó al lugar donde dejó sus cosas. Lo siguiente era, como sucedía casi todas las noches, hallar un escondite. Primero buscó en los edificios cercanos. Para él ya era común dormir en las azoteas, aunque le era un poco incómodo. No dejaba de soñar que algún día dormiría como una persona normal. Pero mientras tanto, tenía cosas que hacer. Encontró un callejón solitario en donde había unas escaleras pertenecientes a los apartamentos del edificio. Subió rápido como el viento, pero necesitaba encontrar algo para protegerse del amenazante sol.

El techo de ese edificio era de color negro, con una textura rasposa. En la casa de Amelia había encontrado unas láminas con las cuales se tapó del sol, pero en esta azotea no había nada con que protegerse; el tiempo se terminaba así que tomó un sorbo de la ánfora que Kurt le dio. La sangre, al pasar por su garganta, le trajo un sorprendente alivio. Sintió como si su cuerpo recuperara cada gota de energía, como si se reintegrara a su cuerpo. Pese a ser consciente del peligro que implicaba el sol, José siguió relajado en el techo mirando al cielo por unos instantes. Corrió hasta la orilla del otro edificio y salto el angosto callejón que los dividía. Eso no lo hubiera logrado nunca en su condición humana, pero ahora, el ser vampiro, tenía sus ventajas.

En ese nuevo edificio el techo era muy parecido pero había un pequeño cuarto que José quizá podía usar. Se acercó lentamente y en silencio, por si algo aguardaba entre las sombras. El pequeño cuarto estaba cerrado. Al parecer, lo usaban como una pequeña bodega. Quiso forzar el candado que protegía aquella puerta pero no quería que la gente despertara. Volteó hacia atrás y el sol comenzaba a irradiar los primeros rayos de luz; cuando ejecutó este movimiento, sintió que algo debajo de él estaba flojo. Se trataba de un gran pedazo de cartón. No necesitó más para poder hacer un refugio, discreto y seguro, aunque supuso que iba a ser un día caluroso porque el sol brillaba más que nunca al amanecer.

Calor y sólo calor sintió José en aquel techo. El cartón no le ayudó mucho pero la sangre calmaba un poco el efecto de insolación. Cerca de las doce del día, escuchó un ruido extraño proveniente del piso de abajo. «Quizá estén moviendo unos muebles», pensó José. Las horas pasaban lentas y

el sol no cedía. José recordaba el rostro de Amelia a cada segundo que podía, pero lo que en momentos hacía que el recuerdo de la niña fuera borroso, era el resonar de haber transitado por aquel obscuro vacío. Era una habilidad que no controlaba aún, pero tenía que dominarla porque la batalla con aquel vampiro no sería fácil, mucho menos desconociendo las habilidades del adversario. El pensar en él hacia que José sintiera la adrenalina como un choque eléctrico que recorría todo su cuerpo.

La media noche llegó con una extraña onda gélida. José observaba la plaza y estudiaba las posibles rutas de escape. Aunque no estimaba que fueran muy necesarias porque se imaginaba victorioso después de aquel enfrentamiento. Tomó el último sorbo de sangre que quedaba en el ánfora. Decidió no llevarla porque le estorbaría. No había más cosas que llevar y mucho menos algo que le ayudara. Sus pensamientos recurrían al recuerdo de aquella extraña habilidad. Creyó que sólo se trataba de un mecanismo de defensa pero una imponente pregunta se formuló dejando eco de la cuestión: «¿Y si la puedo manipular?»

Sólo faltaban tres horas para que su enemigo apareciera. En ese tiempo, José intentaba manifestar esa habilidad pero no podía; no era como hacer un conjuro o recitar unas palabras mágicas. No sabía cómo lograrlo y se ciñó a los recuerdos de la última vez que lo hizo. Estaba en el tejado con Amelia y con el padre de ella en una situación hasta cierto punto tensa, aunque de hecho no había peligro, pero... ¿qué más había?, ¿cómo fue que de pronto, ante la necesidad de desaparecer, la habilidad se presentó?

—¿Cómo? —dijo José en medio de la noche.
Todo era confuso en su mente. Quizá la clave era el nombre de aquella niña porque al estar en aquel extraño estado parecido al vacío sólo escuchó eso. Intentó convertirse en humo repitiendo el nombre pero no resultó. Aquella vez pensó en desaparecer. La idea de decir Amelia y pensar en ser borrado como las palabras en un papel podrían ser la clave —dedujo para sí mismo el niño vampiro. Lo intentó así pero para su decepción no pasó nada. El tiempo se terminaba y su desesperación aumentaba. La palabra *desparecer* retumbó en su mente como si alguien dejara caer algo pesado al suelo; tal vez no era la idea de desaparecer lo que hacía que se convirtiera en humo, sino pensar adónde ir. Quizá en aquella vez no tenía claro el destino pero no podía permanecer ahí.

Sin pensarlo más, quiso estar en la parte trasera de la azotea del edifico. Cerró sus ojos y aquel obscuro lugar se presentó ante él como una extraña revelación; era como viajar en un obscuro túnel hacia un lugar desconocido. José abrió los ojos y ahora, ¡se encontraba en el lugar deseado! Comenzaba a dominar su habilidad. Al parecer tenía la clave de ese extraño poder y antes de que llegara la hora del encuentro que marcaría su vida, siguió practicando. Cada vez que lo hacía resultaba más fácil; dejó de representar dificultada y en una ocasión trató de llegar a un lugar lejano. Su objetivo era la fuente de la plaza. El procedimiento era el mismo: una masa de humo obscuro entonces apareció de pronto de la nada a un costado de la fuente. José lo había conseguido y así como llegó ahí regresó después al techo de aquel edificio donde pasó el día.

Al regresar en esta última ocasión, su nariz percibió el olor a humo; era un olor ligero que le recordaba a la madera que usaba Kurt para hacer té, dulce olor a humo de madera de un bosque obscuro.

La voz de dos individuos se podía escuchar hasta donde José estaba; los vio y no fue necesario esconderse, pues no lo podían ver. Parecían nerviosos y quién no lo estaría si vieran de frente a un vampiro que bien podía ser un demonio. Uno de ellos llevaba un sombrero que no dejaba ver su rostro; el otro, un poco pequeño, no dejaba de jugar con una navaja. A José le llamó la atención y pensó que podría ser de plata. Los segundos pasaban como gotas de agua al salir de un grifo que contiene poca agua. A cada momento, José sentía que no podía aguantar más, pero de entre las sombras salió un automóvil de color negro. Su enemigo había llegado.

Era un auto elegante y al parecer no viajaba solo. Esto implicaba ciertos riesgos para José pero no le importó. Un hombre bajó. José tuvo que enfocar sus ojos para ver de quién se trataba. Y ahí estaba: el asesino de sus padres y su hermana. José de inmediato quería usar su habilidad para acercarse y tratar de asesinar a aquel vampiro, pero algo le decía que si avanzaba en ese momento no conseguiría la victoria.

—Señor Horst, ¡puntual como siempre, eh! —habló la voz calmada de uno de los hombres, mientras el otro guardaba su navaja en el bolsillo.

Sí los oídos de José no fallaban, había escuchado entonces claramente el nombre del vampiro. «Su nombre es "Horst"», se dijo José para sus adentros.

—No puedo dejar de ser yo mismo —dijo Horst mientras una fría sonrisa se posaba en sus labios.
—Eso parece. Aquí está lo acordado, ¿dónde está nuestro dinero?
—¡Lo consiguieron! Muy bien, creo que el trato está cerrado —exclamó Horst mientras tomaba el libro que uno de aquellos hombres sacó de una mochila. Acto seguido, el sombrío vampiro se dirigió al vehículo.
—¡Un momento viejo estúpido!, ¿dónde está la cantidad que acordamos?
—¡Así que los perros ladran! ¿Qué no se dan cuenta que el dejarlos vivos es una mejor recompensa?
—Déjese de juegos y dénos el dinero —dijo uno de los ladrones mientras el filo de su navaja brillaba en la obscuridad.

Del coche en el que Horst había llegado a la plaza, salió un tipo alto y fornido; preguntó su si debía deshacerse de la basura, pero Horst le ordenó que volviera al vehículo y entonces el sujeto se quedó a un costado del auto observando lo que pasaría. Horst caminó unos pasos y después fue invisible. Uno de los hombres dirigió su mirada a todas partes para saber adónde se había ido. Todo era quietud y sin más apareció un torrente incontrolable de sangre saliendo por el cuello del tipo que tenía la navaja. Horst le había arrebatado la vida. La sangre era lo único que le permitía al ladrón remitirse a la realidad... en su mente creía que era un mal sueño y que pronto despertaría, pero no fue así.

—¡Humanos, siempre tan débiles!
—¿Qué? ¿Qué es usted? —dijo el otro hombre mientras su voz se quebraba.
—Es algo que no entenderías. Digamos que yo he vencido a la muerte. Soy eterno y lo único que busco es ser Dios —las palabras de Horst eran como una sentencia de muerte.
—¡Corre! —exclamó una voz. Era la de José, que se materializaba después de ser humo.

La incomprensión de aquel hombre llegó a un nivel que desconocía, pero al no encontrar mejor opción lo hizo. Horst lo alcanzó y lo sujetó por el hombro; cuando estuvo a punto de enterrarle sus afiladas uñas en la espalda José lo detuvo. La fuerza de Horst era superior a la de José pero el asesino estaba sorprendido de ver hasta dónde había llegado aquel niño. El hombre logró escapar de Horst.

—Insisto, ¡tú nunca aprendes! —dijo Horst zafándose de la presión que ejercía sobe su mano.
—¡Pagarás por lo que hiciste! —gritó José.
—Ahora estoy ocupado, si me das un momento te puedo atender. ¡Getz! Encárgate de eso —le ordenó Horst al tipo que estaba fuera del auto.

El vampiro acompañante se acercó a gran velocidad al hombre que escapaba; cuando este volteó, la hoja de una espada cercenó su cuello. La cabeza cayó con un peso muerto, rompiendo el silencio de la noche. Getz sacudió la espada para quitarle los restos de sangre a la hoja y luego la envainó. El inexpresivo rostro de ese vampiro reflejaba la eficacia de un asesino. José estaba en graves problemas. Getz caminó de regreso al auto y espero ahí.

—Gracias Getz. ¿En qué estábamos? —la voz de Horst sonó con placer al tiempo que dirigió con su mano un ataque a José.
—¡Esta vez no te será tan sencillo, Horst! —dijo José convirtiéndose en humo para esquivar el ataque. El niño también sintió gusto al pelear con Horst.

José estaba lejos del alcance de Horst pero éste lo siguió hasta donde se encontraba y con fuerza arremetió en contra del niño, usando su mano nuevamente. Horst usaba su brazo como si fuera una lanza; en cada ataque buscaba perforar el cuerpo de José. Horst se detuvo después de varias agresiones y su fría voz apareció de nuevo.

—¡Vaya! Ahora no sólo eres más fuerte sino que has aprendido unos cuantos trucos.
—Cuestión de suerte, pero no necesito trucos para matarte —la voz de José sonó sepulcral mientras se abalanzaba contra Horst y este recibió un impacto a la altura del estómago.

El puño de José tenía la dureza de una piedra. Lo único que hizo Horst fue retroceder y en su rostro figuró una mueca de dolor. Getz posó su mano sobre su espada pero Horst le hizo un gesto para que se detuviera, Getz respondió de inmediato y se quedó donde estaba. José se convirtió en humo y apareció en el aire un poco arriba de la cabeza de Horst. Quiso golpearlo con las dos manos pero la impresionante velocidad de Horst lo salvó.

—Golpeas duro sabandija, pero pronto te reunirás con tu familia... ¡Ah!, pero al formar parte de este mundo no podrás entrar a donde están ellos, ¡discúlpame por no habértelo dicho antes! —dijo Horst en tono de burla.
—Mi objetivo no es estar con ellos, simplemente vine a matarte.
—Matar... ¡por favor! El hecho de que hayas aprendido unos trucos no te garantiza nada.
—¡Cállate! —bramó enfurecido José mientras corría para atacar a Horst.

El combate se reanudó pero cada vez era más difícil para José alcanzar a Horst. Después de varios intentos, José se detuvo y sin más a quién recurrir en su mente, pidió a aquel Dios, que vio morir a sus padres, que lo ayudara. Éste nunca respondió. Horst se aproximó a José que estaba

jadeando con las manos en las rodillas. Horst lo abofeteó con fuerza desmedida. El niño cayó cerca del cadáver del primer hombre que murió en esa sangrienta madrugada. Abrió los ojos y no sabía dónde estaba Horst. Cada gota de energía se evaporaba en su cuerpo y al tratar de incorporarse vio la navaja del ladrón. Estiró su brazo y la tomó. Éste podría ser el último intento para matar a Horst.

—Sabandija, eso tampoco te salvará —la voz de Horst en los oídos de José sonó distante. Horst tomó por el cuello a José y lo sostuvo a la altura de sus ojos.

—Todo ha terminado —la voz de Horst era más clara.

Esa era la última oportunidad que José tenía para hacer algo; su cuerpo cansado, no podía más, sintió en su mano la fría navaja y sin pensarlo juntó toda la fuerza que le quedaba. Empuño la navaja, la levantó con energía hacia el rostro de su enemigo. La navaja encontró la piel del rostro de Horst y como si un clavo rayara una fina superficie de madera, dejó un gran surco en su rostro. La sangre brotó como si alguien reventara un globo lleno de agua. Horst gritó de dolor y soltó a José. El niño cayó al piso.

—Creo que te ves mejor con ese corte —dijo José, que apenas podía mover los labios.
Horst tenía una de las manos en el rostro, la hemorragia no cesaba. La cortada iba desde debajo de su pómulo hasta la frente. Extrañamente, su ojo se salvó. El vampiro no hacía más que gritar y rabiar del dolor.

—¡Maldito niño, esto lo pagarás! ¡Getz, trae mi maletín! —gritó Horst y su acompañante en pocos segundos entregó lo pedido.

—Jamás tendrás tu venganza —continuó hablando Horst—, ¡te quedarás para siempre en este libro, para siempre!

Horst sacó un libro como aquél que vio José el día en que conoció al asesino de su familia. Getz posó la hoja de su espada a la altura de la garganta de José; aquella espada irradiaba cierta energía que causaba malestar en el niño.

—Ahora sientes lo bien que se siente la plata —el sarcasmo de Horst hizo su aparición.
—¿La plata? —preguntó José antes de perderse hacia un camino sin retorno aparente.

El vampiro abrió el libro y tomando sangre del hombre muerto que yacía en el piso escribió símbolos raros y de sus labios emanaban extrañas palabras. Era un ritual sombrío y desconocido. José se convirtió en humo. Aquel humo de olor dulce se infiltró en el libro. Horst había sellado el alma del niño en aquel libro. Sin más, abordaron el auto que los trajo y desparecieron protegidos por lo obscuro de las tinieblas.

--o0o--

—Eso fue lo último que recuerdo —dijo José mirando el rostro de Ioseph.

—¿Nos estás diciendo que fuiste encerrado en este libro por otro vampiro? ¡Debes de estar loco! —la voz de Martin sonó como cuando alguien trataba de tomarle el pelo, tono que era bien conocido por Ioseph.
—Tranquilo Martin, sea lo que sea él creo que es verdad.
—¡Por favor Ioseph! ¿Ahora tú también crees en los vampiros? —el tono de burla de Martin, si pudiera medirse, llegaba hasta el techo de la casa del árbol.
—¿Y qué es lo que acabas de ver? ¿Un truco barato de televisión? No sabía que la casa del árbol pudiera hacer eso.
—De acuerdo, les creo, y ahora, ¿qué hacemos?
—Yo no pienso quedarme a vivir en este lugar, si es lo que ustedes creen. Mientras Horst ande por ahí quizá nadie esté seguro —sentenció José.
—Es obvio que no te podemos dejar aquí para siempre, pero ¿cómo estás tan seguro de que ese Horst sigue vivo? —preguntó Ioseph.
—No lo sé exactamente pero estoy seguro de algo: él quiere este libro. Cuando lo vi por primera vez, pude ver en su rostro la obsesión por él.
—Bien, ahora un vampiro asesino nos buscará hasta los confines del mundo sólo por un libro —el sarcasmo de Martin volvió a aparecer pero esta vez moviendo sus manos como si arremedara a alguien; cualquiera hubiera reído.
—Cree en lo que quieras pero yo me largo —dijo José mientras empujaba a Martin.
—Espera, sabemos que no te importa lo que pensamos pero si aquel vampiro busca el libro lo más seguro es que empiece por el lugar en donde trabajo.
—Por primera vez desde que te conozco dices algo sensato —finalizó José.

El día estaba comenzando. Los dos amigos prepararon el refugio de la vez anterior para su invitado mientras éste miraba los primeros rayos de sol, que entraban por la ventana. Sin más durmieron las primeras horas de la mañana. Cerca de las nueve de la mañana Ioseph recibió un mensaje de texto en su teléfono móvil. El sonido y la vibración en el bolsillo de su pantalón despertaron al niño trasnochado. Sus ojos apenas podían ver las letras del mensaje pero los abrió completamente cuando supo que el mensaje era de Tracy. Ioseph se incorporó y despertó a Martin.

—Martin, creo que estamos en problemas...
—¿Qué pasa? Déjame dormir.
—Es Tracy, quiere que vaya hoy a al trabajo.
—¿Quién es Tracy?
—Maldición, Martin, ¿qué nunca pones atención?
—¡Ah! Esa Tracy —Martin apenas abría los ojos para cuando Ioseph estaba saliendo de la casa del árbol.
—¡Espera! —gritó Martin mientras se incorporaba.
—¿Qué? —le preguntó Ioseph a su amigo.
—Lo mejor será tener un plan. ¿A qué hora la tienes que ver?

Adiós a un libro

“Preséntate hoy a las seis de la tarde, no es necesario que
mencione dónde. Viste formal, el señor Torrance quiere verte”.

Tal era el contenido del mensaje de Tracy. Ninguno de los amigos sabía por dónde empezar; debajo de su refugio, José dormía. Martin le dijo a Ioseph que iría por algo de comida para desayunar; él siempre decía que pensaba mejor con el estómago lleno pero en realidad quería que Ioseph permaneciera en la casa del árbol para que no cometiera alguna imprudencia. Quizá ese tal Torrance era un vampiro o algo peor, no sabían a lo que se enfrentaban. Ioseph no podía ordenar sus ideas pero sabía que no sería fácil tener esa reunión con su desconocido jefe.

—Encontré huevos con jamón que preparó papá. Al parecer salió temprano y nos hizo el desayuno. ¿Quieres jugo? Lo encontré en el refrigerador.
—Sí, dame un poco, después de leer el mensaje de Tracy un horrendo sabor apareció en mi boca.
—¿Y cómo es Tracy? —preguntó Martin con la boca llena.
—No es nadie especial, tiene un rostro inexpresivo y al parecer sólo esta ahí por el dinero.
—¿Así que no sabe nada de libro?
—Eso parece —al escuchar estas palabras Martin se quedó pensativo.
—No se me ocurre nada.
—¿Por qué no lo ves y, si hay algún peligro, que José entre y le dé unos cuantos golpes?
—Creo que nunca pierdes el sentido del humor, pero puede que no sea una mala idea —sonrió Ioseph.
—Ahora sólo tenemos que encontrar la forma en que puedas avisarnos para que José entre.
—Eso no será difícil, pero ahora tenemos que convencer a José.
—Descuiden, estoy con ustedes —dijo su voz proveniente de su refugio.
—Perdona, no queríamos despertarte —se excusó Ioseph.
—Estaba despierto, creo que es imposible dormir con Martin comiendo —los tres rieron.

Por un momento, Ioseph y Martin sintieron que habían encontrado a un nuevo amigo, pero, ¿por cuánto tiempo?, era la pregunta. Ioseph regresó a casa y vio una maleta preparada. Era la de su madre, que lo saludó afectuosamente y le dijo que tenía que hacer un viaje de último momento porque desde hace tiempo había decidido comprar una casa cerca de la playa. Lo que le faltaba: su vida estaba en peligro y su madre saldría de Madigan. Ioseph la vio tan entusiasmada que no le importó lo que le pudiera pasarle.

Su madre se despidió de él y le dijo que regresaría en dos días. Ioseph correspondió la despedida de Hanna con un abrazo. Escuchó el motor del auto tripulado por su madre y se recostó en su cama. Aún faltaban unas horas para su encuentro con Torrance. Quiso dormir un rato; dio varias vueltas en su cama pero notó que su teléfono celular le molestaba en cierta posición, así que lo saco y vio la hora en la pequeña pantalla. Eran las cuatro de la tarde. Recordó que Martin programó al aparato para que con tan sólo apretar el número tres, una alarma se activara en el teléfono de su amigo, y así él y José sabrían que Ioseph estaría en peligro. Sus ojos lentamente se fueron cerrando y cayó en un profundo sueño.

Durmió una hora, se alistó y salió de su casa. Sintió que lo que había vivido en los últimos días tendría su conclusión; mientras caminaba por la banqueta, pensaba que le decía adiós a su casa pero desechó esa idea: necesitaba ser fuerte. Llegó a casa de Martin y platicaron sobre el plan. José estaba despierto pero se cuidaba de los ya casi escasos rayos de sol. Los tres niños debían ser cuidadosos, no sabían a lo que se enfrentaban. Por otra parte, José no los podría acompañar, porque aún el sol le afectaba, así que Martin se quedó con él. A Ioseph no le molestó y después de breves minutos emprendió su camino.

Las calles de Madigan, como siempre, lucían desoladas. «Es el ambiente perfecto para lo sobrenatural», fantaseó Ioseph sin dejarse intimidar por las nubes que se formaban en el cielo. Caminaba hacia su trabajo. No era un camino largo pero esta vez su cuerpo sintió como si se dirigiera a un lugar lejano. Después de un rato llegó y no vio a nadie. No había un auto lujoso, nada indicaba que el dichoso señor Torrance estuviera ahí. Ioseph entró y vio a Tracy. Se saludaron como si nada. Ella le indicó que el jefe lo esperaba en su oficina. Ioseph obedeció al instante. No había lugar para titubear y mucho menos para ser débil.

Ioseph recorrió el acervo hasta encontrar la oficina de Torrance. Tocó la puerta y esperó una respuesta. Del interior de la oficina surgió una voz grave y tranquila indicando que pasara. Ioseph, esperando ver a un vampiro lamiéndose los labios de la sangre de una víctima, encontró a un hombre delgado con facciones rígidas. «Sólo es un viejo», pensó el muchacho.

—Siéntate, tenemos mucho de que platicar —dijo Torrance mostrando los blancos dientes de su dentadura.
—Gracias, buenas tardes —saludó Ioseph.
—Vamos, no tienes que ser tan formal. Tracy me habló de ti, me ha comentado que has hecho una labor estupenda.
—No sé qué decir —Ioseph, más que sentirse apenado, se sentía incómodo.
—Tan sólo es la verdad joven Ioseph, pero me temo que ha surgido un inconveniente. Creo que ya sabes a qué me refiero.
—¿Inconveniente? No sé de qué habla.
—Mira, esto es incómodo tanto para ti como para mí, así que lo mejor será que me digas dónde está el libro.
—¿Qué libro? —hacerse el desentendido a Ioseph no le salía nada bien.
—Escucha muchacho, no sabes en lo que te estás metiendo, pero ese libro para mí en estos momentos vale más que tu vida, así que será mejor que me lo des.

Las cosas se tornaban peligrosas; el tono de voz que al principió Ioseph escuchó de Torrance había desparecido, parecía que de pronto alguien le había inyectado una dosis de maldad. Torrance lo miraba con desprecio. Nunca pensó que algún niño pudiera hacerle una jugarreta como ésta. El silenció invadió la oficina de Torrance pero Ioseph buscaba con discreción su teléfono celular dentro de uno de los bolsillos del pantalón.

—Escuche, señor Torrance, la verdad no sé de qué libro me habla. Así que si es tan importante para usted, puedo ayudarle a buscarlo —Ioseph sabía que si le entregaba el libro a Torrance la vida de José estaría en peligro porque ahora era más que obvio que Horst estaba detrás de todo esto.
—¡Suficiente! No pienso perder el tiempo con alguien como tú. Esta es tu última oportunidad, ¿dónde esta el libro?
—¡Por Dios señor Torrance! Habla de ese libro como si fuera un tesoro.
—No sabes lo que dices chiquillo, tal vez tu obtusa mente no te permite ver más allá.
—¿Ver qué? ¿Qué los vampiros existen? O quizá le darán algo por ser su vil esclavo —expresó con voz desafiante Ioseph.
—Así que lo sabes... bueno, eso hace mas fáciles las cosas. Getz, pasa por favor.

Ioseph no sabía si había escuchado bien pero ese nombre se le hizo familiar. ¡Cómo olvidarlo! Si era el del fiel sirviente de Horst. La puerta se abrió y Ioseph percibió que un aire frío tocaba su piel. Esta sensación lo estremeció. La situación, de ser peligrosa, ahora pasaba a ser mortal. Ioseph sabía que Getz no tendría misericordia. No tenía opción, tenía que recurrir al plan. Posó su mano por fuera del bolsillo en que estaba su teléfono y apretó el número tres. Ioseph sabía cuál era la tecla correcta porque algunas veces, durante las clases, le enviaba mensajes de texto a Martin. Enseguida, se levantó de la silla y se posicionó lejos de Getz. Torrance lo siguió con la mirada.

—Como verás, joven Ioseph, mi amigo Getz esta aquí para ayudarte a recordar dónde dejaste ese libro.
—Ya se lo he dicho: no sé de qué libro me habla —dijo Ioseph mirando la imponente figura de Getz.
—Getz, por favor, ayúdale a recordar.

El sirviente de Horst levantó su mano pero sus ojos miraban a Torrance. Segundos después la mano de Getz apretaba el cuello de Torrance. La sorpresa recayó en ambos, tanto en Ioseph por estar hasta el momento ileso así como en Torrance, porque desconocía los motivos de Getz para estrangularlo. La velocidad Getz era impresionante, pero la fuerza de su mano lo era aún más.
—¿Qué estás haciendo? —dijo Torrance con el poco aliento que le quedaba.
—Le has fallado al señor Horst, ya no nos eres útil —la voz de Getz parecía salida uno de los rincones más profundos del infierno.

Ioseph estaba completamente paralizado. La presión de la mano de Getz destruyó el cuello de Torrance. Fue inevitable escuchar cómo los huesos de esa parte del cuerpo fueron quebrados. La expresión en el rostro de Getz fue de un incomparable placer. Sin duda, era un asesino nato. Después, lentamente, la perversa mirada de aquel vampiro se fijó en Ioseph y la voz infernal se dejo escuchar otra vez.

—Si no quieres tener el mismo destino que este viejo, será mejor que nos entregues el libro —amenazó Getz.
—No es una opción, ¿sabes? Pero ahora que lo mencionas se me olvidó dónde lo puse —dijo Ioseph burlándose y aunque sabía que las cosas no podían estar peor sólo esperaba un milagro que lo salvara.

Getz trató de embestirlo pero al hacerlo recibió un golpe proveniente de una masa de humo. El milagro que Ioseph esperaba llegó: el golpe propinado por el misterioso humo hizo que la sangre de los obscuros labios de Getz brotará; el enorme vampiro retrocedió y mostró sus colmillos rabiando como un felino enfurecido. José, después de atestarle el golpe a Getz, apareció de pie en la silla donde había estado sentado Ioseph.

—Sabandija, ¿cómo pudiste escapar de tu encierro?
—¡Vaya, parece que razonas! —parecía que José había recibido unas clases de sarcasmo impartidas por Martin.

Esto desató la furia contenida de Getz, que liberó con un enorme puñetazo en el rostro de José; éste salió proyectado hacia la puerta de la oficina y la derribo. Ioseph vio cómo José salió

disparado; la impresión fue tal que cada uno de sus músculos se paralizó; una batalla por mover su cuerpo se desató, pero ante tal situación sus esperanzas de salir de ahí con José desaparecían. Getz fue por José, quien se levantó escupiendo sangre; miró a Getz con una sonrisa burlona, parecía pedir más golpes.

José, antes de que Getz lo golpeara otra vez, se convirtió en humo y le pateó el rostro al reaparecer. La batalla no terminaría con tan sólo unas cuantas heridas: ambos peleaban para exterminar al enemigo. Ioseph salió de la oficina y vio cómo José, cada vez más lastimado, resistía la golpiza propinada por Getz. Si Ioseph no hacía algo, la vida del niño vampiro se extinguiría. Getz derribó una vez más a José, quien cayó haciendo un estruendoso ruido dentro del acervo al derribar algunos libreros. El lugar parecía haber sido sacudido por un terremoto.

Getz avanzó sin cuidado y con una de sus manos levantó por el cuello al endeble José; Ioseph vio la intención de Getz, quien posó su otra mano a la altura del pecho: quería sacarle al corazón a José. Ioseph no tenía salida, tenía que actuar. Tomó un abrecartas del escritorio y saltó sobre la enorme espalda de Getz; giró su puño con el abrecartas y lo clavó en el oído del vampiro. El abrecartas penetró con facilidad. Getz sufrió como un animal y soltó a José. Ioseph bajó de la espalda de Getz y acudió al auxilio de su amigo. El peligro aún rondaba el acervo pero sin nada más que hacer lo mejor era salir de ahí.

Los dos niños miraron cómo su enemigo se puso de pie. Getz levantó la mano y su espada ya estaba ahí. La espada, como siempre, lucía amenazante y esta vez quería la sangre de un humano. Al posarla justo sobre la cabeza de Ioseph, un objeto de madera golpeó la cabeza de Getz.

—¡No te metas con mis amigos! —exclamó Martin dejando caer los resto de una silla de madera mientras Getz caía de rodillas.
—¡Martin! —gritó sorprendido Ioseph.
—Me alegro de ver tu feo rostro —sonrió José.
—¡Salgamos de aquí!
—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Ioseph a Martin.
—Sentí que tardaban demasiado y decidí entrar; no encontré a nadie arriba pero escuché mucho ruido y bajé.

Ioseph cargaba a José y se dirigían a la salida; no sabía qué había ocurrido con Tracy. El cuerpo del niño vampiro pesaba más a cada paso que daban; Martin vio cómo su amigo luchaba por avanzar, así que tuvo que ayudarlo a subir las escaleras. Estaban cerca pero en cualquier momento Getz iría tras ellos.

—Necesitamos una distracción.
—Deja de pensar en locuras y ayúdame a sacar a José
—¡Espera, tengo una idea! —dijo Martin al tiempo que sacaba de una pequeña bolsa que llevaba atada a la cintura un par de petardos que él preparaba para hacer volar objetos y juguetes viejos.
—¡Estás loco, vas a quemar este lugar!
—Tranquilo, es sólo para cubrir con humo la retaguardia, así no podrá saber a dónde fuimos.
—De acuerdo, hazlo y no tardes.

Ioseph subió con dificultad los últimos escalones y aún faltaba un trecho para salir del edificio. Martin sentía un tremendo placer algunas veces por la destrucción, pero en estos momentos lo único que quería era salir de ahí y tal vez beber una soda. Sacó su encendedor metálico, con el logo de una de sus bandas favoritas, y encendió los dos pequeños pero potentes explosivos; los lanzó al acervo y cayeron cerca de unas cajas que contenían libros. Martin se quedó unos instantes a escuchar cómo explotaban pero para su sorpresa flamas surgieron de aquellas cajas. Justo lo que Ioseph no quería que pasara, Martin lo había provocado.

Mientras Martin veía cómo las llamas arrasaban, pudo ver, antes de salir, el rostro enojado de Getz; el niño quedó paralizado pero no dejó que el miedo lo dominara y sacó otro petardo que prendió rápidamente y se lo arrojó al vampiro. Para cuando escuchó la detonación del explosivo, Martin ya había subido las escaleras del acervo y pasos más adelante encontró a sus amigos aún batallando por salir; Martin los ayudó y pronto salieron de aquel lugar en llamas. Cuando estuvieron lejos, una gran humareda se podía apreciar.

—¿Ves? Nunca pones atención a lo que te digo.
—Hice mi mejor esfuerzo. Con el peligro fuera de su alcance los tres amigos rieron y caminaron hacia la casa del árbol.

Sobra decir que ya habían tenido demasiadas emociones.

El camino fue breve y el cuerpo de José, cada segundo que pasaba, se regeneraba. Para cuando llegaron a la casa de Martin, el niño vampiro se sentía bien y ya no le costaba trabajo caminar. En la casa del árbol encontraron todo como estaba y vieron que el libro de donde José salió aún seguía ahí. En la mente de Ioseph se formaron varias preguntas: ¿Qué había pasado con Getz?, ¿por qué Horst nunca apareció?, ¿qué pasaría ahora?

No quiso compartir estas inquietudes con sus amigos. Había sido una noche larga y quería que terminara.

Al día siguiente, el padre de Martin los despertó asombrado, enseñándoles una foto del periódico: era el edificio de la noche anterior en llamas. Ambos niños fingieron sorpresa. Y como todas las noticias en Madigan, nunca duraban más allá de unos cuantos días. La noche de ese día hablaron con José sobre lo que haría ahora. Por una parte, ambos niños sintieron tristeza por lo que pasaría, pero también sabían que su nuevo amigo no pertenecía a su mundo.

—Tengo que visitar a alguien que esta en el otro continente.
—Podemos mandarte en una caja, así nadie te verá —bromeó Martin.
—Suena descabellado pero podría funcionar, ¿qué dices? —preguntó Ioseph mientras una sonrisa se formó en su rostro.
—Sí, puede ser, pero Horst aún anda por ahí, tendrán que tener cuidado.
—No te preocupes, así será —prometió Ioseph.
—Muy bien, ahora tengo que deshacerme de este libro, no quiero volver a estar encerrado nunca más.
—¿Pero cómo lo destruimos? —preguntó Martin.
—Quizá podemos quemarlo.
—No lo sé pero tengo una idea —expuso José.

Los dos niños humanos no sabían de qué se trataba pero José les había dicho que esperaran al amanecer. Y ahí estaban en su refugió esperando al sol, que salió con el más enorme brillo nunca antes visto. José camino a su encuentro con el libro en sus brazos y el sol comenzó a quemarlo; las llamas crecieron y con ellas consumieron al libro. José no pudo soportar más y se derrumbo. Martin y Ioseph creyeron que el niño vampiro moriría pero tosió desesperadamente tratando de recuperarse. Las cenizas del libro flotaron en el aire como pequeñas luces extinguiéndose.

—Lo conseguimos —dijo José mientras esbozaba una sonrisa.

Al día siguiente Ioseph marcó el número de Alex para pedirle un favor mientras Martin contrataba un servicio de paquetería. Aquel establecimiento estaba en las afueras de Madigan. Como se esperaba, Alex nunca los abandonaría, así que pocas horas después estaba fuera de la casa de Martin con su auto. Consiguieron una caja de madera no muy grande pero José cabía perfectamente. Le dieron un paquete con sangre que consiguieron al comprar carne en el supermercado. El camino del vampiro sería largo; los dos amigos se despidieron de José y cargaron la caja hasta el auto de Alex.

—Bueno, en marcha —dijo Alex sonriendo.

En el camino, Ioseph miraba por la ventana los bosques que rodeaban su ciudad, la carretera desolada y sus miles de metros de línea blanca que pasaban a una velocidad considerable. Sentía nostalgia. En el poco tiempo en que convivió con aquel niño, un lazo se había formado pero sabía que ahora cada quien debía seguir su camino. Llegaron en poco tiempo. Se acercaron al establecimiento de paquetería que estaba a un costado del Muelle de Madigan. Al bajar del auto, Martin se preguntaba en qué barco viajaría José. El momento de que su nuevo amigo partiera llegó; juntos, una vez más, cargaron la caja donde se encontraba José y la dejaron en manos del personal del establecimiento.

—¡Hey!, ¿quieren que les dé un aventón a la ciudad? —preguntó amistosamente Alex.
—Gracias viejo, pero queremos dar una vuelta por la playa —respondió Martin con tranquilidad.
—Perfecto, pero si tienen hambre ya saben a quién recurrir —dijo en forma de despedida Alex.

Martin miró a su alrededor y notó que Ioseph ya caminaba por la playa; corrió para alcanzarlo y la calma sonora del mar invadió sus oídos. Ioseph se sentó y tomó una pequeña rama para hacer garabatos en la arena. Martin se limitó a ver el horizonte. Ninguno de los dos sabía qué decir pero la voz de Ioseph quebró el silencio.

—¿Crees que lo volvamos a ver?
—No estoy seguro amigo, pero espero que esté bien.
—Yo también espero que esté bien.

El sol del atardecer bronceó su piel un poco más y después ambos emprendieron el camino a casa. Su vida había cambiado por un libro, un libro que liberó a un niño atrapado por alguien malvado. Ahora estaban seguros de que habían hecho bien. Del libro no quedó nada. Nunca olvidarían lo sucedido, pero en el fondo de su ser Ioseph descubrió, a partir de ese día, que todos los días habían dejado de ser los mismos.